Lewis Carroll

LAS AVENTURAS DE ALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS

Planeta

Carroll, Lewis
Las aventuras de Alicia en el Pais de las Maravillas / Lewis Carroll. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2016.
264 p. ; 23 x 15 cm.

ISBN 978-950-49-5199-5

1. Literatura Fantástica Infantil. I. Título.
CDD 823.9282

Diseño de cubierta: Carolina Cortabitarte
Diseño de interior: María Rosa Ruggiero

Título original: *Alice's Adventures in Wonderland*

Traducción de Dolores Aranguren

Todos los derechos reservados

© 2016, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
Independencia 1682 (1100) C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

1ª edición: mayo de 2016
4.000 ejemplares

ISBN 978-950-49-5199-5

Impreso en Gráfica TXT S.A.,
Pavón 3421, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
en el mes de abril de 2016

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723
Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico,

Alicia en el País de las Maravillas

Por entre medio de la tarde dorada
nos transporta el agua sin que hagamos esfuerzo,
ya que empujan los remos
unos brazos infantiles,
y ellos intentan, con sus manitas,
guiar el rumbo de nuestra embarcación.

Ay, pero ¡las tres son muy crueles!
ya que sin fijarse en el tiempo sereno
ni en el ensueño de la hora especial,
¡exigen una historia de una voz que apenas tiene aliento,
tanto que no podría soplar ni a una pluma!
¿Qué podría hacer una voz tan débil
contra la voluntad de las tres juntas?

La primera, exige imperiosamente:
«¡Que comience el cuento!»
Un poco más amable, la segunda pide
que este cuento no sea tonto;
interrumpe la historia la tercera
tan sólo una vez por minuto.

Una vez que logra conseguir silencio,
con la imaginación las lleva,
siguiendo a esa niña soñada,
por un mundo de maravillas bellísimas;
allí hasta los pájaros y los animales hablan
con voz humana, y ellas casi creen que están en ese sitio.

Y cada vez que el narrador intenta,
ya reseca la fuente de su inspiración,
postergar la narración para el día siguiente,
diciendo a las tres niñas: «Seguimos la próxima vez»,
las tres, al mismo tiempo, responden: «¡Ya es la próxima vez!»

Así, de ese modo, fue surgiendo el «País de las Maravillas»,
poquito a poco, y una a una,
como un mosaico de extrañas aventuras.
Y ahora, que el relato llega a su fin,
esta embarcación también nos devuelve al hogar,
¡y ésta es una alegre tripulación, bajo el sol que ya se va ocultando!

Alicia, este cuento infantil es para ti.
Me gustaría que lo pongas con tu mano pequeña y amable
allí, en la guirnalda de la Memoria, el sitio donde descansan
todos los cuentos infantiles,
entrelazados, como las flores que ya están marchitas.

Puedes tomarlo como la ofrenda de un peregrino
que fue juntando estas flores en países lejanos.

En la madriguera del Conejo

Alicia ya empezaba a aburrirse de estar ahí sentada con su hermana a la orilla del río, sin tener nada que hacer: le había dado un par de ojeadas al libro que ésta estaba leyendo, pero ese libro no tenía dibujos ni diálogos. «¿Y para qué sirve un libro sin dibujos ni diálogos?», se preguntaba Alicia.

Así, seguía pensando. Y pensar le costaba cierto esfuerzo, porque el calor la había dejado bastante soñolienta y atontada. Se preguntaba si el placer de tejer una guirnalda de margaritas la iba a compensar por el trabajo que le daría levantarse y juntar las margaritas, cuando de pronto saltó cerca de ella un Conejo Blanco con los ojos rosados.

No era nada muy extraordinario, y tampoco le pareció a Alicia demasiado extraño oír que el conejo se decía a sí mismo: «¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Voy a llegar tarde!» Cuando después pensó en eso, decidió que, desde luego, hubiera debido sorprenderla mucho; sin embargo, en aquel momento le había parecido lo más natural del mundo. Pero cuando el conejo sacó un reloj de bolsillo del chaleco, lo miró y echó a correr, Alicia se levantó de un salto, porque comprendió de golpe que ella nun-

ca había visto un conejo con chaleco, ni con un reloj adentro del chaleco. Loca de curiosidad, se puso a correr tras el conejo por la pradera y llegó justo a tiempo para ver cómo se precipitaba en una madriguera que se abría al pie del seto.

Al instante, sólo un momento después, Alicia se metía también en la madriguera, sin pararse a pensar cómo iba a arreglárselas para salir de allí.

La madriguera del conejo se extendía en línea recta. Era como un túnel al principio, pero después doblaba bruscamente hacia abajo, de un modo tan brusco que Alicia no tuvo siquiera tiempo de pensar en detenerse. De inmediato, se encontró cayendo por lo que parecía ser un pozo muy hondo.

O el pozo era en verdad bien profundo, o ella estaba cayendo muy despacio, porque Alicia, mientras descendía, tuvo tiempo de sobra para mirar a su alrededor y para preguntarse qué iba a ocurrir después. Al principio intentó mirar hacia abajo y ver a dónde iría a parar, pero todo estaba demasiado oscuro para distinguir algo. Luego miró hacia las paredes del pozo y vio que estaban cubiertas de armarios y estantes para libros: descubrió por todos lados mapas y cuadros, colgados de clavos, aquí y allá. Al pasar, levantó un tarro de los estantes. El tarro pegada tenía una etiqueta que decía: MERMELADA DE NARANJA, pero descubrió, decepcionada, que estaba vacío. Le pareció que no estaba nada bien tirarlo al fondo, porque podía matar de un golpe a alguien que anduviera por allí abajo; entonces, se las arregló para dejarlo en otro de los estantes mientras seguía descendiendo.

«¡Vaya!», pensó Alicia. «¡Después de una caída como ésta, ir rodando hacia abajo por las escaleras no me va a parecer tan extraordinario! ¡Qué valiente van a considerarme todos! ¡Yo nunca lloraría, ni siquiera si me cayera del tejado!» Y era verdad.

Abajo, abajo, abajo. ¿No dejaría nunca de caer?

—Quisiera saber cuántos kilómetros habré descendido ya —dijo en voz alta—. Tengo que estar bastante cerca del centro de la Tierra. Veamos: creo que eso queda a seis mil cuatrocientos kilómetros de profundidad...

Como ven, Alicia había aprendido algunas cosas de éstas en las clases de la escuela. Aunque no era un momento muy oportuno para presumir de sus conocimientos, ya que no había nadie allí que pudiera escucharla, le pareció que repetirlo iba a servirle al menos como repaso.

—Sí, ésta debe de ser la distancia... pero me pregunto a qué latitud o longitud habré llegado.

Ella no tenía la menor idea de lo que era la latitud, ni tampoco la longitud, pero le pareció que quedaba bien decir unas palabras tan bonitas e impresionantes. Volvió a comenzar de inmediato.

—¡Tal vez me caiga a través de toda la Tierra! ¡Qué divertido sería salir por donde vive esta gente que anda cabeza abajo! Los antipáticos, creo... —Ahora Alicia se alegró de que no hubiera nadie escuchando, porque esa palabra no le sonaba del todo bien. —Pero en ese caso voy a tener que preguntarles el nombre del país. Por favor, señora, ¿estamos en Nueva Zelanda o en Australia?

Y mientras decía estas palabras, ensayó una reverencia. ¡Reverencias mientras caía por el aire! ¿Piensan que esto es posible?

—¡Y qué criatura tan ignorante voy a parecerle! No, mejor será no preguntar nada. Seguramente ya lo voy a encontrar escrito en alguna parte.

Abajo, abajo, abajo. No había otra cosa que hacer y Alicia empezó enseguida a hablar otra vez.

—¡Me da miedo que mi gata Dina me extrañe esta noche! Espero que se acuerden de su platito de leche a la hora del té. ¡Dina, bonita, me gustaría tenerte conmigo aquí abajo! No hay ratones

en el aire, claro, pero podrías cazar algún murciélago, y se parecen mucho a los ratones. Pero me pregunto: ¿Comerán murciélagos los gatos?

Cuando llegó a este punto, Alicia empezó a sentirse medio dormida y siguió repitiéndose como en sueños: «¿Comen murciélagos los gatos? ¿Comen murciélagos los gatos?» Y a veces: «¿Comen gatos los murciélagos?» Como no sabía contestar a ninguna de las dos preguntas, no importaba mucho cuál de las dos se formulara. En ese momento ya se estaba durmiendo de veras y empezaba a soñar que paseaba con Dina de la mano y que le preguntaba con mucha ansiedad: «Ahora, Dina, dime la verdad, ¿te comiste alguna vez un murciélago?», cuando de pronto, ¡cataplum!, cayó sobre un montón de ramas y hojas secas. La caída había terminado.

Alicia no se lastimó y se levantó de un salto. Miró hacia arriba, pero todo estaba oscuro. Se abría otro largo pasillo ante ella, y alcanzó a ver en él al Conejo Blanco, que se alejaba a toda prisa. No había tiempo que perder, y, sin dudar, Alicia echó a correr como el viento. Llegó justo a tiempo para oírle decir, mientras giraba en un recodo:

—¡Por mis orejas y bigotes, qué tarde se me está haciendo!

Estuvo a punto de pisarle los talones, pero, cuando giró en el recodo ya no vio al Conejo por ninguna parte. Estaba en un vestíbulo amplio y bajo, iluminado por una hilera de lámparas que colgaban del techo.

Por todo el pasillo había puertas, pero todas estaban cerradas con llave, y cuando Alicia terminó de dar la vuelta, bajando por un lado y subiendo por el otro, probando puerta por puerta, se encaminó con tristeza al centro de la habitación y se preguntó cómo iba a ingeniárselas para salir de ese lugar.

Se encontró de repente ante una mesita de tres patas, toda de cristal macizo. Sobre ella no había nada, salvo una diminuta llave de oro. Lo primero que pensó fue que esa llave minúscula correspondía a una de las puertas del vestíbulo. Sin embargo, ¡ay!, o las cerraduras eran demasiado grandes, o la llave era demasiado pequeña, pero lo cierto es que no logró abrir ninguna puerta. Cuando dio la vuelta por segunda vez, descubrió una cortinita que no había visto antes. Había atrás una puertita de unos cuarenta centímetros de altura. Procuró poner la llave de oro en la cerradura, y vio con alegría que entraba bien. Alicia abrió la puerta y notó que daba a un pasadizo muy angosto, no más ancho que una ratonera. Se arrodilló y al otro lado del pasadizo vio el jardín más maravilloso que ustedes puedan imaginar. ¡Qué ganas tenía de salir de aquella oscura sala y pasear entre aquellos canteros de flores multicolores y aquellas frescas fuentes! Pero ni siquiera podía hacer que la cabeza entrara por la abertura. «Aunque pudiera pasar la cabeza», pensó la pobre Alicia, «de poco va a servirme si después no le siguen los hombros. ¡Cómo me gustaría ser capaz de encogerme como un telescopio! Supongo que podría hacerlo, sólo si supiera por dónde empezar». Y es que, como ven, a Alicia le habían sucedido tantas cosas extraordinarias aquel día que había empezado a pensar que, en realidad, ya casi nada era imposible. Quedarse aguardando junto a la puertita no iba a servirle de nada, de modo que volvió a la mesa, casi con la esperanza de encontrar sobre ella otra llave, o, tal vez, en todo caso, un libro de instrucciones para encoger a la gente como si fueran telescopios. Halló esta vez en la mesa una botellita «que desde luego no estaba aquí antes», dijo Alicia. Alrededor del cuello de la botella encontró una etiqueta de papel con la palabra «BÉBEME» hermosamente impresa en letras grandes.

Aunque está muy bien eso de decir «BÉBEME», la pequeña Alicia era muy prudente. No estaba dispuesta a beber aquello de buenas a primeras. «No, primero voy a mirar», se dijo, «para

ver si lleva o no un cartel de veneno.» Porque Alicia había leído preciosos cuentos de niños que se habían quemado, o habían sido devorados por bestias feroces, u otras cosas desagradables, sólo por no haber querido recordar las sencillas normas que las personas que deseaban su bien les habían inculcado. Por ejemplo, que un hierro al rojo puede quemarte si no lo sueltas en seguida, o que si te cortas muy profundo un dedo con un cuchillo, suele salir sangre. Por eso, Alicia no olvidaba nunca que, si uno bebe mucho de una botella que lleva una etiqueta que dice «veneno», terminará, a la corta o a la larga, por sufrir algún daño.

Sin embargo, aquella botella no llevaba la indicación «veneno», de manera que Alicia se atrevió a probar el contenido. Lo encontró muy sabroso: era, de hecho, una mezcla de sabores a tarta de cerezas, almíbar, ananá, pavo asado, caramelo y tostadas calientes con manteca. Se lo terminó en un santiamén.

—¡Qué sensación más extraña! —dijo Alicia—. Debo de estar encogiéndome como un telescopio.

Así era, en efecto: ahora medía sólo veinticinco centímetros. Su cara se iluminó de alegría al pensar que tenía el tamaño adecuado para pasar por la puertita y meterse en el maravilloso jardín. Al principio, no obstante, esperó unos minutos para ver si seguía todavía disminuyendo de tamaño. Esa posibilidad la puso un poco nerviosa. «No sea cosa que me vaya a consumir del todo, como una vela», se dijo para sus adentros. «¿Pero qué sería de mí entonces?» Intentó imaginar qué ocurría con la llama de una vela cuando la vela ya estaba apagada, pues no podía recordar haber visto nunca una cosa así.

Al rato, cuando comprobó que no pasaba nada más, decidió salir en seguida al jardín. Pero ¡pobre Alicia!, no bien llegó a la puerta, descubrió que había olvidado la llavecita de oro, y, cuando volvió a la mesa para tomar la llave, descubrió que no

le era posible alcanzarla. Podía verla con claridad a través del cristal. Alicia intentó con ahínco trepar por una de las patas de la mesa, pero le resultó demasiado resbaladiza. Una vez que se cansó de intentarlo, la pobre niña se sentó en el suelo y se puso a sollozar.

«¡Vamos! ¡No sirve llorar de esta manera!», se dijo Alicia, con bastante firmeza. «¡Te aconsejo que dejes de llorar ahora mismo!» Alicia solía darse muy buenos consejos a sí misma, aunque rara vez los seguía. Algunas veces se retaba con tanta dureza que se le saltaban las lágrimas. Se acordaba incluso de haber intentado una vez tirarse de las orejas por haberse hecho trampas en un partido de croquet que jugaba consigo misma, pues a esta curiosa criatura le gustaba mucho comportarse como si fuera dos personas a la vez. «¡Pero de nada me serviría ahora comportarme como si fuera dos personas!», pensó la pobre Alicia. «¡Ya se me hace bastante difícil ser una sola persona como Dios manda!»

Un rato después, su mirada se posó en una cajita de cristal que había debajo de la mesa. La abrió y encontró dentro un diminuto pastelito en que se leía la palabra «CÓMEME», deliciosamente escrita con grosella. «Bueno, me lo comeré», se dijo Alicia, «y si me hace crecer, podré tomar la llave, y si me hace todavía más pequeña, podré deslizarme por debajo de la puerta. De uno u otro modo entraré en el jardín. Eso es lo que más importa.»

Miró el pastelito, le dio un pequeño mordisco y se preguntó, nerviosísima, a sí misma: «¿Hacia dónde? ¿Hacia dónde?» Al mismo tiempo, se llevó una mano a la cabeza para notar en qué dirección se iniciaba el cambio, y quedó muy sorprendida al advertir que seguía con el mismo tamaño. En realidad, esto es lo que suele suceder cuando se da un mordisco a un pastelito, pero Alicia estaba ya tan acostumbrada a que todo lo que le sucedía fuera

extraordinario que le pareció muy aburrido y muy tonto que la vida transcurriese por caminos normales.

Entonces, pasó a la acción y se comió el pastelito en un santiamén.

El charco de lágrimas

¡Curiorífico y curiorífico! —gritó Alicia, tan sorprendida que por un momento se olvidó hasta de hablar correctamente—. ¡Me estoy estirando como el telescopio más largo que haya existido jamás! ¡Adiós, pies! —gritó, porque cuando miró hacia abajo vio que sus pies quedaban ya tan lejos que parecía que fuera a perderlos de vista—. ¡Oh, mis pobrecitos pies! ¡Me pregunto quién les pondrá ahora sus zapatos y sus medias! ¡Seguro que yo ya no podré hacerlo! Voy a estar demasiado lejos para ocuparme personalmente de ustedes: van a tener que arreglárselas como puedan... «Igual voy a tener que ser amable con ellos», pensó Alicia, «¡o a lo mejor no querrán llevarme en la dirección en que yo quiera ir! Veamos: les regalaré un par de zapatos nuevos todas las Navidades».

Y siguió planeando cómo iba a realizarlo.

—Tendré que enviarlos por correo. ¡Y qué gracioso será esto de mandarse regalos a los propios pies! ¡Y qué chocante va a resultar escribir la dirección!

Sr. Pie Derecho de Alicia
Alfombra de la chimenea,
junto al Guardafuegos
(con un abrazo de Alicia).

»¡Pero, Dios mío, qué tonterías tan grandes estoy diciendo!

Precisamente en ese momento, su cabeza fue a chocar contra el techo de la sala: en efecto, ahora medía más de dos metros. Tomó rápidamente la llavecita de oro y corrió hacia la puerta del jardín.

¡Pobre Alicia! Lo máximo que podía hacer era echarse de lado en el suelo y mirar el jardín con un solo ojo; entrar en él sería ahora más difícil que nunca. Se sentó en el suelo y volvió a llorar.

—¡Debería darte vergüenza! —dijo Alicia—. ¡Una niña tan grande (ahora sí que podía decirlo) y ponerse a llorar de este modo! ¡Deja de llorar inmediatamente!

Siguió llorando como si tal cosa, derramando litros de lágrimas, hasta que se formó un verdadero charco a su alrededor, de unos diez centímetros de profundidad y que cubría la mitad del suelo de la sala.

Oyó al rato un ruidito de pisadas a lo lejos y se secó rápidamente los ojos para ver quién llegaba. Era el Conejo Blanco, que estaba de regreso, espléndidamente vestido, con un par de guantes blancos de cabritilla en una mano y un gran abanico en la otra. Se acercaba trotando a toda prisa, mientras rezongaba para sí:

—¡Oh! ¡La Duquesa! ¡Cómo va a ponerse la Duquesa si la hago esperar!

Tan desesperada estaba Alicia que se sentía dispuesta a pedir ayuda a cualquiera. Así pues, cuando el Conejo estuvo cerca de ella, empezó a decirle tímidamente y en voz baja:

—Por favor, señor...

El Conejo se asustó terriblemente, dejó caer los guantes blancos de cabritilla y el abanico, y escapó a toda prisa en la oscuridad.

Alicia levantó el abanico y los guantes. Como en el pasillo hacía mucho calor, estuvo abanicándose todo el tiempo mientras se decía:

—¡Qué cosas tan extrañas pasan hoy! Y ayer todo ocurría como de costumbre. Me gustaría saber si habré cambiado durante la noche. Veamos: ¿era yo la misma al levantarme esta mañana? Me parece que puedo recordar que me sentía un poco distinta. Pero, si no soy la misma, la siguiente pregunta es ¿quién demonios soy? ¡Ah, éste es el gran enigma!

Y se puso a pensar en todas las niñas que conocía y que tenían su misma edad, para ver si podía haberse transformado en una de ellas.

—Por cierto: estoy segura de no ser Ada —dijo—, porque su pelo es ondulado, cae en grandes rizos, y el mío no tiene ni medio rulo. Y estoy segura de que no puedo ser Mabel, porque yo sé muchísimas cosas, y ella, oh, ¡ella sabe poquísimas! Además, *ella* es ella, y *yo* soy yo, y... ¡Dios mío, qué rompecabezas! A ver si sé todas las cosas que antes sabía. Veamos: cuatro por cinco doce, y cuatro por seis trece, y cuatro por siete... ¡Ay, Dios mío! ¡Así no voy a llegar nunca a veinte! De todas maneras, la tabla de multiplicar no significa nada. Intentemos con la geografía. Londres es la capital de París, y París es la capital de Roma, y Roma... No, lo dije todo mal, estoy segura. ¡Me debo de haber convertido en Mabel! Probaré, por ejemplo, recitar algunos versos sobre la industriosa abeja.

Cruzó las manos sobre el regazo y advirtió que la voz le estaba saliendo ronca y extraña. Las palabras no eran las que deberían ser:

¡Ves como el industrioso cocodrilo
usa su cola lustrosa
y derrama las aguas del Nilo
sobre sus escamas de oro!

¡Mira con qué alegría muestra sus dientes
y con qué cuidado prepara sus uñas
y se dedica a invitar a los pececitos
para que entren en sus sonrientes mandíbulas!

—¡Estoy segura de que ésas no eran las palabras! —Y a la pobre Alicia se le llenaron otra vez los ojos de lágrimas. —¡Seguro que ahora soy Mabel! Y me tendré que ir a vivir a aquella casucha horrible, y casi no tendré juguetes para jugar, y ¡tantas lecciones que aprender! No, estoy completamente decidida: ¡si soy Mabel, me voy a quedar aquí! De nada servirá que asomen sus cabezas por el pozo y me digan: «¡Vuelve a salir, cariño!» Me limitaré a mirar hacia arriba y a decir: «¿Quién soy yo ahora, entonces? Que me digan eso primero. Después, si me gusta ser esa persona, volveré a subir. Si no me gusta, me quedaré aquí abajo hasta que sea alguien distinto...». Pero, Dios mío —exclamó Alicia, hecha un mar de lágrimas—, ¡cómo me gustaría que asomaran de verdad sus cabezas por el pozo! ¡Estoy tan harta de estar aquí abajo yo sola!

Al decir estas palabras, su mirada se fijó en sus manos, y vio con sorpresa que mientras hablaba se había puesto uno de los pequeños guantes blancos de cabritilla del Conejo.

—¿Cómo he podido hacerlo? —se preguntó—. Debo de haberme encogido otra vez.

Luego se levantó y se acercó a la mesa para calcular su medida. Descubrió que, según sus sospechas, ahora no medía más de sesenta centímetros, y seguía achicándose rápidamente. Se dio cuenta en seguida de que la causa de todo era el abanico que tenía en la mano. Lo soltó a toda prisa, justo a tiempo para no llegar a desaparecer del todo.

—¡Cómo me salvé! —dijo Alicia, bastante asustada por aquel

cambio inesperado, pero muy contenta de verse sana y salva—. ¡Y ahora, vamos al jardín!

Y salió corriendo hacia la pequeña puerta. Pero ¡ay!, ahora la puertita volvía a estar cerrada y la llave de oro seguía como antes sobre la mesa de cristal. «¡Las cosas están peor que nunca!», pensó la pobre Alicia. «¡Porque nunca había sido tan pequeña como ahora, nunca! ¡Necesito declarar que la situación se está poniendo imposible!»

Mientras decía estas palabras, se le resbaló un pie, y luego, un segundo más tarde, ¡plop!, estaba hundida hasta el cuello en agua salada. Lo primero que pensó fue que se había caído de alguna manera en el mar. «Podré volver a casa en tren, en ese caso», se dijo para sí. Alicia había ido a la playa una sola vez en su vida, y había llegado a la conclusión de que, fuera uno a donde fuere, la costa inglesa estaba siempre llena de casetas de playa, criaturas jugando con palas en la arena, después una hilera de casas y detrás una estación de ferrocarril. Sin embargo, de repente, entendió que estaba hundida en el charco de lágrimas que había derramado cuando medía casi tres metros de estatura.

—¡Ojalá no hubiera llorado tanto! —dijo Alicia, mientras nadaba para encontrar la salida—. ¡Ahora recibiré el castigo y moriré ahogada en mis propias lágrimas! ¡Será de veras una cosa extraña! Pero todo es extraño hoy.

En ese instante oyó que alguien chapoteaba en el charco, no muy lejos de ella, y nadó hacia allí para ver quién era. Creyó que se trataba de una morsa o un hipopótamo, pero después se acordó de lo pequeña que era ahora y comprendió que sólo era un ratón que había caído en el charco como ella.

—¿Serviría de algo ahora —se preguntó Alicia— dirigir la palabra a este ratón? Todo es tan extraordinario aquí abajo, que no me sorprendería nada que pudiera hablar. De todos modos, nada se pierde por intentarlo. —Así pues, Alicia empezó a de-

cirle: —Dígame, Ratón, ¿sabe usted cómo salir de este charco? ¡Me cansa esto de andar nadando de un lado a otro, oh, Ratón!

Ella pensó que éste sería el modo correcto de dirigirse a un ratón; nunca se había visto antes en una situación parecida, pero recordó haber leído en la Gramática Latina de su hermano: «el ratón — del ratón — al ratón — para el ratón — ¡oh, ratón!» El Ratón la miró atentamente, y a Alicia le pareció que le guiñaba uno de sus ojitos, pero no le dijo nada. «Tal vez no sepa inglés», pensó Alicia. «Puede que sea un ratón francés, que llegó hasta aquí con Guillermo el Conquistador». Porque a pesar de todos sus conocimientos de historia, Alicia no tenía muy claro cuánto tiempo atrás habían ocurrido algunas cosas. Entonces, volvió a empezar:

—*Où est ma chatte?*

Ésa era la primera frase de su libro de francés. El Ratón dio un salto inesperado fuera del agua y empezó a temblar de pies a cabeza.

—¡Le ruego que me perdone! —exclamó apresuradamente, temiendo haber ofendido los sentimientos del pobre animal—. Olvidé que a usted no le gustan los gatos.

—¡Por supuesto que no me gustan los gatos! —exclamó el Ratón en voz aguda y apasionada—. ¿Acaso te gustarían a ti los gatos si tú fueses yo?

—Bueno, puede ser que no —le respondió Alicia en tono conciliador—. No se enoje por esto. Sin embargo, me gustaría poder mostrarle a nuestra gata Dina. Bastaría que usted la viera para que empezaran a gustarle los gatos. Es tan bonita y tan suave —siguió Alicia, hablando casi para sí misma, mientras nadaba perezosamente por el charco—, y Dina ronronea tan dulcemente junto al fuego, lamiéndose las patitas y lavándose la cara... y es tan agradable tenerla en brazos... y es tan hábil cazando ratones... ¡Oh, perdóneme, por favor! —gritó de nuevo Alicia,

porque esta vez al Ratón se le habían puesto todos los pelos de punta y estaba enfadado de veras—. No hablaremos más de Dina, si usted no quiere.

—¡Hablaremos dices! —chilló el Ratón, que estaba temblando hasta la mismísima punta de la cola—. ¡Como si yo fuera a hablar de semejante tema! Nuestra familia ha odiado siempre a los gatos: ¡bichos asquerosos, despreciables, vulgares! ¡Que no vuelva a oír yo esta palabra!

—¡Oh! ¡No la pronunciaré nunca más! —dijo Alicia, apresurándose a cambiar el tema de la conversación—. ¿Es usted... es usted amigo... de... de los perros? —El Ratón no respondió nada y Alicia siguió diciendo atropelladamente: —Cerca de casa hay un perrito tan simpático que me gustaría que lo conociera. Un pequeño terrier de ojillos brillantes, ¿sabe?, con el pelo largo, ondulado, castaño. Y si una le tira un palo, va y lo trae, y se sienta sobre dos patas para pedir la comida, y muchas cosas más... no me acuerdo ni de la mitad... Y es de un granjero, ¿sabe?, y el granjero dice que es un perro tan útil que no lo vendería ni por cien libras. Dice que mata todas las ratas y... ¡Dios mío! —exclamó Alicia trastornada—. ¡Me temo que lo ofendí otra vez!

Porque el Ratón se alejaba de ella nadando con todas sus fuerzas y creando una auténtica tempestad en el charco con su violento chapoteo. Alicia lo llamó dulcemente mientras nadaba tras él:

—¡Querido Ratón! ¡Vuelva, y no vamos a hablar más de gatos ni de perros, porque no le gustan!

Apenas el Ratón oyó estas palabras, dio media vuelta y nadó lentamente hacia ella: tenía la cara pálida («de emoción, pensó Alicia») y murmuró con su vocecita temblorosa:

—Vamos hacia la orilla, y allí te voy a contar mi historia, así entenderás por qué odio a los gatos y a los perros.

Ya iba siendo hora de irse de allí, porque el charco se iba lle-

nando más y más de los pájaros y animales que habían caído dentro: había un Pato y un Dodo, un Loro y un Aguilucho, y otras curiosas criaturas. Alicia fue adelante y todo el grupo nadó hacia la orilla.

Una carrera loca y una larga historia

El grupo que se reunió en la orilla tenía un aspecto verdaderamente extraño: los pájaros, con las plumas sucias; los otros animales, con el pelo pegado al cuerpo. Todos estaban mojados hasta los huesos, malhumorados e incómodos.

La primera cuestión, por supuesto, era el modo de secarse: lo discutieron entre ellos, y a los pocos minutos, a Alicia le parecía de lo más natural encontrarse en aquella reunión y hablar familiarmente con los animales, como si los conociera de toda la vida. Sostuvo incluso una larga discusión con el Loro, que terminó poniéndose muy tozudo. No decía más que «soy mayor que tú, y tengo que saberlo mejor». Y como Alicia se negó a darse por vencida sin saber antes la edad del Loro, y el Loro se negó rotundamente a confesar su edad, la conversación se terminó ahí.

Por fin el Ratón, que parecía gozar de cierta autoridad dentro del grupo, les gritó:

—¡Siéntense todos y escuchen! ¡Les aseguro que los voy a secar en un santiamén!

Se sentaron todos, pues, formando un amplio círculo, con el Ratón en el medio. Alicia mantenía los ojos ansiosamente fijos en él, porque estaba segura de que iba a pescar un resfrío si no se secaba en seguida.

—¡Ejem! —carraspeó el Ratón con aires de importancia—. ¿Están preparados? Ésta es la historia más árida y, por tanto, más

seca que conozco. ¡Silencio todos, por favor! «Guillermo el Conquistador, cuya causa era apoyada por el Papa, fue aceptado muy pronto por los ingleses, que necesitaban un jefe y estaban hacía tiempo acostumbrados a usurpaciones y conquistas. Edwindo y Morcaro, duques de Mercia y Northumbria...»

—¡Uf! —graznó el Loro, con un escalofrío.

—Con perdón —dijo el Ratón, frunciendo el ceño, pero con mucha cortesía—. ¿Quería decir usted algo?

—¡Yo no! —se apresuró a responder el Loro.

—Me había parecido —dijo el Ratón—. Continúo: «Edwindo y Morcaro, duques de Mercia y Northumbria, se pusieron a su favor, e incluso Stigandio, el patriótico arzobispo de Canterbury, encontrólo conveniente...»

—¿Encontró qué? —preguntó el Pato.

—Encontrólo —repuso el Ratón, un poco enfadado—. Desde luego, usted sabe lo que «lo» quiere decir.

—¡Por supuesto! ¡Claro que sé lo que quiere decir «lo»! —refunfuñó el Pato—. Cuando yo encuentro algo, «lo» es casi siempre una rana o un gusano. Pero quiero saber qué fue lo que encontró el arzobispo.

El Ratón hizo como si no hubiera oído esta pregunta y se apresuró a continuar con su historia:

—«Lo encontró conveniente y decidió ir con Edgardo Athelingo al encuentro de Guillermo y ofrecerle la corona. Guillermo actuó al principio con moderación. Pero la insolencia de sus normandos...» ¿Qué tal te sientes ahora, querida? —continuó, dirigiéndose a Alicia.

—Me siento tan mojada como al principio —dijo Alicia en tono melancólico—. Esta historia es muy seca, pero parece que a mí no me seca nada.

—En este caso —dijo con solemnidad el Dodo, mientras se ponía de pie—, sugiero que se abra un receso en la sesión y que pasemos a la adopción inmediata de remedios más radicales...

—¡Habla en nuestro mismo idioma! —protestó el Aguilucho—. No sé lo que quieren decir ni la mitad de estas palabras largas y difíciles. Es más, ¡me parece que tampoco tú sabes lo que significan!

Y el Aguilucho bajó la cabeza para ocultar una sonrisa; algunos de los otros pájaros rieron sin disimulo.

—Lo que yo iba a decir —siguió el Dodo en tono ofendido— es que el mejor modo para secarnos sería una Carrera Loca.

—¿Qué es una Carrera Loca? —preguntó Alicia, y no porque tuviera muchas ganas de averiguarlo, sino porque el Dodo había hecho una pausa, como esperando que alguien dijera algo, y nadie parecía dispuesto a decir nada.

—Bueno, la mejor manera de explicarlo es hacerlo.

(Y por si alguno de ustedes quiere hacer por su cuenta también una Carrera Loca cualquier día de invierno, voy a contarles cómo la organizó el Dodo.)

Para comenzar, trazó una pista para la Carrera, en algo que parecía un círculo («la forma exacta no tiene importancia», dijo) y después todo el grupo se fue colocando aquí y allá a lo largo de la pista. No gritaron «A la una, a las dos, a las tres, ya», sino que todos empezaron a correr cuando quisieron, y cada uno paró cuando quiso, de modo que no era fácil saber cuándo terminaba la carrera. Sin embargo, cuando llevaban corriendo más o menos media hora, y ya estaban secos, el Dodo gritó súbitamente:

—¡La carrera ha terminado!

Y todos se agruparon jadeantes a su alrededor, mientras preguntaban:

—¿Pero quién ha ganado?

El Dodo no podía contestar a esta pregunta sin pensar largamente, y estuvo un buen rato reflexionando con un dedo apoyado en la frente (la postura en que aparecen casi siempre retratados los pensadores), mientras los demás aguardaban callados. Por fin, el Dodo dijo:

—Todos hemos ganado y todos tenemos que recibir un premio.

—¿Pero quién dará los premios? —preguntó un coro de voces.

—Pues ella, naturalmente —dijo el Dodo, señalando a Alicia con el dedo.

Entonces, todo el grupo se amontonó alrededor de Alicia, gritando como locos:

—¡Premios! ¡Premios!

Alicia no sabía qué hacer, y se metió desesperada una mano en el bolsillo, y encontró una caja de confites (por suerte, el agua salada no había entrado), y los repartió como premios. Había exactamente un confite para cada uno de ellos.

—Pero ella también debe tener un premio —dijo el Ratón.

—Claro que sí —aprobó el Dodo con seriedad, y, dirigiéndose a Alicia, preguntó: —¿Qué más tienes en el bolsillo?

—Sólo un dedal —respondió Alicia.

—Dame ese dedal —dijo el Dodo.

Entonces, todos la rodearon una vez más, mientras el Dodo le ofrecía solemnemente el dedal con estas palabras:

—Te rogamos que aceptes este elegante dedal.

Y después de este cortísimo discurso, todos aplaudieron con entusiasmo.

Alicia consideró que todo esto era muy absurdo, pero los demás parecían tomarlo tan en serio que no se atrevió a reír, y, como tampoco se le ocurría nada que decir, se limitó a hacer una reverencia y tomó el dedal, con el aire más solemne que pudo.

Era el momento de comerse los confites, lo que provocó bastante ruido y confusión, pues los pájaros grandes se quejaban de que no tenían mucho sabor, y los pájaros pequeños se atragantaban y había que darles palmaditas en la espalda. Sin embargo, por fin terminaron con los confites, y de nuevo se sentaron en círculo, y pidieron al Ratón que les contara otra historia.

—Me prometiste contarme tu vida, ¿te acuerdas? —dijo Alicia—. Y por qué odias a los... G y a los P —añadió en un susurro,

sin atreverse a nombrar a los gatos y a los perros por su nombre completo para no ofender al Ratón de nuevo.

—¡Llevo arrastrando una realidad muy larga y muy triste! —exclamó el Ratón, dirigiéndose a Alicia y suspirando.

—Por supuesto, arrastras una cola larguísima —dijo Alicia, mientras echaba una mirada de admiración a la cola del Ratón—, pero ¿por qué dices que es triste?

Y tan convencida estaba Alicia de que el Ratón se refería a su cola, que, cuando él empezó a hablar, la historia que contó tomó en la imaginación de Alicia una forma así:

«Una Furia le dijo a un
Ratón al que se encontró
en su casa: "Vamos a ir jun-
tos ante la Ley: Yo te acu-
saré, y tú te defenderás.
¡Vamos! No admitiré más
discusiones. Vamos a
tener un proceso, por-
que esta mañana no he
tenido ninguna otra
cosa que hacer". El
Ratón respondió a la
Furia: "Ese pleito, se-
ñora, no servirá si no
tenemos juez y jurado,
y no servirá más que
para que nos gritemos
uno a otro como una
pareja de tontos".
Y respondió, astuta, la vieja
Furia: "Yo seré
al mismo tiempo
el juez y el
jurado. Seré yo
la que diga
todo lo que
haya que de-
cir, y tam-
bien quien
condene
a muer-
te".»

—¡No me estás escuchando! —protestó el Ratón, dirigiéndose a Alicia—. ¿Dónde tienes la cabeza?

—No te enojes, por favor —dijo Alicia con suavidad—. Si no me equivoco, ibas ya por la quinta vuelta.

—¡Nada de eso! —chilló el Ratón—. ¿De qué vueltas hablas? ¡Te estás burlando de mí y sólo dices tonterías!

Y el Ratón se levantó y se fue muy enfadado.

—¡Ha sido sin querer! —exclamó la pobre Alicia—. ¡Pero te enfadas con tanta facilidad!

El Ratón sólo respondió con un gruñido, mientras seguía alejándose.

—¡Vuelve, por favor, y termina tu historia! —gritó Alicia tras él.

Y los otros animales se unieron a ella y gritaron a coro:

—¡Sí, vuelve, por favor!

El Ratón movió la cabeza con impaciencia y apresuró el paso.

—¡Qué lástima que no se haya querido quedar! —suspiró el Loro, cuando el Ratón se perdió de vista.

Y una vieja Cangreja aprovechó la ocasión para decirle a su hija:

—¡Ah, cariño! ¡Que te sirva de lección para no dejarte arrastrar nunca por tu mal genio!

—¡Cállate, mamá! —protestó con aspereza la Cangrejita—. ¡Eres capaz de acabar con la paciencia de una ostra!

—¡Ojalá estuviera aquí Dina con nosotros! —dijo Alicia en voz alta, pero sin dirigirse a nadie en particular—. ¡Ella sí que nos traería al Ratón en un santiamén!

—¿Y quién es Dina, si se me permite la pregunta? —quiso saber el Loro.

Alicia contestó con entusiasmo, porque siempre estaba dispuesta a hablar de su amiga favorita:

—Dina es nuestra gata. ¡Y no se imaginan lo lista que es para cazar ratones! ¡Una maravilla! ¡Y me gustaría que la vieran correr tras los pájaros! ¡Se come un pajarito en un abrir y cerrar de ojos!

Las palabras de Alicia provocaron una impresión terrible entre los animales que la rodeaban. Muchos pájaros se apresuraron a levantar el vuelo. Una vieja urraca se acurrucó bien entre sus plumas, mientras murmuraba: «No tengo más remedio que irme a casa; el frío de la noche no le hace nada bien a mi garganta». Un canario reunió a todos sus pequeños, mientras les decía con una vocecilla temblorosa: «¡Vamos, queridos! ¡Es hora de que se vayan todos a la cama!» Con distintos pretextos, todos se fueron alejando de allí, y en unos segundos Alicia se encontró completamente sola.

—¡Ojalá no hubiera hablado de Dina! —se dijo en tono melancólico—. ¡Aquí abajo, mi gata no parece gustarle a nadie y, sin embargo, estoy bien segura de que es la mejor gata del mundo! ¡Ay, mi Dina, mi querida Dina! ¡Me pregunto si volveré a verte alguna vez!

Y la pobre Alicia se echó a llorar de nuevo, porque se sentía muy sola y muy angustiada Al rato, sin embargo, volvió a oír un ruidito de pisadas a lo lejos y elevó los ojos esperanzada, pensando que a lo mejor el Ratón había cambiado de idea y regresaba para terminar su historia.

La casa del Conejo

Era el Conejo Blanco, que volvía trotando, saltarín, y miraba con ansia a su alrededor, como si hubiera perdido algo. Y Alicia oyó que murmuraba:

—¡La Duquesa! ¡La Duquesa! ¡Oh, mis queridas patitas! ¡Oh, mi piel y mis bigotes! ¡Me hará ejecutar, tan seguro como que los grillos son grillos! ¿Dónde demonios puedo haberlos dejado caer? ¿Dónde? ¿Dónde?

Alicia comprendió al instante que estaba buscando el abanico y el par de guantes blancos de cabritilla, y llena de buena voluntad se puso también ella a buscar por todos lados, pero no encontró ni rastro de ellos. En verdad, todo parecía haber cambiado desde que ella cayó en el charco. El pasillo con la mesa de cristal y la puertita habían desaparecido por completo.

Al instante el Conejo descubrió la presencia de Alicia, que andaba buscando los guantes y el abanico de un lado a otro, y le gritó muy enfadado:

—¡Cómo, Mary Ann, qué demonios estás haciendo aquí! Corre inmediatamente a casa y tráeme un par de guantes y un abanico! ¡Aprisa!

Alicia se asustó tanto que salió corriendo en la dirección que el Conejo le señalaba, sin intentar explicarle que estaba equivocándose de persona.

—¡Me confundió con su criada! —se dijo mientras corría—. ¡Qué sorpresa se va a llevar cuando se entere de quién soy! Pero será mejor que le traiga su abanico y sus guantes... Bueno, si es que logro encontrarlos.

Cuando ella decía estas palabras, llegó ante una linda casita, en cuya puerta brillaba una placa de bronce con el nombre «C. BLANCO» grabado en ella. Alicia entró sin llamar, y corrió escaleras arriba, con mucho miedo de encontrar a la verdadera Mary Ann y de que la echaran de la casa antes de que hubiera encontrado los guantes y el abanico.

—¡Parece muy raro eso de andar haciendo mandados para un conejo! —se dijo Alicia—. ¡Supongo que después de esto Dina también me mandará a hacer sus recados! —Y empezó a imaginar lo que ocurriría en este caso: «¡Señorita Alicia, venga aquí inmediatamente y prepárese para salir de paseo!», diría la niñera, y ella tendría que contestar: «¡Voy en seguida! Ahora no puedo, porque tengo que vigilar esta ratonera hasta que vuelva Dina y cuidar de que no se escape ningún ratón». —Claro que —siguió diciéndose Alicia— si a Dina le daba por empezar a darnos órdenes, no creo que la dejáramos mucho tiempo en nuestra casa.

A todo esto, había conseguido llegar hasta un pequeño dormitorio, muy ordenado, con una mesa junto a la ventana, y sobre la mesa (como esperaba) un abanico y dos o tres pares de diminutos guantes blancos de cabritilla. Tomó el abanico y un par de guantes, y, cuando ya estaba por salir de la habitación, su mirada se detuvo en una botellita que estaba al lado del espejo del tocador. Esta vez no había letrerito con la palabra «BÉBEME», pero, aun así, Alicia lo destapó y se lo llevó a los labios.

—Seguro que, si como o bebo algo, ocurrirá algo interesante —se dijo—. Voy a ver qué pasa con esta botella. Espero que vuelva a hacerme crecer porque, en realidad, estoy bastante harta de ser una cosita tan diminuta.

¡Y vaya si la hizo crecer! ¡Mucho más rápido de lo que imaginaba! Antes de que hubiera bebido la mitad del frasco, se encontró con que su cabeza chocaba contra el techo y tuvo que bajarla para que no se le rompiera el cuello. Soltó la botella apresuradamente mientras se decía:

—¡Basta ya! Creo que no seguiré creciendo... De todos modos, no paso por la puerta... ¡Ojalá no hubiera bebido tan rápido!

¡Por desgracia, era demasiado tarde para pensar en eso! Siguió creciendo, y creciendo, y muy pronto tuvo que ponerse de rodillas en el suelo. Un minuto más tarde no le quedaba espacio ni para seguir arrodillada, y tuvo que intentar acomodarse acostada en el suelo, con un codo contra la puerta y el otro brazo alrededor del cuello. Aun así, no paraba de crecer. Como último recurso, sacó un brazo por la ventana y metió un pie por la chimenea, mientras se decía:

—Ahora no puedo hacer nada más, pase lo que pase. ¿Qué va a ser de mí?

La botellita mágica había producido ya todo su efecto, afortunadamente, y Alicia dejó de crecer. De todas maneras, no se sentía cómoda y, como no parecía haber posibilidad alguna de volver a salir nunca de aquella habitación, era natural que se sintiera también muy desgraciada.

—Era mucho más agradable estar en mi casa —se dijo la pobre Alicia—. Allí, al menos, no me pasaba el tiempo creciendo y disminuyendo de tamaño, y recibiendo órdenes de ratones y conejos. Preferiría no haberme metido en la madriguera del Conejo... Y, sin embargo, pese a todo, ¡no se puede negar que este tipo de vida resulta interesante! ¡Yo misma me pregunto qué puede haberme sucedido! Cuando leía cuentos de hadas, nunca creí que estas cosas pudieran ocurrir en la realidad, ¡y aquí me tienen ahora, metida hasta el cuello en una aventura de éstas! Creo que debiera escribirse un libro sobre mí, sí señor. Y cuando sea mayor, yo misma lo escribiré... Pero ya no puedo ser mayor de lo que soy ahora —añadió con

voz lúgubre—. Al menos, no me queda sitio para hacerme mayor mientras esté metida aquí dentro. Pero, entonces, ¿es que nunca me haré mayor de lo que soy ahora? Por una parte, sería una ventaja, no llegaría nunca a ser una vieja, pero, por otra parte, ¡tener siempre lecciones que aprender! ¡Qué pesado! ¡Eso no me gustaría nada! —¡Qué tonta eres, Alicia! —se rebatió a sí misma—. ¿Cómo vas a poder estudiar lecciones metida aquí dentro? Apenas si hay sitio para ti, ¡y desde luego no queda ni un rinconcito para libros de texto!

Así siguió dando discursos un buen rato, unas veces en un sentido y otras llevándose la contra a sí misma, manteniendo en definitiva una conversación muy seria, como si se tratara de una charla entre dos personas distintas, hasta que oyó una voz fuera de la casa y dejó de discutir consigo misma para escuchar.

—¡Mary Ann! ¡Mary Ann! —decía la voz—. ¡De inmediato! ¡Mis guantes!

Alicia oyó luego un ruidito de pasos por la escalera. Comprendió que era el Conejo, que subía en su busca, y se puso a temblar tan fuerte que sacudió toda la casa, olvidando que ahora era mil veces mayor que el Conejo Blanco y, por lo tanto, no había motivo alguno para tenerle miedo.

Ahora el Conejo había llegado ante la puerta e intentó abrirla, pero, como la puerta se abría hacia adentro y el codo de Alicia estaba fuertemente apoyado contra ella, no consiguió moverla. Alicia oyó que se decía para sí:

—Pues entonces daré la vuelta y entraré por la ventana.

—Eso sí que no —pensó Alicia.

Esperó hasta que creyó oír al Conejo justo debajo de la ventana, abrió de repente la mano e hizo un gesto como para atrapar lo que estuviera a su alcance. No encontró nada, pero oyó un gritito entrecortado, algo que caía y un estrépito de vidrios rotos. Ese barullo le hizo suponer que el Conejo se había caído sobre un invernadero o algo por el estilo. Se oyó después una voz muy enfadada, que era la del Conejo:

—¿Dónde estás? ¿Dónde estás? ¡Pat! ¡Pat!

Y una voz nueva, que Alicia hasta entonces no había oído nunca:

—¡Señor, aquí estoy! ¡Estoy cavando en busca de manzanas, con permiso del señor!

—¡Precisamente ahora tenías que estar cavando en busca de manzanas! —replicó el Conejo, muy irritado—. ¡Ven aquí de inmediato! ¡Y ayúdame a salir de esto!

Hubo más ruido de vidrios rotos.

—Y ahora dime, Pat, ¿qué es eso que hay en la ventana?

—Seguro que es un brazo, señor. —Lo pronunciaba «brasso».

—¿Un brazo, tonto? ¿Quién ha visto alguna vez un brazo de este tamaño? ¡Pero si llena toda la ventana!

—Claro que la llena, señor. ¡Pero, aun así, es un brazo!

—Bueno, sea lo que fuere, no tiene por que estar en mi ventana. ¡Ve y quítalo de ahí!

Al cabo de un largo silencio, Alicia sólo pudo oír breves cuchicheos de vez en cuando, como «¡Seguro que esto no me gusta nada, señor, lo que se dice nada!» y «¡Debes hacer de una vez lo que te digo, cobarde!» Por último, Alicia volvió a abrir la mano y a moverla en el aire como si quisiera atrapar algo. Esta vez hubo dos gritos entrecortados y más ruido de vidrios rotos. «¡Debe de haber muchos invernaderos de vidrio ahí abajo!», pensó Alicia. «¡Me pregunto qué harán ahora! Si van a tratar de sacarme por la ventana, ojalá pudieran lograrlo. No tengo nada de ganas de seguir encerrada aquí dentro mucho tiempo más».

Esperó unos minutos sin oír nada más. Por fin escuchó el rechinar de las ruedas de una carretilla y el sonido de muchas voces que hablaban todas a la vez. Pudo entender algunas palabras: «¿Dónde está la otra escalera?... A mí sólo me dijeron que trajera una; la otra la tendrá Bill... ¡Bill! ¡Trae la escalera aquí, muchacho!... Aquí,

pónganlas en esta esquina... No, primero átalas la una a la otra... Así no llegarán ni a la mitad... Claro que llegarán, no seas pesado... ¡Ven aquí, Bill, agárrate a esta cuerda!... ¿Aguantará este peso el tejado?... ¡Cuidado con esta teja suelta!... ¡Eh, que se cae! ¡Cuidado con la cabeza!» Entonces se oyó una fuerte caída. «Vaya, ¿quién ha sido?... Creo que ha sido Bill... ¿Quién va a bajar por la chimenea?... ¿Yo? Noooooo. ¡Baja tú!... ¡Ni hablar! Tiene que bajar Bill... ¡Ven aquí, Bill! ¡El amo dice que tienes que bajar por la chimenea!»

—¿Así que es Bill el que tiene que bajar por la chimenea?—se dijo Alicia—. ¡Parece que todo se lo encargan a Bill! No quisiera estar en su pellejo: desde luego, esta chimenea es estrecha, pero me parece que podré dar algún puntapié por ella.

Hundió el pie todo lo que pudo dentro de la chimenea, y esperó hasta oír que la bestezuela (no podía saber de qué tipo de animal se trataba) escarbaba y arañaba dentro de la chimenea, justo encima de ella. Mientras se decía a sí misma: «¡Aquí está Bill!», dio una fuerte patada, y esperó a ver qué pasaba luego.

Al principio oyó un coro de voces que gritaban juntas: «¡Ahí va Bill!». Después sólo oyó la voz del Conejo: «¡Agárrenlo! ¡Eh! ¡Los que están junto a la valla!» Siguió un silencio y una nueva avalancha de voces: «Levántenle la cabeza... Venga un trago... Sin que se ahogue... ¿Qué pasó, amigo? ¡Cuéntanos todo!»

Finalmente pudo oír una vocecita débil y aguda, que Alicia supuso sería la voz de Bill:

—No sé nada... No quiero más coñac, gracias, ya me siento mejor... Estoy tan aturdido que no puedo decir nada... Sólo recuerdo que algo me golpeó rudamente, ¡y salí disparado por los aires como el muñeco de una caja de sorpresas!

—¡Claro, amigo, por supuesto! ¡Eso ya lo hemos visto! —dijeron los otros.

—¡Hay que quemar la casa! —dijo la voz del Conejo.

Y Alicia gritó con todas sus fuerzas:

—¡Si lo hacen, voy a lanzar a Dina contra ustedes!

Se hizo inmediatamente un silencio de muerte, y Alicia pensó para sí: «Me pregunto qué van a hacer ahora. Si tuvieran una pizca de sentido común, levantarían el tejado».

Al cabo de uno o dos minutos se pusieron una vez más todos en movimiento, y Alicia oyó que el Conejo decía:

—Una carretada será suficiente para empezar.

«¿Una carretada de qué?», pensó Alicia.

No tuvo que esperar mucho para averiguarlo, pues un instante después una granizada de piedrecillas entró disparada por la ventana, y algunas le dieron en plena cara.

—Ahora mismo voy a acabar con esto —se dijo Alicia para sus adentros, y añadió en alta voz: —¡Será mejor que no lo repitan!

Sus palabras produjeron otro silencio de muerte. Alicia advirtió, con cierta sorpresa, que las piedrecillas se estaban transformando en masitas para el té, allí en el suelo, y una brillante idea acudió de inmediato a su cabeza.

«Si como una de estas masitas», pensó, «seguro que producirá algún cambio en mi estatura. Como no existe posibilidad alguna de que me haga todavía mayor, supongo que, a la fuerza, tendré que hacerme más pequeña.»

Luego de comerse una de las masitas, vio con alegría que empezaba a disminuir inmediatamente de tamaño. En cuanto fue lo bastante pequeña para pasar por la puerta, corrió fuera de la casa, y se encontró con un grupo bastante numeroso de animalitos y pájaros que la esperaban. Una lagartija, Bill, estaba en el centro, sostenida por dos conejillos de indias, que le daban a beber algo de una botella. En el momento en que apareció Alicia, todos se abalanzaron sobre ella. Pero Alicia se largó a correr con todas sus fuerzas y pronto se encontró a salvo en un espeso bosque.

—Lo primero que tengo que hacer —se dijo Alicia, mientras

vagaba por el bosque— es crecer hasta recuperar mi estatura de siempre. Luego debo encontrar la manera de entrar en aquel precioso jardín. Creo que éste es el mejor plan de acción.

Desde luego, parecía un plan excelente, y estaba expuesto de un modo muy claro y muy simple. Su única dificultad era que no tenía la menor idea de cómo llevarlo a cabo. Y, mientras miraba ansiosamente por entre los árboles, un pequeño ladrido que sonó justo encima de su cabeza la hizo mirar hacia arriba, sobresaltada.

Un perro muy grande la miraba desde arriba con sus grandes ojos muy abiertos y alargaba tímidamente una patita para tocarla.

—¡Qué bonito! —dijo Alicia, en tono muy cariñoso, e intentó sin éxito dedicarle un silbido; pero estaba también terriblemente asustada, porque pensaba que el cachorro podía estar hambriento, y, en este caso, lo más probable era que la devorara de un solo bocado, a pesar de todos sus mimos.

Sin saber muy bien lo que hacía, tomó del suelo una ramita seca y la levantó hacia el perrito, y el perrito dio un salto con las cuatro patas en el aire, soltó un gruñido de alegría y se abalanzó sobre el palo en gesto de ataque. De inmediato, Alicia se escabulló rápidamente tras un gran cardo, para no ser arrollada, y, en cuanto apareció por el otro lado, el cachorro volvió a precipitarse contra el palo, con tanto entusiasmo que perdió el equilibrio y dio una voltereta. Entonces, Alicia, pensando que aquello se parecía mucho a estar jugando con un caballo percherón y temiendo ser pisoteada en cualquier momento por sus enormes patas, volvió a refugiarse detrás del cardo. El cachorro inició una serie de rápidas acometidas contra el palo, corriendo cada vez un poquito hacia adelante y un mucho hacia atrás, y ladrando roncamente todo el tiempo, hasta que por fin se sentó a cierta distancia, jadeante, con la lengua colgándole fuera de la boca y los grandes ojos medio cerrados.

Alicia creyó que ésta era una buena oportunidad para escapar, así que se lanzó a correr, y corrió hasta el límite de sus fuerzas y

quedar sin aliento, y hasta que las ladridos del cachorro sonaron muy débiles en la distancia.

—Y, sin embargo, ¡qué cachorrito tan simpático era! —dijo Alicia, mientras se apoyaba contra una francesilla para descansar y se abanicaba con una de sus hojas—. ¡Lo que me hubiera gustado enseñarle juegos, si... si hubiera tenido yo el tamaño adecuado para hacerlo! ¡Dios mío! ¡Casi se me había olvidado de que tengo que crecer de nuevo! Veamos: ¿qué debo hacer para lograrlo? Supongo que tendría que comer o que beber alguna cosa, pero ¿qué? Éste es el gran dilema.

Realmente el gran dilema era ¿qué? Alicia miró a su alrededor hacia las flores y hojas de hierba, pero no vio nada que tuviera aspecto de ser lo adecuado para comer o beber en esas circunstancias. Allí cerca se erguía un hongo enorme, casi de la misma altura que Alicia. Y, cuando miró debajo de él, y a ambos lados, y detrás, se le ocurrió que bien podía mirar y ver lo que había encima.

Se puso de puntillas y espió por encima del borde del hongo. De inmediato sus ojos se encontraron con los ojos de una gran oruga azul, que estaba sentada encima del hongo con los brazos cruzados, fumando una larga pipa y sin prestar la menor atención a Alicia o a alguna otra cosa.

Consejos de una Oruga

Alicia y la Oruga se estuvieron mirando un rato en silencio: por fin, la Oruga se sacó la pipa de la boca, y le habló a la niña en voz lánguida y adormilada.

—¿Quién eres tú? —dijo la Oruga.

No era una forma demasiado alentadora de empezar una conversación. Alicia contestó un poco intimidada:

—Yo... yo... Apenas sé, señora, lo que soy en este momento... Sí sé quién era al levantarme esta mañana, pero creo que he cambiado varias veces desde entonces.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó la Oruga con severidad—. ¡A ver si primero te entiendes a ti misma!

—Temo que no puedo aclarar nada conmigo misma, señora —dijo Alicia—, porque yo no soy yo misma, ya lo ve.

—Yo no veo nada —protestó la Oruga.

—Lo lamento, pero no podré explicarlo con más claridad —insistió Alicia con voz amable—, porque para empezar, ni siquiera lo entiendo yo misma. Esto de cambiar tantas veces de estatura en un solo día resulta bastante desconcertante.

—No resulta nada —replicó la Oruga.

—Bueno, quizás usted no haya sentido hasta ahora nada pare-

cido —dijo Alicia—, pero cuando se convierta en crisálida, algo que ocurrirá cualquier día, y después en mariposa, me parece que todo le parecerá un poco raro, ¿no cree?

—Ni un poco —declaró la Oruga.

—Bueno, quizá sus sentimientos sean distintos de los míos, porque le aseguro que a mí me parecería muy raro.

—¡A ti! —dijo la Oruga con desprecio—. ¿Pero quién eres tú?

Con esto volvían al principio de la conversación. Alicia empezaba a sentirse molesta con la Oruga, por esas observaciones tan secas y cortantes, de modo que se puso tiesa como un rábano y le dijo con severidad:

—Me parece que es usted quien debería decirme primero quién es.

—¿Por qué? —preguntó la Oruga.

Era otra pregunta difícil, y como a Alicia no se le ocurrió ninguna buena respuesta y como la Oruga parecía seguir en un estado de ánimo muy desagradable, la niña dio media vuelta para irse.

—¡Ven aquí! —la llamó la Oruga a sus espaldas—. ¡Tengo algo importante que decirte!

Estas palabras sonaban prometedoras, y Alicia dio otra media vuelta y volvió atrás.

—¡Controla este mal genio! —sentenció la Oruga.

—¿Eso es todo? —preguntó Alicia, tragándose la rabia lo mejor que pudo.

—No —dijo la Oruga.

Alicia decidió que sería mejor esperar, ya que no tenía otra cosa que hacer, y ver si la Oruga decía por fin algo que valiera la pena. Durante unos minutos la Oruga siguió fumando sin decir palabra, pero después abrió los brazos, volvió a sacarse la pipa de la boca y dijo:

—Así que tú crees haber cambiado, ¿no?

—Mucho me temo que sí, señora. No me acuerdo de cosas que

antes sabía muy bien, y no pasan diez minutos sin que cambie de tamaño.

—¿Qué cosas no puedes recordar?

—Bueno, por ejemplo, intenté recitar los versos de «Ved cómo la industriosa abeja»... pero todo me salió distinto, completamente distinto, y seguí hablando de cocodrilos.

—Pues bien, haremos una cosa.

—¿Qué?

—Recítame eso de «Usted está viejo, Padre Guillermo...» —ordenó la Oruga.

Alicia cruzó los brazos y empezó a recitar el poema:

«Ha envejecido, padre Guillermo», dijo el chico,
«y su pelo está lleno de canas;
sin embargo, siempre hace el pino...
¿Con sus años aún tiene ganas?»

«Cuando era joven», dijo el padre Guillermo a su hijo,
«no quería dañarme el coco;
pero ya no me da ningún miedo,
porque de mis sesos me queda muy poco».

«Ha envejecido», dijo el muchacho, «como ya le he dicho;
y está terriblemente gordo.
Sin embargo, entró dando una pirueta...
¿Como aún puede andar como un bicho?»

«Cuando era joven», dijo el sabio, meneando su pelo blanco,
«mantenía mi cuerpo muy ágil
con ayuda de este ungüento y, si puedo ser franco,
debes probarlo para no acabar débil».

«Viejo está usted», dijo el chico, «y tiene los dientes inútiles
para más que agua y vino;
pero se comió todo el ganso, hasta los huesos frágiles...
A ver, señor, ¿qué es el tino?»

«Cuando era joven», dijo su padre, «me empeñé en ser abogado,
y discutía la ley con mi esposa;
y por eso, toda mi vida me ha durado
Una mandíbula muy fuerte y musculosa».

«Viejo está usted y sería muy raro», dijo el chico,
«si aún tuviera la vista perfecta;
¿pues cómo hizo bailar en su pico
esta anguila de forma tan recta?»

«Tres preguntas ya me has preguntado,
y a ninguna más contestaré.
Si no te vas ahora mismo,
¡qué gran golpe que te pegaré!»

—No está bien eso —dijo la Oruga.

—Bueno, me temo que no está del todo bien —reconoció Alicia con timidez—. Algunas palabras tal vez me han salido mezcladas.

—Está mal de cabo a rabo —sentenció la Oruga en tono implacable, y siguió un silencio de varios minutos.

La Oruga fue la primera en hablar.

—¿Qué tamaño te gustaría tener? —le preguntó.

—No soy difícil en asunto de tamaños —se apresuró a contestar Alicia—. Sólo que no es agradable estar cambiando tan seguido, ¿sabe?

—No sé nada —dijo la Oruga. Alicia no contestó. Nunca en

toda su vida le habían llevado tanto la contraria, y sintió que se le estaba acabando la paciencia.

—¿Estás contenta con tu tamaño actual? —preguntó la Oruga.

—Me gustaría ser un poco más alta, si a usted no le importa. ¡Siete centímetros es una estatura tan insignificante!

—¡Es una estatura perfecta! —dijo la Oruga, muy enfadada, irguiéndose cuan larga era (ella medía exactamente siete centímetros).

—¡Es que yo no estoy acostumbrada a medir siete centímetros! —se lamentó la pobre Alicia con voz lastimera, mientras pensaba para sus adentros: «¡Ojalá estos bichos no se ofendieran con tanta facilidad!»

—Te irás acostumbrando —dijo la Oruga, y volvió a meterse la pipa en la boca y empezó otra vez a fumar.

Alicia esperó pacientemente a que se decidiera a hablar de nuevo. Al cabo de uno o dos minutos, la Oruga se sacó la pipa de la boca, dio unos bostezos y se desperezó. Después bajó del hongo y empezó a deslizarse por la hierba, al tiempo que decía:

—Uno de los lados te hará crecer, y el otro lado te hará disminuir.

—¿Un lado de qué? ¿El otro lado de qué? —se dijo Alicia para sus adentros.

—Del hongo —respondió la Oruga, como si la niña se lo hubiera preguntado en voz alta.

Al rato, se perdió de vista.

Alicia se quedó un momento contemplando el hongo, pensativa, mientras intentaba descubrir cuáles serían sus dos lados. Como era perfectamente redondo, el problema no resultaba nada fácil. Así pues, extendió los brazos todo lo que pudo alrededor y arrancó con cada mano un pedacito del hongo.

—Y ahora —se preguntó—, ¿cuál es cuál?

Mordisqueó un trozo de la mano derecha para ver el efecto y,

al instante, sintió un rudo golpe en la barbilla. ¡Su barbilla había chocado con sus pies!

Se asustó mucho con este cambio tan repentino, pero comprendió que estaba disminuyendo rápidamente de tamaño y que por eso no había tiempo que perder. Debía apresurarse a morder el otro pedazo. Tenía la mandíbula tan apretada contra los pies que le resultaba difícil abrir la boca, pero lo consiguió, al fin, y pudo tragar un trocito del pedazo de hongo de su mano izquierda.

«¡Por fin tengo libre la cabeza!», se dijo Alicia aliviada, pero el alivio se transformó de inmediato en alarma, al advertir que había perdido de vista sus propios hombros: todo lo que podía ver, al mirar hacia abajo, era un larguísimo pedazo de cuello. Parecía brotar como un tallo del mar de hojas verdes que se extendía muy por debajo de ella.

—¿Qué será todo este verde? —dijo Alicia—. ¿Y dónde se habrán marchado mis hombros? Y, oh, mis pobres manos, ¿cómo es que no puedo verlas?

Movía las manos mientras hablaba, pero no pareció conseguir ningún resultado, salvo un ligero estremecimiento que agitó aquella verde hojarasca distante. Como no había modo de que sus manos subieran hasta su cabeza, decidió bajar la cabeza hasta las manos y descubrió con entusiasmo que su cuello se movía con mucha facilidad en cualquier dirección, como una serpiente. Acababa de lograr que su cabeza descendiera por el aire en un gracioso zigzag y se disponía a introducirla entre las hojas, que descubrió no eran más que las copas de los árboles bajo los que antes había estado paseando. Un agudo silbido la hizo retroceder a toda prisa. Vio una gran paloma que se precipitaba contra su cabeza y la golpeaba violentamente con las alas.

—¡Serpiente! —gritó la Paloma.

—¡Yo no soy una serpiente! —protestó Alicia, muy indignada—. ¡Y déjame en paz!

—¡Serpiente, más que serpiente! —siguió la Paloma, aunque en un tono menos convencido, y añadió en una especie de sollozo: —¡Lo he intentado todo, y nada ha dado resultado!

—¡No tengo la menor idea de qué me está diciendo! —exclamó Alicia.

—He intentado en las raíces de los árboles, y probé en las riberas, y lo he intentado en los setos —siguió la Paloma, sin escuchar lo que Alicia le decía—. ¡Pero siempre estas serpientes! ¡No hay modo de librarse de ellas!

Alicia se sentía cada vez más desconcertada, pero pensó que de nada serviría todo lo que ella pudiera decir ahora y que era mejor esperar a que la Paloma terminara de hablar.

—¡Como si no fuera ya una tarea bastante pesada empollar los huevos! —dijo la Paloma—. ¡Encima hay que vigilarlos día y noche contra las serpientes! ¡No pude pegar un ojo durante tres semanas!

—Lamento mucho que sufra usted tantas molestias —dijo Alicia, que empezaba a comprender el significado de las palabras de la Paloma.

—¡Y justo cuando elijo el árbol más alto del bosque —continuó la Paloma, levantando la voz en un chillido—, y justo cuando me creía por fin libre de ellas, tienen que empezar a bajar culebreando desde el cielo! ¡Qué asco de serpientes!

—Le digo que yo no soy una serpiente. Yo soy una... Yo soy una...

—Bueno, ¿qué eres tú, entonces? —dijo la Paloma—. ¡Veamos qué demonios inventas ahora!

—Soy... soy una niñita —dijo Alicia, llena de dudas, pues tenía muy presentes todos los cambios que había sufrido a lo largo del día.

—¡Qué cuento! ¡A otro con esa historia! —respondió la Paloma, y había en su tono un profundo desprecio—. He visto mon-

tones de niñitas a lo largo de mi vida, ¡pero ninguna que tuviera un cuello como el tuyo! ¡No, no! Eres una serpiente, y de nada sirve negarlo. ¡Supongo que ahora me dirás que nunca en tu vida te has devorado un huevo!

—Sí, bueno, huevos sí he comido —reconoció Alicia, que siempre decía la verdad—. Pero las niñas también comen huevos, igual que las serpientes, ¿sabe?

—No te creo —dijo la Paloma—. Si es cierto que las niñas comen huevos, entonces, no son más que una variedad de serpientes, y eso es todo.

Era una idea tan nueva para Alicia que quedó muda durante uno o dos minutos. Eso le dio a la Paloma la oportunidad de añadir:

—¡Estás buscando huevos! ¡Si lo sabré yo! ¡Y me da lo mismo a mí que seas una niña o una serpiente!

—¡Pues a mí no me da lo mismo! —se apresuró a declarar Alicia—. Y además da la casualidad de que no estoy buscando huevos. Y aunque estuviera buscando huevos, no querría los suyos: no me gustan crudos.

—Bien, entonces, lárgate —gruñó la Paloma, mientras se volvía a colocar en el nido.

Alicia se sumergió trabajosamente entre los árboles. El cuello se le enredaba entre las ramas y tenía que pararse a cada momento para liberarlo. Al cabo de un rato, recordó que todavía tenía los pedazos de hongo, y puso cuidadosamente manos a la obra, mordisqueando primero uno y luego el otro, y creciendo unas veces y decreciendo otras, hasta que al final consiguió recuperar su estatura normal.

Hacía tanto tiempo que no había tenido un tamaño ni siquiera aproximado al suyo, que al principio se le hizo un poco extraño. Pero no le costó mucho acostumbrarse y empezó a hablar consigo misma como solía.

—¡Vaya, he realizado la mitad de mi plan! ¡Qué desconcertantes son estos cambios! ¡Nunca puede estar una segura de lo que va a ser al minuto siguiente! Por lo pronto, lo cierto es que he recobrado mi estatura normal. El próximo objetivo es entrar en aquel precioso jardín... Me pregunto cómo me las arreglaré para lograrlo.

Estaba diciendo estas palabras cuando llegó a un claro del bosque, donde se alzaba una casita de poco más de un metro de altura.

«Sea quien fuere el que viva allí», pensó Alicia, «no puedo presentarme con este tamaño. ¡Se morirían del susto!»

Así pues, empezó a mordisquear una vez más el pedacito de la mano derecha y no se atrevió a acercarse a la casita hasta haber reducido su propio tamaño a unos veinte centímetros.

Cerdo y pimienta

Alicia miró la casa un par de minutos mientras se preguntaba qué hacer. De pronto salió corriendo del bosque un lacayo de librea (a Alicia le pareció un lacayo porque vestía librea; de no ser así, y teniendo en cuenta sólo su cara, habría dicho que era un pez) y golpeó enérgicamente la puerta con los nudillos. Otro lacayo de librea, con una cara redonda y ojos bien grandes de rana, abrió la puerta. Alicia observó que ambos lacayos llevaban el pelo empolvado y ondulado. Sintió una gran curiosidad por saber lo que estaba pasando y salió cautelosamente del bosque para oír lo que decían. El Lacayo-pez empezó por sacarse de debajo del brazo una gran carta, casi tan grande como él, y se la entregó al otro lacayo, mientras decía en tono solemne:

—Es de la Reina. Una invitación de la Reina para jugar al croquet.

Eso mismo repitió el Lacayo-rana, en igual tono solemne, pero cambiando un poco el orden de las palabras:

—Para la Duquesa. Una invitación de la Reina para jugar al croquet.

Luego los dos hicieron una profunda reverencia, y los empolvados rizos se les enredaron.

A Alicia le dio un ataque de risa tan grande que tuvo que correr a esconderse en el bosque por miedo a que la oyeran. Cuan-

do volvió a asomarse, el Lacayo-pez se había marchado y el otro estaba sentado en el suelo, junto a la puerta, mirando el cielo con aire estúpido.

Alicia se acercó con timidez y golpeó a la puerta.

—Llamar es inútil —dijo el Lacayo—, y esto por dos razones. Primero, porque yo estoy en el mismo lado de la puerta que tú; segundo, porque dentro de la casa hacen tanto barullo que es imposible que te oigan.

Del interior de la casa, en efecto, salia un ruido espantoso: aullidos, estornudos y de vez en cuando un estrepitoso golpe, como si un plato o una olla se hubiera roto en mil pedazos.

—Por favor —preguntó Alicia—, ¿qué tengo que hacer para entrar?

—Llamar a la puerta serviría de algo —siguió el Lacayo sin escucharla— si tuviéramos la puerta entre nosotros dos. Por ejemplo, si tú estuvieras dentro, podrías llamar, y yo podría abrir para que salieras.

Él había estado mirando todo el tiempo hacia el cielo mientras hablaba, y esto le pareció a Alicia decididamente una grosería. «Pero a lo mejor no puede evitarlo», se dijo para sus adentros. «¡Tiene los ojos tan arriba de la cabeza! Al menos podría responder cuando se le pregunta algo.»

—¿Y cómo tengo que hacer para entrar? —repitió ahora en voz alta.

—Yo estaré sentado aquí —observó el lacayo— hasta mañana...

La puerta de la casa se abrió en ese instante, y un gran plato salió zumbando por los aires, en dirección a la cabeza del Lacayo: le rozó la nariz y fue a estrellarse contra uno de los árboles que había detrás.

—... o pasado mañana, quizá —continuó el Lacayo en el mismo tono de voz, como si no hubiese pasado absolutamente nada.

—¿Qué tengo que hacer para entrar? —volvió a preguntar Alicia, alzando la voz.

—Pero ¿tienes que entrar necesariamente? —dijo el Lacayo—. Esto es lo primero que hay que aclarar.

Ésa era la pura verdad, pero a Alicia no le gustó nada que se lo dijeran.

—¡Qué pesados! —masculló para sí—. ¡Qué manera espantosa de razonar tienen todas estas criaturas! ¡Es como para volverse loco!

Al Lacayo le pareció una buena ocasión para repetir sus observaciones, con leves cambios:

—Voy a estar sentado aquí —dijo— días y días.

—Pero ¿qué tengo que hacer yo? —insistió Alicia.

—Pues lo que se te antoje —dijo el Lacayo, y empezó a silbar.

—¡Oh, no sirve para nada hablar con él! —murmuró Alicia desesperada—. ¡Es un perfecto idiota!

A continuación abrió la puerta y entró en la casa.

La puerta daba directo a una gran cocina, que estaba completamente llena de humo. La Duquesa se hallaba en el medio de la cocina, sentada sobre un taburete de tres patas y con un bebé en los brazos. La cocinera se inclinaba sobre el fogón y revolvía el interior de un enorme caldero que parecía estar lleno de sopa.

—¡Pusieron demasiada pimienta en esa sopa! —se dijo Alicia para sus adentros, mientras soltaba el primer estornudo.

En el aire sí que había demasiada pimienta. También la Duquesa estornudaba de vez en cuando, e incluso el bebé estornudaba y aullaba alternativamente, sin un momento de respiro. Los únicos seres que en aquella cocina no estornudaban eran la cocinera y un enorme y rollizo gato que estaba tendido cerca del fuego, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Por favor, podría usted decirme —preguntó Alicia con timidez, pues no estaba demasiado segura de que fuera correcto empezar ella la conversación— por qué sonríe su gato de esa manera?

—Éste es un gato de Cheshire —dijo la Duquesa—; por eso sonríe. ¡Qué cerdo!

Esa última palabra fue gritada con tal violencia que Alicia estuvo a punto de dar un salto, pero en seguida se dio cuenta de que la Duquesa se refería al bebé, y no a ella. Recobró el valor y siguió conversando.

—Yo no sabía que los gatos de Cheshire estuvieran siempre sonriendo. En realidad, ni siquiera sabía que los gatos pudieran sonreír.

—Todos pueden sonreír —dijo la Duquesa—, y muchos lo hacen.

—No sabía de ninguno que lo hiciera —dijo Alicia muy amablemente, contenta de haber iniciado una conversación.

—No es mucho lo que sabes —dijo la Duquesa—. Eso es lo que ocurre: sabes poco.

El tono del comentario no le gustó nada a Alicia, y decidió que sería conveniente cambiar de tema de conversación. Estaba pensando qué tema elegir cuando la cocinera apartó la olla de sopa del fuego, y comenzó a arrojar todo lo que caía en sus manos contra la Duquesa y el bebé: primero, los hierros del hogar; después, una lluvia de cacharros, platos y fuentes. La Duquesa no dio señales de enterarse, ni siquiera cuando los proyectiles la alcanzaban, y el bebé berreaba ya con tanta fuerza que era imposible saber si los golpes le dolían o no.

—¡Pero tenga usted cuidado con lo que hace, por favor! —gritó Alicia, mientras saltaba, asustadísima, para esquivar los proyectiles—. ¡Le va a arrancar su preciosa nariz! —añadió, al ver que un caldero extraordinariamente grande volaba muy cerca de la cara de la Duquesa.

—Si cada uno se metiera en sus propios asuntos —dijo la Duquesa con un gruñido—, el mundo giraría mucho más rápido y con menos pérdida de tiempo.

—Pero eso no sería ninguna ventaja —intervino Alicia, muy

contenta de que se presentara una oportunidad de lucirse con sus conocimientos—. Si la Tierra girase más aprisa, ¡imagine usted el lío que se armaría con el día y la noche! Todos sabemos que la Tierra tarda veinticuatro horas en ejecutar un giro completo sobre su propio eje...

—Hablando de eje y de ejecutar —interrumpió la Duquesa—, ¡que le corten la cabeza!

Alicia miró con ansiedad a la cocinera, para ver si se disponía a hacer algo parecido; pero la cocinera estaba muy ocupada revolviendo la sopa y no parecía prestar atención a la charla, por lo que Alicia se animó a seguir con su lección:

—Veinticuatro horas, creo, ¿o son doce? Yo...

—¿Vas a dejar de fastidiarme? —dijo la Duquesa—. ¡Nunca he soportado los cálculos!

Mecía de nuevo al niño, mientras le cantaba una especie de canción de cuna. Al final de cada verso le daba al pequeño una fuerte sacudida.

Grítale y riñe al niñito
si se pone a estornudar,
porque lo hace el bendito
sólo para fastidiar.

CORO
(Con participación de la cocinera y el bebé).

¡Uy! ¡Uy! ¡Uy!

Al comenzar la segunda estrofa, la Duquesa lanzó al niño al aire, zarandeándolo hacia arriba y hacia abajo, con tal violencia que la criatura gritaba a voz en cuello. Alicia apenas podía oír las palabras:

A mi pequeño le pego
una paliza si estornuda,
porque ¿es que acaso no le gusta
esa pimienta que importuna?

CORO

¡Uy! ¡Uy! ¡Uy!

—¡Bien! ¡Ahora podrías acunarlo un poco tú, si quieres! —dijo la Duquesa al concluir la canción, mientras le arrojaba el bebé por el aire—. Tengo que ir a arreglarme para jugar al croquet con la Reina.

La Duquesa salió apresuradamente de la habitación. La cocinera le tiró una sartén en el último instante, pero no la alcanzó.

Alicia tomó al bebé en brazos con cierta dificultad, pues se trataba de una criaturita de forma extraña y que forcejeaba con brazos y piernas en todas direcciones; «como una estrella de mar», pensó Alicia. El pequeño resoplaba como una máquina de vapor cuando ella lo levantó. Se encogía y se estiraba con tal furia que durante los primeros minutos Alicia estuvo en problemas y le resultó difícil evitar que se le escabullera de los brazos.

Luego encontró la manera de sostener al niño aferrado en sus brazos: el modo era retorcerlo en una especie de nudo, con la oreja izquierda y el pie derecho bien sujetos para impedir que se deshiciera. Después Alicia lo sacó al aire libre. «Si no me llevo a este niño conmigo», pensó, «seguro que lo matan en un día o dos. ¿Acaso no sería un crimen dejarlo en esta casa?» Cuando dijo estas últimas palabras en voz alta, el pequeño le respondió con un gruñido (en ese momento ya había dejado de estornudar).

—No gruñas —lo retó Alicia—. Ésa no es la mejor manera de expresarse.

El bebé volvió a gruñir, y Alicia le miró la cara con ansiedad, para ver si le pasaba algo. Tenía una nariz muy respingada, mucho más parecida a un hocico que a una verdadera nariz. Por otra parte, los ojos se le estaban poniendo demasiado pequeños para ser ojos de bebé. A Alicia no le gustaba ni un poquito el aspecto que estaba tomando aquello. «Tal vez es porque ha estado llorando», pensó, y le miró de nuevo los ojos, para ver si había alguna lágrima. No, no había lágrimas.

—Si piensas convertirte en un cerdito, cariño —dijo Alicia, muy seria—, yo no querré saber nada contigo. ¡Así que ten cuidado!

El pobre crío volvió a soltar un quejido (¿o un gruñido? era imposible asegurarlo), y los dos estuvieron en silencio durante un rato.

Alicia estaba empezando a preguntarse a sí misma: «Y ahora, ¿qué voy a hacer yo con esta criaturita cuando vuelva a mi casa?». De pronto el bebé soltó otro gruñido, con tanta violencia que ella volvió a mirarlo, alarmada. No tuvo la menor duda: no era ni más ni menos que un cerdito, y a Alicia le pareció que sería absurdo seguir llevándolo en brazos.

Entonces, lo apoyó en el suelo, y sintió un gran alivio al ver que echaba a trotar y entraba en el bosque.

«Si hubiera crecido», se dijo a sí misma, «habría sido un niño terriblemente feo, pero como cerdito me parece precioso». Y empezó a pensar en otros niños que ella conocía y a los que les sentaría muy bien convertirse en cerditos. «¡Si supiéramos la manera de transformarlos!», se estaba diciendo. Tuvo un ligero sobresalto al ver que el Gato de Cheshire estaba sentado en la rama de un árbol muy próximo a ella.

El Gato se limitó a sonreír cuando vio a Alicia. Parecía tener buen carácter, pero también tenía unas uñas muy largas y muchísimos dientes, de modo que sería mejor tratarlo con respeto.

—Minino de Cheshire —dijo Alicia tímidamente, pues no estaba del todo segura de si le gustaría ser llamado así; pero el Gato no hizo más que ensanchar su sonrisa, por lo que Alicia decidió que sí le gustaba—. Minino de Cheshire, ¿podrías decirme, por favor, qué camino debo seguir para salir de aquí?

—Eso depende en gran parte del sitio al que quieras llegar —respondió el Gato.

—No me preocupa mucho dónde... —dijo Alicia.

—Entonces, tampoco importa mucho el camino que tomes —dijo el Gato.

—... siempre que llegue a alguna parte —añadió Alicia como explicación.

—¡Oh, llegarás a alguna parte, puedes estar segura —aseguró el Gato—, siempre que camines lo suficiente!

A Alicia le pareció que no había manera de responder a eso y decidió hacer otra pregunta:

—¿Qué clase de gente vive por aquí?

—En esta dirección —dijo el Gato, haciendo un gesto con la pata derecha—, vive un Sombrerero. Y en esta dirección —dijo haciendo un gesto con la otra pata—, vive una Liebre de Marzo. Puedes visitar al que quieras: los dos están locos.

—Es que a mí no me gusta tratar a gente loca —protestó Alicia.

—Oh, eso no lo puedes evitar —repuso el Gato—. Aquí todos estamos locos. Yo estoy loco. Tú estás loca.

—¿Cómo sabes que yo estoy loca? —preguntó Alicia.

—Tienes que estarlo —afirmó el Gato—, o no habrías venido aquí.

Alicia pensó que esto no demostraba nada. Sin embargo, continuó con sus preguntas:

—¿Y cómo sabes que tú estás loco?

—Para empezar —repuso el Gato—, los perros no están locos. ¿Estás de acuerdo?

—Supongo que sí —concedió Alicia.

—Muy bien. Entonces en tal caso —siguió su razonamiento el Gato—, ya sabes que los perros gruñen cuando están enfadados y mueven la cola cuando están contentos. Pues bien, yo gruño cuando estoy contento y muevo la cola cuando estoy enfadado. Luego, estoy loco.

—Yo le llamo a eso ronronear, no gruñir —explicó Alicia.

—Llámalo como se te dé la gana —dijo el Gato—. ¿Vas a jugar hoy al croquet con la Reina?

—Me encantaría —respondió Alicia—, pero por ahora no me han invitado.

—Nos volveremos a ver allí —aseguró el Gato, y desapareció.

A Alicia esto no la sorprendió demasiado; ya se había acostumbrado a que sucedieran cosas raras. Todavía miraba hacia el lugar donde el Gato había estado cuando éste reapareció de golpe.

—Dicho sea de paso, ¿qué ha sucedido con el bebé? —preguntó—. Me olvidé de preguntarlo.

—Parece que se convirtió en cerdito —respondió Alicia sin dudar, como si el Gato hubiera vuelto de la forma más natural del mundo.

—Estaba seguro de que terminaría de ese modo —dijo el Gato, y desapareció de nuevo.

Alicia esperó un ratito, con la idea de que quizás aparecería una vez más, pero no fue así, y, pasados uno o dos minutos, la niña se puso en marcha hacia el lugar donde el Gato le había dicho que habitaba la Liebre de Marzo.

—Yo ya conocí algunos sombrereros —se dijo para sí—. La Liebre de Marzo será mucho más interesante. Y, como estamos en mayo, quizá ya no esté loca... o por lo menos tal vez no esté tan loca como en marzo.

Mientras decía estas palabras, miró hacia arriba, y allí estaba el Gato una vez más, sentado en la rama de un árbol.

—¿Dijiste «cerdito» o «cardito»? —preguntó el Gato.

—Dije «cerdito» —contestó Alicia—. ¡Y me gustaría que te dejes de andar apareciendo y desapareciendo tan de golpe! ¡Eso me marea!

—Bueno. De acuerdo —dijo el Gato.

Y esta vez desapareció despacito, con mucha suavidad, empezando por la punta de la cola y terminando por la sonrisa, que permaneció un rato allí, cuando el resto del Gato ya había desaparecido.

—¡Vaya! —se dijo Alicia—. He visto muchísimas veces un gato sin sonrisa, ¡pero una sonrisa sin gato! ¡Es la cosa más rara que he visto en toda mi vida!

No tuvo que caminar demasiado para llegar a la casa de la Liebre de Marzo. Pensó que debía ser forzosamente aquella casa, porque las chimeneas tenían forma de orejas y el techo estaba revestido de piel. Ésa era una casa tan grande que no se atrevió a acercarse sin dar antes un mordisquito al pedazo de hongo que llevaba en su mano izquierda, con lo que creció hasta alcanzar unos sesenta centímetros de estatura. Aun así, avanzó hacia la casa con cierta timidez, mientras se decía:

—¿Y si estuviera loca de verdad? ¡Casi preferiría haber ido a ver al Sombrerero!

Una merienda de locos

La mesa estaba puesta bajo un árbol, frente a la casa, y la Liebre de Marzo y el Sombrerero estaban tomando el té. Entre los dos había un Lirón, que estaba sentado y dormía profundamente. Los otros dos lo hacían servir de almohada, apoyando los codos sobre él, y hablando por encima de su cabeza. «Muy incómodo para el Lirón», pensó Alicia, «claro que, como está dormido, seguramente no se da cuenta.»

La mesa era muy grande, pero los tres se apiñaban muy juntos en una de las esquinas.

—¡No hay lugar! —comenzaron a gritar, cuando vieron que se acercaba Alicia.

—¡Hay un montón de lugar! —protestó Alicia, muy enojada, y se sentó en un gran sillón, en un extremo de la mesa.

—Por favor, sírvete un poco de vino —la convidó la Liebre de Marzo.

Alicia miró por toda la mesa, pero allí sólo había té.

—No veo vino —observó.

—Por supuesto. No hay —respondió la Liebre de Marzo.

—Pues en ese caso, no es muy correcto de su parte andar ofreciéndolo —dijo Alicia, enfadada.

—Tampoco es muy correcto de parte tuya venir a sentarte con nosotros sin haber sido invitada —dijo la Liebre de Marzo.

—No sabía que la mesa era de ustedes —dijo Alicia—. Está servida para mucho más de tres personas.

—Creo que necesitas un buen corte de pelo —dijo el Sombrerero.

Había estado observando a Alicia con mucha curiosidad, y éstas eran sus primeras palabras.

—Usted debería aprender a no hacer comentarios personales —replicó Alicia con severidad—. Es de muy mala educación.

Cuando oyó esto, el Sombrerero abrió unos ojos grandes como naranjas, pero lo único que dijo fue:

—¿En qué se parece un cuervo a un escritorio?

«¡Bueno, parece que nos vamos a empezar a divertir!», pensó Alicia. «Me encanta que hayan decidido jugar a las adivinanzas.» Y añadió en voz alta:

—Creo que sé la solución.

—¿Quieres decir que crees que puedes encontrar la solución? —preguntó la Liebre de Marzo.

—Exactamente —contestó Alicia.

—Entonces, debes decir lo que piensas —siguió la Liebre de Marzo.

—Lo estoy haciendo —se apuró a contestar Alicia—. O al menos... al menos pienso lo que digo... Vendría a ser lo mismo, ¿no?

—¿Lo mismo? ¡De ningún modo! —dijo el Sombrerero—. ¡En ese caso, sería lo mismo decir «veo lo que como» que «como lo que veo»!

—¡Con esa forma de razonar, daría lo mismo decir «me gusta lo que tengo» que «tengo lo que me gusta»! —añadió la Liebre de Marzo.

—¡Y sería lo mismo —agregó el Lirón, que parecía hablar en medio de sus sueños— «respiro cuando duermo» que «duermo cuando respiro»!

—Es lo mismo en tu caso —dijo el Sombrerero.

La conversación se interrumpió en este punto y el pequeño grupo se mantuvo en silencio unos instantes. Alicia, mientras tanto, procuraba recordar todo lo que sabía de cuervos y de escritorios, que no era demasiado.

El Sombrerero fue el primero en romper el silencio.

—¿Qué día del mes es hoy? —preguntó, dirigiéndose a Alicia.

Había sacado el reloj de su bolsillo y lo miraba con ansiedad, dándole a cada rato unas violentas sacudidas. Se lo llevaba una y otra vez al oído.

Alicia reflexionó unos instantes.

—Es día cuatro —dijo por fin.

—¡Dos días de retraso! —suspiró el Sombrerero, y dirigiéndose con amargura a la Liebre de Marzo, añadió: —¡Ya te dije que la manteca no le haría bien al mecanismo!

—Sin embargo, era manteca de la mejor —replicó la Liebre, muy compungida.

—Sí, pero tendría también algunas migas —gruñó el Sombrerero—. No debiste haber utilizado el cuchillo del pan para ponerla.

La Liebre de Marzo levantó el reloj y lo miró con aire melancólico; después lo sumergió en su taza de té y lo miró de nuevo. Pero no se le ocurrió nada mejor que repetir su primera observación:

—Era manteca de la mejor, ¿sabes?

Alicia había estado mirando por encima del hombro de la Liebre con bastante curiosidad.

—¡Qué reloj más raro! —exclamó—. ¡Señala el día del mes y no dice la hora!

—¿Y por qué habría de hacerlo? —rezongó el Sombrerero—. ¿Acaso tu reloj señala el año en que estamos?

—Claro que no —reconoció Alicia de inmediato—, pero eso es porque un mismo año dura mucho tiempo.

—Ése es precisamente el caso de mi reloj —dijo el Sombrerero.

Alicia quedó completamente desconcertada. Las palabras del

Sombrerero le habían parecido totalmente insensatas. No tenían ningún sentido, aunque los dos hablaban en el mismo idioma.

—No comprendo del todo —dijo, tratando de sonar amable.

—El Lirón se ha vuelto a dormir —comentó el Sombrerero. Le arrojó un poco de té caliente en el hocico.

El Lirón sacudió la cabeza con impaciencia y dijo, sin abrir los ojos:

—Claro que sí, claro que sí. Es justamente lo que yo iba a decir.

—¿Ya encontraste la solución a la adivinanza? —preguntó el Sombrerero, dirigiéndose de nuevo a Alicia.

—No. Me rindo. ¿Cuál es la solución?

—No tengo la menor idea —dijo el Sombrerero.

—Ni yo —dijo la Liebre de Marzo.

Irritada, Alicia suspiró.

—Me parece que ustedes podrían encontrar un mejor modo de matar el tiempo —dijo— que andar proponiendo adivinanzas sin solución.

—Si conocieras al Tiempo tan bien como yo —dijo el Sombrerero—, no hablarías de matarlo. ¡El Tiempo es todo un personaje! No es una cosa. Él es de él, no es de nadie.

—No sé lo que quiere decir —protestó Alicia.

—¡Por supuesto que no lo sabes! —dijo el Sombrerero, frunciendo la nariz en un gesto de desprecio—. ¡Juraría que ni siquiera has hablado nunca con el Tiempo!

—Creo que no —respondió Alicia con cautela—, pero en la clase de música me hacen marcar el tiempo golpeando con las palmas de la mano.

—¡Ah, eso lo explica todo! —dijo el Sombrerero—. El Tiempo no tolera que le den palmadas. En cambio, si estuvieras en buenas relaciones con él, haría todo lo que tú quisieras con el reloj. Por ejemplo, imagina que son las nueve de la mañana, justo la hora

de empezar las clases; no tendrías más que susurrarle al Tiempo tu deseo y el Tiempo al instante haría girar las agujas de tu reloj. ¡La una y media! ¡Hora de comer!

(«¡Me gustaría que lo fuera ahora!», se dijo la Liebre de Marzo para sí en un susurro.)

—Desde luego, sería grandioso —admitió Alicia, pensativa—, pero entonces todavía no tendría hambre, ¿no le parece?

—Acaso no tendrías hambre al principio —respondió el Sombrerero—. Sin embargo, podrías hacer que el Tiempo se quedara en la una y media todo el tiempo que tú quisieras.

—¿Esto es lo que ustedes hacen con el Tiempo? —preguntó Alicia.

El Sombrerero movió la cabeza con pesar.

—¡Yo no! —contestó—. Es que yo me enojé con el Tiempo. Tuvimos un disgusto y nos peleamos el pasado marzo, justo antes de que ésta se volviera loca, ¿sabes? (Y señaló con la cucharita hacia la Liebre de Marzo.)

—¿Ah, sí? —preguntó Alicia, interesada.

—Sí. Fue en el gran concierto que ofreció la Reina de Corazones, y yo tenía que cantar.

—¿Y qué cantaste? —preguntó Alicia.

—Canté esto:

Titila, titila, murciélago alado,
¿En que estás tan ocupado?

—Seguro que conoces esa canción —agregó.

—Sí, me suena, pero no estoy segura— dijo Alicia.

—Tiene algunas estrofas más —siguió el Sombrerero—. Por ejemplo:

Sobre el mundo vas volando
y una bandeja de té vas llevando.
Titila, titila...

El Lirón tembló de emoción cuando llegaron a esa parte y empezó a canturrear en sueños: «*Titila, tiitla, titila...* », y así se quedó tanto rato que tuvieron que darle un buen pellizco para que se callara.

—Bueno —continuó el Sombrerero—, lo cierto es que apenas había terminado yo la primera estrofa, cuando la Reina se puso a gritar: «¡Qué forma estúpida de matar el tiempo! ¡Que le corten la cabeza!»

—¡Qué barbaridad! ¡Esa Reina es una salvaje! —exclamó Alicia.

—Y desde entonces —añadió el Sombrerero con una voz tristísima—, el Tiempo cree que quise matarlo y no desea hacer nada de lo que le pido. Ahora son siempre las seis de la tarde.

De repente Alicia comprendió todo lo que ocurría allí.

—¿Y por esa razón es que hay tantos servicios de té encima de la mesa? —preguntó.

—Sí, ésa es la causa —suspiró el Sombrerero—. Para nosotros siempre es la hora del té, y no tenemos tiempo de lavar la vajilla entre té y té.

—¿Y lo que hacen es ir dando la vuelta alrededor de la mesa, verdad? —preguntó Alicia.

—Exactamente —admitió el Sombrerero—, damos la vuelta a medida que vamos ensuciando las tazas.

—Pero ¿qué pasa cuando llegan de nuevo al principio de la mesa? —se atrevió a preguntar Alicia.

—¿Por qué no cambiamos de tema? —los interrumpió la Liebre de Marzo con un bostezo—. Estoy harta de todo este asunto. Propongo que esta señorita nos cuente un cuento.

—Me temo que no sé ninguno —se apresuró a decir Alicia, muy alarmada ante esta propuesta.

—¡Pues que lo haga el Lirón! —exclamaron el Sombrerero y la Liebre de Marzo—. ¡Despierta, Lirón!

Y lo pellizcaron uno de cada lado.

El Lirón abrió lentamente los ojos.

—No estaba dormido —aseguró con voz ronca y débil—. He estado escuchando sin perderme ni una sola palabra todo lo que decían, amigos.

—¡Cuéntanos un cuento! —dijo la Liebre de Marzo.

—¡Sí, por favor! —imploró Alicia.

—Y rápido —añadió el Sombrerero—. Si no, vas a dormirte otra vez antes de terminar.

—Había una vez tres pequeñas hermanas —empezó apresuradamente el Lirón—, y se llamaban Elsie, Lacie y Tilie, y vivían en el fondo de un pozo...

—¿Y qué comían? —preguntó Alicia, que siempre se interesaba mucho por todo lo que fuera comer y beber.

—Se alimentaban de melaza —contestó el Lirón, después de reflexionar unos segundos.

—Usted sabe que no pueden haberse alimentado solamente de melaza —observó Alicia con amabilidad—. Se habrían enfermado.

—Y así fue —dijo el Lirón—. Se enfermaron muchísimo.

Alicia hizo un esfuerzo por imaginar lo que sería vivir de una forma tan extraordinaria, pero no lo veía ni un poquito claro, de modo que siguió preguntando:

—Pero ¿por qué vivían en el fondo de un pozo?

—Toma un poco más de té —ofreció, solícita, la Liebre de Marzo.

—No he tomado nada hasta ahora —protestó Alicia en tono ofendido—, de modo que es imposible que tome más.

—Querrás decir que es imposible que tomes menos —puntualizó el Sombrerero—. Es mucho más fácil tomar más que nada.

—Nadie le pidió su opinión —dijo Alicia.

—¿Quién está haciendo ahora observaciones personales? —preguntó el Sombrerero triunfalmente.

Alicia no supo qué contestar a esto, de modo que optó por servirse un poco de té y pan con manteca. Después se dirigió al Lirón y le repitió la misma pregunta:

—¿Por qué las tres hermanitas vivían en el fondo de un pozo?

El Lirón se puso a pensar de nuevo durante uno o dos minutos y entonces, dijo:

—Era un pozo de melaza.

—¡Pero si eso no existe!

Alicia había hablado con energía, pero el Sombrerero y la Liebre de Marzo la hicieron callar con sus «¡Chist! ¡Chist!», mientras el Lirón rezongaba, muy enojado:

—Si no conoces el modo de comportarte con educación, es mejor que termines tú el cuento.

—No, no. Por favor, ¡continúe! —dijo Alicia en tono humilde—. No volveré a interrumpirlo. Puede ser que, en efecto, exista uno de estos pozos de los que habla.

—¡Claro que existe uno! —exclamó el Lirón, indignado. Pero, sin embargo, estuvo dispuesto a seguir con el cuento. —Así pues, nuestras tres hermanitas... estaban aprendiendo a dibujar, sacando...

—¿Y qué sacaban? —preguntó Alicia, que ya había olvidado su promesa.

—Melaza —contestó el Lirón, sin tomarse esta vez tiempo para reflexionar.

—Yo quiero una taza limpia —los interrumpió el Sombrerero—. Corrámonos todos un lugar.

Mientras hablaba, se cambió de lugar. Y el Lirón lo siguió: la Liebre de Marzo pasó a ocupar el sitio del Lirón, y Alicia ocupó a regañadientes el asiento de la Liebre de Marzo. El Sombrerero era el único que salía ganando con el cambio. Por su parte, Alicia estaba bastante peor que antes, porque la Liebre de Marzo acababa de derramar la leche dentro de su plato.

Alicia no quería ofender otra vez al Lirón, de modo que empezó a hablar con mucha prudencia:

—Pero es que no lo entiendo. ¿De dónde sacaban la melaza?

—Uno puede extraer agua de un pozo de agua —dijo el Sombrerero—, ¿por qué no podría sacar melaza de un pozo de melaza? ¡No seas estúpida!

—Usted dijo que ellas estaban dentro, bien adentro —le dijo Alicia al Lirón, no queriéndose dar por enterada de las últimas palabras del Sombrerero.

—Claro que lo estaban —dijo el Lirón—. Estaban de lo más requetebién.

La respuesta la confundió tanto, al ver que el Lirón había entendido algo distinto de lo que ella quería decir, que no volvió a interrumpirlo durante un ratito.

—Estas tres hermanitas estaban aprendiendo, pues, a dibujar —siguió el Lirón, bostezando y frotándose los ojos, porque le estaba entrando un sueño terrible—, y dibujaban todo tipo de cosas... todo lo que empieza con la letra M...

—¿Por qué con la M? —preguntó Alicia.

—¿Y por qué no? —preguntó la Liebre de Marzo.

Alicia guardó silencio.

Para entonces, el Lirón había cerrado los ojos y empezaba a cabecear. Pero, con los pellizcos del Sombrerero, se despertó de nuevo, soltó un gritito y siguió la narración:

—... lo que empieza con la letra M, como matamoscas, mundo, memoria y mucho... muy; en fin, todas esas cosas. Mucho, digo, porque ya sabes, como cuando se dice «un mucho más que un menos». ¿Vieron alguna vez el dibujo de un «mucho»?

—En verdad, ahora que usted me lo pregunta —dijo Alicia, que se sentía terriblemente confusa—, debo reconocer que yo no pienso...

—¡Entonces, si no piensas, no deberías hablar! —la interrumpió el Sombrerero.

Esta última muestra de grosería era más de lo que Alicia podía soportar: se levantó muy enojada y se alejó de allí. El Lirón cayó dormido en el acto, y ninguno de los otros pareció haber advertido su marcha, aunque Alicia miró una o dos veces hacia atrás, casi esperando que la llamaran. La última vez que los vio estaban intentando meter al Lirón dentro de la tetera.

—¡De todos modos, por nada del mundo volveré a poner los pies en ese lugar! —se dijo Alicia, mientras se internaba en el bosque—. ¡Es la merienda más estúpida que vi en toda mi vida!

Mientras decía estas palabras, descubrió que uno de los árboles tenía una puerta en el tronco.

«¡Qué extraño es todo esto!», pensó. «Pero todo es extraño hoy. Creo que lo mejor será que entre en seguida».

E ingresó en el árbol.

Una vez más se encontró en el medio de un gran vestíbulo, muy cerca de la mesita de cristal que ya conocía. «Esta vez voy a hacer las cosas mucho mejor», se dijo a sí misma. Y empezó por tomar la pequeña llave de oro y abrir la puerta que daba al jardín. Después se puso a mordisquear cuidadosamente el hongo (se había guardado un pedazo en el bolsillo), hasta que midió poco más de treinta centímetros. A continuación, entró por el angosto pasillo. Y entonces... entonces, estuvo por fin en el maravilloso jardín multicolor, entre las flores resplandecientes y las frescas fuentes.

El croquet de la Reina

Cerca de la entrada del jardín se levantaba un gran rosal: las rosas eran blancas, pero tres jardineros trabajaban en pintarlas de rojo. Le pareció muy curioso y se acercó para averiguar lo que pasaba. Cuando se acercó a ellos, oyó que uno de los jardineros decía:

—¡Con más atención, Cinco! ¡No me salpiques así de pintura!

—No es culpa mía —dijo Cinco, en tono dolido—. Siete me dio un golpe en el codo.

Ante este comentario, Siete levantó los ojos y dijo:

—¡Este Cinco! ¡Siempre echando la culpa a los demás!

—¡Sería mejor que cierres esa boca! —dijo Cinco—. ¡Ayer mismo oí decir a la Reina que debían cortarte la cabeza!

—¿Por qué? —preguntó el que había hablado en primer lugar.

—¡No te metas en lo que no te importa! —replicó Siete.

—¡Sí le importa! —protestó Cinco—. Y voy a decírselo: fue por llevarle a la cocinera bulbos de tulipán en vez de cebollas.

Al oír esto, Siete arrojó la brocha al suelo y estaba empezando a decir: «¡Oh! De todas las injusticias...» cuando sus ojos se fijaron casualmente en Alicia, que estaba allí observándolos. En el acto se calló. Los otros dos se volvieron también hacia ella, y todos le hicieron una profunda reverencia.

—¿Querrán hacer el favor de decirme —empezó Alicia con cierta timidez— por qué están pintando estas rosas?

Cinco y Siete no dijeron nada, pero miraron a Dos. Dos empezó a explicar, algo cohibido, con una vocecita temblorosa:

—Pues, verá usted, señorita, el hecho es que esto tenía que haber sido un rosal rojo, y nosotros plantamos uno blanco por equivocación. Si la Reina descubre nuestro error, nos cortarán a todos la cabeza, ¿sabe? Por lo tanto, ya ve, señorita, estamos haciendo lo posible, antes de que ella llegue, para...

Al llegar a este punto, Cinco, que había estado mirando el jardín, muy nervioso, gritó: «¡La Reina! ¡La Reina!», y entonces los tres jardineros se echaron inmediatamente de cara contra el suelo. Se oía un ruido de muchos pasos, y Alicia miró a su alrededor, ansiosa por ver a la Reina.

Llegaron primero diez soldados, enarbolando tréboles. Tenían la misma forma que los tres jardineros, aplanada y oblonga, con las manos y los pies en las esquinas. A continuación, diez cortesanos, adornados enteramente con diamantes, y formados, como los soldados, de dos en dos. Luego venían los infantes reales; eran también diez y avanzaban saltando. Iban de la mano, de dos en dos, adornados con corazones. Seguían los invitados, casi todos reyes y reinas, y entre ellos Alicia reconoció al Conejo Blanco: el Conejo hablaba atropelladamente, muy nervioso, sonriendo sin ton ni son, y no advirtió la presencia de la niña. A continuación venía el Valet de Corazones, que llevaba la corona del Rey sobre un almohadón de terciopelo carmesí. Y al final de este espléndido cortejo avanzaban EL REY Y LA REINA DE CORAZONES.

Alicia estaba comezando a dudar de si debería o no echarse como lo habían hecho los tres jardineros, pero no recordaba haber oído nunca que uno tuviera que hacer algo así cuando pasaba un desfile. «Por otra parte», pensó, «¿para qué serviría un desfile si todo el

mundo tuviera que echarse boca abajo, de modo que no pudieran ver nada?» Así pues, se quedó quieta donde estaba y esperó.

Apenas el cortejo llegó a la altura de Alicia, todos se pararon y la miraron, y la Reina preguntó severamente:

—¿Quién es ésta?

Su pregunta iba dirigida al Valet de Corazones, pero el Valet, por toda respuesta, se inclinó.

—¡Eres un idiota! —dijo la Reina, agitando la cabeza con impaciencia, y, volviéndose hacia Alicia, le preguntó—: ¿Cómo te llamas, niña?

—Mi nombre es Alicia, para servir a Su Majestad —contestó Alicia en un tono de lo más educado, pero añadió para sus adentros: «Bueno, a fin de cuentas, no son más que una baraja de cartas. ¡No tengo por qué sentirme asustada!»

—¿Quiénes son éstos? —siguió preguntando la Reina, mientras señalaba a los tres jardineros que estaban alrededor del rosal.

Porque, claro, como estaban boca abajo sólo se les veía la parte de atrás, que era igual en todas las cartas de la baraja. Por lo tanto, la Reina no podía saber si eran jardineros, o soldados, o cortesanos, o tres de sus propios hijos.

—¿Cómo podría saberlo yo? —replicó Alicia, asombrada de su propia audacia—. ¡Eso no es asunto mío!

La Reina se puso roja de furia, y, tras dirigirle una mirada fulminante y feroz, empezó a gritar:

—¡Que le corten la cabeza! ¡Que le corten...!

—¡Tonterías! —cxclamó Alicia, defendiéndose en voz muy alta y decidida.

Y la Reina se calló.

El Rey le puso la mano en el brazo, y dijo tímidamente:

—¡Cariño, ten en cuenta que sólo es una niña!

Furiosa, la Reina se deshizo de él y le ordenó al Valet:

—¡Dales la vuelta a éstos!

Y así lo hizo el Valet, muy cuidadosamente, con un pie.

—¡De pie! —gritó la Reina, en voz muy fuerte.

Y los tres jardineros se pusieron de pie de un salto. Luego empezaron a hacer profundas reverencias al Rey, a la Reina, a los infantes reales, al Valet y a todo el mundo.

—¡Basta! —exclamó la Reina—. ¡Me están mareando! —Y después, volviéndose hacia el rosal, continuó: —¿Qué diablos han estado haciendo aquí?

—Con el permiso de Su Majestad —empezó a explicar Dos, en tono muy modesto, e hincaba en el suelo una rodilla mientras hablaba—, estábamos intentando...

—¡Claro! ¡Ya veo! —estalló la Reina, que había estado examinando las rosas—. ¡Que les corten la cabeza!

El cortejo se puso de nuevo en marcha, aunque tres soldados se quedaron allí para ejecutar a los desgraciados jardineros, que corrieron a refugiarse junto a Alicia.

Alicia les dijo:

—¡No les van a cortar la cabeza! —Luego los metió en una gran maceta que había cerca.

Los tres soldados estuvieron algunos minutos dando vueltas por allí, buscando a los jardineros, y después se marcharon tranquilamente tras el cortejo.

—¿Acaso perdieron sus cabezas? —gritó la Reina.

—Sí, sus cabezas se han perdido, con permiso de Su Majestad —respondieron los soldados en voz alta.

—¡Muy bien! —gritó la Reina—. ¿Sabes jugar al croquet?

Los soldados mantuvieron silencio, y miraron hacia el lado de Alicia, porque era evidente que la pregunta iba dirigida a ella.

—¡Sí! —gritó Alicia.

—¡Pues, a jugar! —vociferó la Reina.

Entonces, Alicia se unió al cortejo, preguntándose con curiosidad qué iba a suceder a continuación.

—Es... ¡es un día espléndido! —murmuró a su lado una vocecita tímida.

Alicia caminaba al lado del Conejo Blanco, que la miraba con ansiedad.

—Muy hermoso —dijo Alicia—. ¿Sabe dónde está la Duquesa?

—¡Silencio! ¡Silencio! —dijo el Conejo en voz baja y apremiante. Miraba ansiosamente para atrás mientras hablaba, y después se puso en puntas de pie, acercó el hocico a la oreja de Alicia y susurró: —La Duquesa ha sido condenada a muerte.

—¿Por qué causa? —quiso saber Alicia.

—¿Has dicho «pobrecita»? —preguntó el Conejo.

—No, no dije eso. No creo que sea ninguna «pobrecita». He dicho: «¿Por qué causa?»

—Porque le dio un sopapo a la Reina... —empezó a decir el Conejo, y a Alicia le dio un ataque de risa—. ¡Silencio! ¡Silencio! —suplicó el Conejo con mucho miedo—. ¡Te va a oír la Reina! Lo que pasó fue que la Duquesa llegó bastante tarde, y la Reina dijo...

—¡Que se ponga cada uno en su sitio! —ordenó la Reina con una voz de trueno.

Todos echaron a correr en todas direcciones, tropezando unos con otros. Sin embargo, unos minutos después, ocupaban sus sitios, y empezó el partido. Alicia pensó que no había visto un campo de croquet tan raro como aquél en toda su vida. Estaba surcado de montículos. Erizos vivos hacían de bolas, los mazos eran flamencos, y los soldados tenían que doblar sus cuerpos de naipe y ponerse en cuatro patas para formar los aros.

Lo más difícil para Alicia al principio fue manejar a su flamenco. Pudo dominar al pajarraco metiéndoselo debajo del brazo, con las patas colgando detrás, pero casi siempre, cuando había logrado enderezarle el largo cuello y estaba a punto de darle un buen golpe al erizo con la cabeza del flamenco, éste torcía el cuello y la miraba fijamente a los ojos con tanta extrañeza que Alicia no podía con-

tener la risa. Cuando ya le había vuelto a bajar la cabeza y estaba dispuesta a comenzar de nuevo, le resultó muy irritante descubrir que el erizo se había desenroscado y se alejaba arrastrándose. Por si todo esto no bastara, siempre había un montículo o un surco en la dirección en que ella quería lanzar al erizo. Como, además, los soldados doblados en forma de aro no paraban de incorporarse y largarse a otros puntos del campo, Alicia llegó pronto a la conclusión de que se trataba de un juego ciertamente muy difícil.

Todos los jugadores jugaban a la vez, sin esperar su turno, discutiendo sin cesar y peleándose por los erizos. Al poco rato la Reina había caído en una ataque de furor y andaba de un lado a otro dando patadas en el suelo y chillando a cada rato: «¡Que le corten a éste la cabeza!» o «¡Que le corten a ésta la cabeza!»

Alicia comenzó sentirse muy incómoda: a decir verdad, ella no había tenido todavía ninguna discusión con la Reina, pero sabía que podía suceder en cualquier instante. «Y en ese caso», pensaba, «¿qué será de mí? En este sitio todo lo arreglan cortando cabezas. ¡Lo extraño es que quede todavía alguien con vida!»

Comenzó a buscar, pues, alguna manera de escapar. Se preguntaba si podría irse de allí sin que la vieran, cuando advirtió una extraña aparición en el aire. Al principio quedó muy desconcertada, pero, después de observarla unos minutos, descubrió que se trataba de una sonrisa y se dijo:

—¡Oh! Es el Gato de Cheshire. Por lo menos, ahora tendré alguien con quien poder hablar.

—¿Cómo estás? —le dijo el Gato, en cuanto tuvo hocico suficiente para poder hablar.

Alicia esperó hasta que aparecieron los ojos y, entonces, lo saludó con un gesto. «No servirá de nada que le hable», pensó, «hasta que tenga orejas, o al menos una de ellas». Un ratito después había aparecido toda la cabeza. Alicia apoyó en el suelo su flamenco y empezó a contar lo que ocurría en el juego, muy contenta de tener a alguien que la escuchara. Sin duda, el Gato creía que su parte visible era ya suficiente, y eso fue todo lo que se le hizo visible.

—Me parece que no están jugando limpio —empezó Alicia en tono quejoso—, y se están peleando de un modo tan terrible que no hay quien se entienda. Además, no parece que haya ninguna regla... Y, si las hay, nadie hace caso de ellas... Y no puedes imaginar qué lío es el que las cosas estén vivas. Por ejemplo, allí va el aro que me tocaba jugar ahora, ¡justo al otro lado del campo! ¡Y yo le hubiera dado ahora mismo un buen golpe al erizo de la Reina, pero se escapó cuando vio que se acercaba el mío!

—¿Qué te parece la Reina? —dijo el Gato en voz baja.

—No me gusta nada —respondió Alicia—. Es tan exagerada... —En ese momento, Alicia advirtió que la Reina estaba justo detrás de ella, escuchando lo que decía, de modo que siguió: —... tan exageradamente hábil que no vale la pena terminar el partido.

La Reina sonrió y siguió caminando.

—¿Con quién hablas? —preguntó el Rey, acercándose a Alicia y mirando la cabeza del Gato con gran curiosidad.

—Es un viejo amigo mío... un Gato de Cheshire —dijo Alicia—. Se lo presentaré.

—No me gusta nada su aspecto —aseguró el Rey—. Sin embargo, puede besar mi mano si así lo desea.

—Yo prefiero no hacerlo —confesó el Gato.

—No seas impertinente —dijo el Rey—. ¡Y deja de mirarme de esa manera! —Se refugió detrás de Alicia mientras hablaba.

—Sé que un gato puede mirar cara a cara a un rey —explicó Alicia—. Lo he leído en un libro, pero no recuerdo cuál.

—Pues, entonces, hay que eliminarlo —dijo el Rey con decisión, y llamó a la Reina, que precisamente pasaba por allí—. ¡Querida! ¡Me gustaría que eliminaras a este gato!

Para la Reina sólo existía un modo de resolver los problemas, fueran grandes o pequeños.

—¡Que le corten la cabeza! —ordenó, sin molestarse siquiera en echarles un vistazo.

—Yo mismo voy a ir a traer al verdugo —dijo el Rey apresuradamente.

Y se alejó corriendo de allí.

Alicia consideró que sería mejor volver al juego y averiguar cómo iba la partida, pues oyó a lo lejos la voz de la Reina, que, furiosa, aullaba y dictaba sentencia de muerte contra tres de los jugadores, por no haber jugado cuando les tocaba su turno. A Alicia no le gustaba nada el aspecto que estaba tomando todo aquello, porque la partida había llegado a tal punto de confusión que le era imposible saber cuándo le tocaba jugar y cuándo no, de manera que se puso a buscar su erizo.

El erizo estaba luchando con otro erizo. Ésa le pareció a Alicia una excelente ocasión para hacer una carambola con los dos: la única dificultad era que su flamenco se había ido a pasear al otro extremo del jardín, y Alicia podía verlo allí, aleteando con mucha torpeza mientras trataba de trasladarse volando hasta las ramas de un árbol.

Recuperó a su flamenco y, cuando volvió con él, la pelea entre los erizos había terminado. Ya no se veía ningún rastro de los erizos. «De todos modos, esto no tiene demasiada importancia», pensó Alicia, «porque todos los aros se fueron marchando de esta parte del campo». Por lo tanto, sujetó bien al flamenco debajo del brazo, para que no volviera a escaparse, y se fue a charlar un poco más con su amigo.

Al volver junto al Gato de Cheshire, quedó sorprendida al ver que un gran grupo de gente se había reunido a su alrededor. El verdugo, el Rey y la Reina discutían acaloradamente. Los tres hablaban al mismo tiempo, mientras los demás estaban en silencio y parecían sentirse muy incómodos.

Cuando Alicia entró en escena, los tres se dirigieron a ella para que decidiera la cuestión y le dieron sus argumentos. Pero, como

hablaban todos a la vez, a Alicia se le hizo muy difícil entender exactamente lo que le decían.

El verdugo sostenía que resultaba imposible cortar una cabeza si no había cuerpo del que cortarla; decía que nunca había tenido que hacer una cosa parecida en el pasado y que no iba a empezar a hacerla a esta altura de su vida.

La teoría del Rey era que todo lo que tenía una cabeza podía ser decapitado, y que se dejara de decir tonterías.

La teoría de la Reina era que si no solucionaban el problema inmediatamente, haría cortar la cabeza a cuantos la rodeaban. (Era esta última amenaza la que hacía que todos tuvieran un aspecto grave y asustado.)

A Alicia se le ocurrió decir:

—Es el Gato de la Duquesa. Mejor será preguntarle a ella lo que debe hacerse con él.

—Pero está en la cárcel —dijo la Reina al verdugo—. Ve a buscarla.

Y el verdugo partió como una flecha.

La cabeza del Gato había comenzado a desvanecerse a partir del momento en que el verdugo se fue. No bien él volvió con la Duquesa, ya había desaparecido totalmente. Así pues, el Rey y el verdugo empezaron a correr de un lado a otro en busca del Gato, mientras el resto del grupo volvía a la partida de croquet.

La historia de la falsa tortuga

uerida mía! ¡No sabes lo contenta que estoy de volver a verte! —le dijo la Duquesa a Alicia, mientras la tomaba cariñosamente del brazo y se la llevaba a pasear con ella.

Ella se alegró de encontrar a la Duquesa de tan buen humor. Para sus adentros pensó que quizás había sido sólo la pimienta lo que la había hecho poner tan violenta cuando se conocieron en la cocina. «Cuando yo sea Duquesa», se dijo (aunque no con demasiadas esperanzas de llegar a serlo), «no tendré ni una pizca de pimienta en mi cocina. La sopa está muy bien sin pimienta... Tal vez sea la pimienta lo que pone a la gente de mal humor», siguió pensando, muy contenta de haber hecho un nuevo descubrimiento, «y el vinagre lo que hace a las personas agrias... y la manzanilla lo que las hace amargas... y... el regaliz y las golosinas lo que hace que los niños sean dulces. ¡Si sólo la gente lo supiera! Entonces, no serían tan tacaños con los dulces...»

En el ínterin, Alicia casi se había olvidado de la Duquesa y tuvo un leve sobresalto cuando oyó su voz muy cerca de su oído.

—Estás pensando en algo, querida, y eso hace que te olvides de hablar. Eso tiene una moraleja. No puedo decirte en este instante la moraleja de eso porque no me la acuerdo, pero la recordaré en seguida.

—Tal vez no tenga moraleja —se atrevió a observar Alicia.

—¡Calla, calla, criatura! —dijo la Duquesa—. Todo tiene una moraleja si uno sabe encontrarla.

Y se apretó más estrechamente contra Alicia mientras hablaba. A Alicia no le gustaba mucho tenerla tan cerca: primero, porque la Duquesa era muy fea; y, segundo, porque tenía exactamente la estatura precisa para apoyar la barbilla en el hombro de Alicia, y era una barbilla puntiaguda, de lo más desagradable. Sin embargo, como no le gustaba ser grosera, lo soportó lo mejor que pudo.

—El partido va ahora un poco mejor —dijo, en un intento de reanudar la conversación.

—Así es —afirmó la Duquesa—, y la moraleja de esto es... «Oh, el amor, el amor. El amor hace girar el mundo».

—Hay quien dice —rezongó Alicia— que el mundo giraría mejor si cada uno se ocupara de sus propios asuntos.

—Bueno, bueno. A fin de cuentas, viene a ser lo mismo —dijo la Duquesa, y hundió un poco más la puntiaguda barbilla en el hombro de Alicia al añadir—: Y la moraleja de esto es...

«¡Qué manía ésta de buscarle una moraleja a cada cosa!», pensó Alicia.

—Pareces sorprendida de que no te pase el brazo por la cintura —dijo la Duquesa tras unos instantes de silencio—. La razón es que tengo mis dudas sobre el carácter de tu flamenco. ¿Quieres que lo intente?

—Mire que a lo mejor le da un picotazo —replicó prudentemente Alicia, que no tenía las menores ganas de que se intentara el experimento.

—Es cierto —reconoció la Duquesa—. Los flamencos y la mostaza pican. Y la moraleja de esto es: «Pájaros de igual plumaje hacen buen maridaje».

—Pero la mostaza no es un pájaro —observó Alicia.

—Tienes mucha razón —dijo la Duquesa—. ¡Con qué claridad planteas las cuestiones!

—Me parece que es un mineral —dijo Alicia.

—Por supuesto que lo es —asintió la Duquesa, que parecía dispuesta a estar de acuerdo con todo lo que decía Alicia—. Hay una gran mina de mostaza cerca de aquí. Y la moraleja de esto es...

—¡Ah, ya me acuerdo! —exclamó Alicia, que no había prestado atención a este último comentario—. Es un vegetal. No tiene aspecto de serlo, pero lo es.

—Totalmente de acuerdo —dijo la Duquesa—, y la moraleja de esto es: «Sé lo que quieres parecer» o, si quieres que lo diga de un modo más simple: «Nunca imagines ser diferente de lo que pudieras parecer a los otros o habrías parecido ser si les hubiera parecido que no fueses lo que eres».

—Lo entendería mejor —dijo Alicia amablemente— si me lo escribiera, pero tal como usted lo dice no puedo seguir el hilo.

—¡Esto no es nada comparado con lo que yo podría decir si quisiera! —afirmó la Duquesa con orgullo.

—¡Por favor, no se moleste en decirlo de una manera más larga! —imploró Alicia.

—¡Bah, no es ninguna molestia! —dijo la Duquesa—. Te regalo con gusto todas las cosas que he dicho hasta este momento.

«¡Qué regalito!», pensó Alicia. «¡Menos mal que no existen regalos de cumpleaños de este tipo!» Pero no se atrevió a decirlo en voz alta.

—¿Estás pensativa otra vez? —preguntó la Duquesa, hundiendo un poco más su barbilla aguda en el hombro de Alicia.

—¿Acaso no tengo derecho a pensar? —replicó Alicia con fastidio, porque empezaba a estar harta de la Duquesa.

—Exactamente el mismo derecho —dijo la Duquesa— que el que tienen los cerdos a volar, y la mora...

Pero en ese momento, con gran sorpresa de Alicia, la voz de la

Duquesa se perdió en un susurro, precisamente en medio de su palabra favorita, «moraleja». El brazo con que tenía tomada a Alicia empezó a temblar. Alicia levantó los ojos y vio que la Reina estaba delante de ellas, con los brazos cruzados y el entrecejo fruncido.

—¡Qué bonito día, Majestad! —empezó a decir la Duquesa en voz baja y temblorosa.

—Bien. Vamos a poner las cosas en claro —rugió la Reina, dando una patada en el suelo mientras hablaba—. ¡O tú o tu cabeza tienen que desaparecer del mapa! ¡Y en menos que canta un gallo! ¡Elige!

La Duquesa eligió y desapareció a toda prisa.

—Ahora volvamos al juego —le dijo la Reina a Alicia.

Alicia estaba demasiado asustada para decir esta boca es mía. Sin embargo, escoltó obediente a la Reina hacia el campo de croquet.

Aprovechando la ausencia de la Reina, los otros invitados se habían recostado a la sombra. Apenas la vieron, se apresuraron a volver al juego, mientras la Reina se limitaba a señalar que un segundo de retraso les costaría la vida.

Todo el tiempo que estuvieron jugando, la Reina no dejó de pelearse con los otros jugadores, ni dejó de gritar: «¡Que le corten a éste la cabeza!» o «¡Que le corten a ésta la cabeza!» Los que resultaban condenados eran puestos bajo la vigilancia de soldados, que naturalmente, para eso, tenían que dejar de hacer de aros. Así, al cabo de una media hora no quedaba ni un solo aro, y todos los jugadores, excepto el Rey, la Reina y Alicia, estaban arrestados y bajo sentencia de muerte.

La Reina abandonó el partido, casi sin aliento, y le preguntó a Alicia:

—¿Ya has visto a la Falsa Tortuga?

—No —dijo Alicia—. Ni siquiera sé lo que es una Falsa Tortuga.

—¿Nunca comiste sopa de tortuga? —preguntó la Reina—.

Hay otra sopa que parece de tortuga, pero no es de auténtica tortuga. La Falsa Tortuga sirve para hacer esta sopa.

—Nunca he visto ninguna, ni he oído hablar de ella —dijo Alicia.

—¡Camina, pues! —ordenó la Reina—. Y la Falsa Tortuga te contará su historia.

Mientras se alejaban juntas, Alicia oyó que el Rey decía en voz baja a todo el grupo: «Quedan todos perdonados». «¡Bueno, eso sí que está bien!», se dijo Alicia, que se sentía muy inquieta por el gran número de ejecuciones que la Reina había ordenado.

Al poco rato llegaron junto a un Grifo, que estaba tendido al sol, profundamente dormido. (Si no saben lo que es un grifo, miren el dibujo.)

—¡Vamos, perezoso! Ponte de pie —ordenó la Reina— y acompaña a esta señorita a ver a la Falsa Tortuga y a que oiga su historia. Yo tengo que volver para vigilar unas cuantas ejecuciones que he ordenado.

La Reina se alejó de allí, dejando a Alicia sola con el Grifo. A Alicia no le gustaba nada el aspecto de aquel bicho, pero pensó que, a fin de cuentas, quizás estuviera más segura si se quedaba con él que si volvía atrás con esa Reina tan brutal. Así pues, esperó.

El Grifo se incorporó y se frotó los ojos; después estuvo mirando a la Reina hasta que se perdió de vista; luego soltó una carcajada burlona.

—¡Es gracioso! —dijo el Grifo, medio para sí, medio dirigiéndose a Alicia.

—¿Qué es lo que te causa gracia? —preguntó Alicia.

—Ella —contestó el Grifo. Todo son fantasías suyas. Nunca ejecutan a nadie, ¿sabes? ¡Vamos!

«Aquí todo el mundo da órdenes», pensó Alicia, mientras lo seguía con pocas ganas. «¡No había recibido tantas órdenes en toda mi vida! ¡Jamás!»

Todavía no habían caminado mucho cuando vieron a la Falsa Tortuga a lo lejos, sentada triste y solitaria sobre una roca, y, al acercarse, Alicia oyó que suspiraba como si se le partiera el corazón. Le dio mucha pena.

—¿Qué desgracia le ha ocurrido? —le preguntó al Grifo.

Y el Grifo contestó, casi con las mismas palabras de antes:

—Todo son fantasías suyas. No le ha ocurrido ninguna desgracia, ¿sabes? ¡Vamos!

Así pues, llegaron junto a la Falsa Tortuga, que los miró con sus grandes ojos llenos de lágrimas, pero no dijo nada.

—Esta señorita —explicó el Grifo— quiere conocer tu historia.

—Entonces, se la voy a contar —dijo la Falsa Tortuga con voz grave y quejumbrosa—. Siéntense los dos, y no digan ni una sola palabra hasta que yo haya terminado.

Se quedaron sentados y durante unos minutos nadie habló. Alicia se dijo para sus adentros: «No entiendo cómo va a poder terminar su historia si no se decide a empezarla». Pero esperó pacientemente.

—Hubo un tiempo —dijo por fin la Falsa Tortuga, con un profundo suspiro— en que yo era una tortuga de verdad.

Estas palabras fueron seguidas por un silencio muy largo, roto sólo por uno que otro graznido del Grifo y por los constantes sollozos de la Falsa Tortuga. Alicia estaba a punto de levantarse y de decir: «Muchas gracias, señora, por su interesante historia», pero no podía dejar de pensar que tenía forzosamente que seguir algo más, de modo que permaneció en su lugar y no dijo nada.

—De pequeñas —siguió por fin la Falsa Tortuga, un poco más tranquila, pero sin poder todavía contener algún sollozo—, íbamos a la escuela del mar. Nuestro maestro era una vieja tortuga a la que llamábamos Galápago.

—¿Por qué lo llamaban Galápago, si no era un galápago? —preguntó Alicia.

—Lo llamábamos Galápago porque siempre estaba diciendo que tenía a «gala» enseñar en una escuela de «pago» —explicó la Falsa Tortuga de mal humor—. ¡Eres una niña bastante tonta, por cierto!

—Deberías avergonzarte por preguntar cosas tan evidentes —añadió el Grifo.

Y el Grifo y la Falsa Tortuga permanecieron sentados en silencio, mirando a la pobre Alicia, que hubiera querido que se la tragara la tierra. Por fin el Grifo le dijo a la Falsa Tortuga:

—Continúa, mi querida. ¡No vamos a pasar todo el día con esto!

Y la Falsa Tortuga siguió con estas palabras:

—Sí, íbamos a la escuela del mar, aunque tú no lo creas...

—¡Pero yo nunca dije que no lo creyera! —la interrumpió Alicia.

—Sí lo hiciste —dijo la Falsa Tortuga.

—¡Cierra esa boca! —añadió el Grifo, antes de que Alicia pudiera volver a hablar.

La Falsa Tortuga siguió:

—Recibíamos una educación perfecta... En realidad, íbamos a la escuela todos los días...

—Yo también voy a la escuela todos los días —dijo Alicia—. No es un motivo para presumir tanto.

—¿Una escuela con clases especiales? —preguntó la Falsa Tortuga con cierta ansiedad.

—Sí —contestó Alicia—. Tenemos clases especiales de francés y de música.

—¿Y lavado? —preguntó la Falsa Tortuga.

—¡Por supuesto que no! —protestó Alicia, indignada.

—¡Ah! En ese caso no vas en realidad a una buena escuela —di-

jo la Falsa Tortuga en tono de alivio—. En nuestra escuela había clases especiales de francés, música y lavado.

—No sé para qué le servían —observó Alicia—, viviendo en el fondo del mar.

—Yo no tuve ocasión de aprender eso —dijo la Falsa Tortuga con un suspiro—. Sólo asistía a las clases comunes.

—¿Y cuáles eran ésas? —preguntó Alicia, interesada.

—Nos enseñaban a beber y a escupir, naturalmente. Y también las diversas materias de la aritmética: a saber, fumar, reptar, feificar y, sobre todo, la dimisión.

—Jamás oí la palabra «feificar» —respondió Alicia.

Sorprendido, el Grifo se alzó sobre dos patas.

—¡Cómo! ¿Nunca aprendiste a feificar? Al menos sabrás lo que significa «embellecer».

—Pues... eso sí; quiere decir hacer algo más bello de lo que es.

—Entonces —respondió el Grifo con tono triunfal—, si no sabes ahora lo que quiere decir «feificar» es que eres completamente tonta.

Con este comentario le cerró la boca a Alicia, que ya no se atrevió a seguir preguntando lo que significaban las cosas y dijo a la Falsa Tortuga:

—¿Y qué otras cosas aprendías en esa escuela?

—Aprendía Histeria, histeria antigua y moderna. También Mareografía y Bidujo. El profesor era un congrio que venía a darnos clase una vez por semana y que nos enseñó eso, más otras cosas, como la tintura al bóleo.

—¿Y eso qué es? —preguntó Alicia.

—Ahora no puedo hacerte una demostración, ya que estoy en muy mala forma —respondió la Falsa Tortuga—. Y el Grifo, como él mismo podrá decirte, nunca aprendió a tintar al bóleo.

—Yo nunca tenía tiempo suficiente —se excusó el Grifo—. Pero sí que iba a las clases de Letras. Y teníamos un maestro que era un gran maestro, un viejo cangrejo.

—Nunca fui a sus clases —dijo la Falsa Tortuga lloriqueando—, dicen que enseñaba patín y riego.

—Sí, sí que lo hacía —respondió el Grifo. Y las dos se taparon la cabeza con las patas, muy soliviantadas.

—¿Y cuántas horas al día duraban esas lecciones? —preguntó Alicia, interesada, aunque no lograba entender mucho qué eran aquellas asignaturas tan raras, o si era que no las sabían pronunciar. Tintura al bóleo debería ser pintura al óleo, y patín y riego serían latín y griego, pero el significado de las otras se le escapaba.

—Diez horas al día el primer día. Luego, el segundo día, nueve, y así sucesivamente.

—Me parece un horario muy extraño —observó la niña.

—No entiendes nada. Por eso se llamaban cursos. Se llamaban cursos porque se acortaban de día en día.

Eso resultaba nuevo para Alicia y antes de hacer una nueva pregunta le dio unas cuantas vueltas al asunto.

Por fin añadió:

—Entonces, el día once sería fiesta, claro.

—Naturalmente que sí —respondió la Falsa Tortuga.

—¿Y el doceavo?

—Ya basta de cursos —ordenó el Grifo con tono decidido—. Cuéntale ahora algo sobre los juegos.

El Baile de la Langosta

La Falsa Tortuga, suspirando profundamente, se enjugó una lágrima de los ojos con el reverso de la aleta. Antes de hablar, miró a Alicia durante bastante tiempo, mientras los sollozos casi la ahogaban.

—Parece que se te atragantó un hueso —dijo el Grifo, poco respetuoso. Y se puso a darle unos buenos golpes en la la espalda.

Por fin la Tortuga recobró la voz y reanudó su narración, sólo que las lágrimas resbalaban por su vieja cara arrugada.

—Tú no debes de haber vivido mucho tiempo en el fondo del mar...

—Desde luego que no —dijo Alicia.

—Quizá no hayas entrado nunca en contacto con una langosta.

Alicia empezó a decir: «Una vez comí...», pero se interrumpió a toda prisa por si alguien se sentía ofendido.

—No, nunca —respondió.

—Pues, entonces, ¡no puedes tener ni idea de lo agradable que resulta el Baile de la Langosta!

—No —admitió Alicia—. ¿Qué clase de baile es ése?

—Te explicaré —dijo el Grifo—, primero se forma una línea a lo largo de la playa...

—¡Dos líneas! —gritó la Falsa Tortuga—. Focas, tortugas y

demás. Entonces, cuando se han quitado todas las medusas de en medio...

—Eso por lo general lleva bastante tiempo —interrumpió el Grifo.

—... luego se dan dos pasos al frente...

—¡Una langosta de pareja para cada uno! —gritó el Grifo.

—Por supuesto —dijo la Falsa Tortuga—. Se dan dos pasos al frente, se forman parejas...

—... se cambia de langosta, y se retrocede en el mismo orden —siguió el Grifo.

—Entonces —siguió la Falsa Tortuga—, se lanzan las...

—¡Las langostas! —exclamó el Grifo con entusiasmo, dando un salto en el aire.

—... lo más lejos que se pueda en el mar...

—¡Entonces a nadar tras ellas! —gritó el Grifo.

—¡Para eso se da un salto mortal en el mar! —gritó la Falsa Tortuga, dando palmadas de entusiasmo.

—¡Se cambia otra vez de langosta! —aulló el Grifo.

—Entonces uno vuelve a la playa, y... aquí termina la primera figura —dijo la Falsa Tortuga, mientras bajaba repentinamente la voz.

A continuación, las dos criaturas, que habían estado dando saltos y haciendo cabriolas durante toda la explicación, se volvieron a sentar, entristecidas y tranquilas, y miraron a Alicia.

—Seguramente debe de ser un baile precioso —dijo Alicia con timidez.

—¿Quisieras ver un poquito cómo se baila? —propuso la Falsa Tortuga.

—Me gustaría muchísimo —respondió Alicia.

—¡Vamos a intentar la primera figura! —le dijo la Falsa Tortuga al Grifo—. Podemos hacerlo sin langostas, ¿sabes? ¿Quién va a cantar?

—Cantarás tú —contestó el Grifo—. Yo he olvidado la letra.

Comenzaron a bailar con solemnidad alrededor de Alicia, dando vueltas y más vueltas. Le pegaban un pisotón cada vez que se acercaban demasiado y llevaban el compás con las patas delanteras. Mientras tanto, la Falsa Tortuga entonaba lentamente y con melancolía:

«¿Porqué no vas más aprisa?», le preguntó una pescadilla a un caracol.
«Tras de mí viene un delfín pisoteándome el talón.
¡Mira lo contentas que se ponen las langostas y las tortugas al andar!
Nos esperan en la playa... ¡Venga! ¡Baila y déjate llevar!

»¡Venga, baila, venga, baila, venga, y déjate llevar!
¡Baila, venga, baila, venga, baila, no querrás tú bailar también?»

«¡No puedes creer qué agradable es el vaivén del baile cuando nos arrojan con las langostas hacia el mar!»
Pero el caracol respondía siempre: «¡Es muy lejos, demasiado lejos!» y ni siquiera se preocupaba de mirar.

No quería bailar, no quería bailar, no quería bailar...

—Muchas gracias. Es un baile muy interesante —dijo Alicia, cuando vio con alivio que el baile había terminado—. ¡Y me ha gustado mucho esta canción de la pescadilla!

—Con respecto a la pescadilla... —dijo la Falsa Tortuga—. Las pescadillas son... Bueno, supongo que tú ya habrás visto alguna.

—Sí —respondió Alicia—, me las han servido muchas veces en la cen...

Se detuvo a tiempo y guardó silencio.

—No sé qué es eso de cen —dijo la Falsa Tortuga—, pero, si las has visto tan a menudo, sabrás naturalmente cómo son.

—Supongo que sí —respondió Alicia, pensativa—. Llevan la cola dentro de la boca y van cubiertas de pan rallado.

—En lo del pan te equivocas —dijo la Falsa Tortuga—. En el mar, el pan rallado desaparecería en seguida. Pero es verdad que llevan la cola dentro de la boca, y la razón es... —Al llegar a este punto la Falsa Tortuga bostezó y cerró los ojos. —¿Por qué no le cuentas la razón de todo esto? —añadió, dirigiéndose al Grifo.

—El motivo es —dijo el Grifo— que las pescadillas quieren participar con las langostas en el baile. Y por lo tanto, las arrojan al mar. Y por lo tanto tienen que ir a caer lo más lejos posible. Y por lo tanto, se toman bien las colas con la boca. Y por lo tanto, no pueden después volver a sacarlas. Así es la cosa.

—Es muy interesante. Gracias —dijo Alicia—. Nunca había sabido tantas cosas sobre las pescadillas.

—Pues aún puedo contarte más cosas sobre ellas —dijo el Grifo—. ¿A que no sabes por qué las pescadillas son blancas?

—No, no lo sé. Y jamás me lo he preguntado, la verdad. ¿Por qué son blancas?

—Porque sirven para darles brillo a los zapatos y las botas, por eso, por lo blancas que son —respondió el Grifo, muy satisfecho.

Alicia permaneció asombrada, con la boca abierta.

—Para sacar brillo —repetía estupefacta—. No me lo explico.

—Pero, claro. ¿A ver? ¿Cómo se limpian los zapatos? Vamos, ¿cómo se les saca brillo?

Alicia se miró los pies, pensativa, y vaciló antes de dar una explicación lógica.

—Con betún negro, creo.

—Bajo el mar, a los zapatos se les da blanco de pescadilla —respondió el Grifo sentenciosamente—. Ahora ya lo sabes.

—¿Y de qué están hechos?

—De lenguado y anguilas, vamos, si cualquier camarón sabría responder a esa pregunta —respondió el Grifo con impaciencia.

—Si yo hubiera sido una pescadilla, le habría dicho al delfín: «Haga el favor de marcharse, porque no deseamos estar con usted» —dijo Alicia pensando en una estrofa de la canción.

—No —respondió la Falsa Tortuga—. No tenían más remedio que estar con él, ya que no hay ningún pez que, sensato, se negaría a ir acompañado de un delfín.

—¿Eso es cierto? —preguntó Alicia muy sorprendida.

—¡Claro que no! —replicó la Falsa Tortuga—. Si a mí se me acercase un pez y me dijera que se marchaba de viaje, le preguntaría primeramente: «¿Y con qué delfín vas?»

Alicia se quedó pensativa. Luego aventuró:

—¿No sería, en realidad, lo que le dijera con qué *fin*?

—¡Yo digo lo que digo! —aseguró la Tortuga, ofendida.

—Y ahora —dijo el Grifo, dirigiéndose a Alicia—, puedes contarnos tú alguna de tus aventuras.

—Puedo relatar mis aventuras... a partir de esta mañana —dijo Alicia con cierta timidez—. Pero no serviría de nada retroceder hasta ayer, porque ayer yo era otra persona.

—¡Explica ese mamarracho! Quiero entender todo esto —dijo la Falsa Tortuga.

—¡No, no! Cuenta las aventuras primero —exclamó el Grifo con impaciencia—; las explicaciones ocupan demasiado tiempo.

Así, Alicia empezó a narrar sus aventuras a partir del momento en que vio por primera vez al Conejo Blanco. Estaba un poco nerviosa, al principio, porque las dos criaturas se pegaron a ella, una a cada lado, con ojos y bocas abiertos como naranjas, pero fue cobrando coraje a medida que avanzaba en su narración. Sus oyentes guardaron un silencio absoluto hasta que llegó el momento en que le había recitado a la Oruga el poema aquél de «Ha envejeci-

do, padre Guillermo...». que en realidad le había salido muy distinto de lo que era. Al llegar a este punto, la Falsa Tortuga suspiró y dijo:

—Me parece muy curioso.

—No podría ser más extraño —insistió, Grifo.

—Fue tan diferente... —repitió la Tortuga— que me gustaría que nos recitases algo ahora. —Se volvió al Grifo y agregó: —Debes pedirle que empiece.

El Grifo indicó:

—Recita eso de «Es la voz del perezoso...»

—¡Cuántas órdenes me dan estas criaturas! —dijo Alicia en voz baja—. Parece como si me estuvieran haciendo repetir las lecciones. Es como si estuviera en la escuela.

Sin embargo, se puso de pie y comenzó obedientemente a recitar el poema. No dejaba de darle vueltas en su cabeza a la danza de las langostas y, en realidad, apenas sabía lo que estaba diciendo. Y así le resultó lo que recitaba:

En la voz de la Langosta
he oído declarar:
«Me han tostado demasiado morena
y ahora me tendré que azucarar».

Lo que el pato hace con los párpados
lo hace la langosta con su nariz:
se ajusta el cinturón y se abotona
mientras tuerce los tobillos.

Cuando las arenas están secas,
está feliz, como una perdiz,
y hasta habla con desprecio del tiburón.

Pero cuando la marea sube
y los tiburones la rodean,
se le quiebra la voz
y apenas balbucea.

El Grifo dijo:

—Es muy distinto de cómo lo oía yo cuando era niño. Resulta diferente.

—Es posible, aunque lo cierto es que yo jamás he oído ese poema —comentó la Falsa Tortuga—, pero el caso es que me suena a disparates.

Alicia no les dijo ni una palabra. Se cubrió la cara con las manos, después de sentarse de nuevo, y se preguntó si sería posible que algo pudiera suceder allí de una manera natural.

—Me gustaría que me dieran una explicación lógica —dijo la Falsa Tortuga.

—No sabe explicarlo —se apresuró a intervenir el Grifo—. Prosigue con la siguiente estrofa.

—Pero —insistió la Tortuga— ¿qué pasa con los tobillos? ¿Cómo podía torcérselos con la nariz?

—Es la primera posición de todo el baile —aclaró Alicia, que, sin embargo, no comprendía nada de lo que estaba sucediendo y deseaba cambiar el tema de la conversación.

—¡Continúa con la siguiente estrofa! —reclamó el Grifo—. Es la que empieza: «Yo pasé por su jardín...».

Alicia obedeció, aunque estaba segura de que todo iba a seguir saliendo tergiversado. Con voz temblorosa dijo:

Pasé por su jardín
y pude ver con un solo ojo
cómo el búho y la pantera
se repartían un pastel.

La pantera se llevó el hojaldre,
el relleno y toda la carne,
mientras que el búho tomaba para él
sólo la fuente que contenía el pastel.

Cuando terminaron de comerse el pastelito,
al búho le tocaba como un gran regalo
llevarse la cucharita en el bolsillo,
mientras que la pantera
tomaba el tenedor y el cuchillo.

Así terminaba este banquete tan especial.

—Pero lo que me pregunto —dijo la Tortuga— es de qué nos sirve tanto recitar y recitar si no explicas el significado de lo que estás diciendo. ¡Bueno! ¡Esto es lo más confuso que he oído en toda mi vida!

—Desde luego —asintió el Grifo—. Creo que lo mejor será que lo dejes.

Alicia se alegró muchísimo.

—¿Intentamos otra figura del Baile de la Langosta? —siguió el Grifo—. ¿O preferirías que la Falsa Tortuga cantara otra canción?

—¡Ay, sí! ¡Otra canción, por favor, si la Falsa Tortuga fuese tan amable! —exclamó Alicia, con tanta prisa que el Grifo se sintió ofendido.

—¡Bueno! —murmuró en tono dolido—. ¡Sobre gustos no hay nada escrito! ¿Quieres cantarle Sopa de Tortuga, amiga mía?

La Falsa Tortuga dio un profundo suspiro y empezó a cantar con voz ahogada por los sollozos:

Hermosa sopa, en la sopera,
tan verde y rica, nos espera.
Es exquisita, es deliciosa.
¡Sopa del crepúsculo, hermosa sopa!
¡Hermoooo-sa soooo-pa!
¡Hermooo-sa soooo-pa!
¡Soooo-pa de la noooo-che!
¡Hermosa, hermosa sopa!

—¡Canta la segunda estrofa! —exclamó el Grifo.

Y la Falsa Tortuga acababa de empezarla cuando se oyó a lo lejos un grito de «¡Comienza el juicio!»

—¡Vamos! —gritó el Grifo.

Tomando a Alicia de la mano, echó a correr, sin esperar el final de la canción.

—¿Qué juicio es éste? —jadeó Alicia mientras corrían.

El Grifo sólo contestó: «¡Vamos!», y echó a correr aún más aprisa, mientras, cada vez más débiles, arrastradas por la brisa que los seguía, les llegaban las melancólicas palabras:

¡Soooo-pa del crepúsculo, sopa de la noooo-che!
¡Hermosa, hermosa sopa!

¿Quién robó las tartas?

l llegar, vieron que el Rey y la Reina de Corazones estaban sentados en sus tronos, rodeados de una gran multitud: toda clase de pajarillos y animalitos, así como la baraja de cartas completa. El Valet estaba de pie ante ellos, encadenado, con un soldado a cada lado para vigilarlo. Cerca del Rey se veía al Conejo Blanco, con una trompeta en una mano y un rollo de pergamino en la otra. Justo en el centro de la sala había una mesa y, encima de ella, una espléndida bandeja de tartas: tenían tan buen aspecto que a Alicia se le hizo agua la boca agua al verlas. «¡Ojalá el juicio termine pronto», pensó, «así comienzan a servir la merienda!» Pero no parecía haber muchas posibilidades de que así fuera, y Alicia comenzó a observar lo que sucedía a su alrededor, para matar el tiempo.

Nunca había estado en una corte de justicia, pero había leído cosas sobre ellas en los libros, y se sintió muy satisfecha al ver que sabía el nombre de casi todo lo que veía.

—Ése de allá es el juez —se dijo a sí misma—, porque lleva esa gran peluca.

El Juez, por cierto, era el Rey; y como llevaba la corona encima de la peluca, no parecía sentirse muy cómodo y, desde luego, no tenía buen aspecto.

«Eso parece ser el estrado del jurado», pensó Alicia, «y supongo que esas doce criaturas (se vio obligada a decir "criaturas", saben, porque algunos eran animales de pelo y otros eran pájaros) deben de ser los miembros del jurado.»

Estas últimas palabras las repitió dos o tres veces para sí, sintiéndose orgullosa: Alicia pensaba, y con razón, que muy pocas niñas de su edad podían saber su significado.

Los doce jurados estaban muy ocupados escribiendo con esmero en unas pizarras.

—¿Qué estarán haciendo? —le susurró Alicia al Grifo—. No pueden tener nada que anotar ahora, antes de que el juicio haya empezado.

—Están escribiendo sus nombres —susurró el Grifo como respuesta—, no vaya a ser que se les olviden antes de que termine el juicio.

—¡Bichos estúpidos! —empezó a decir Alicia en voz alta e indignada.

Se detuvo rápidamente cuando oyó que el Conejo Blanco gritaba: «¡Silencio en la sala!», y al ver que el Rey se colocaba los anteojos y miraba severamente a su alrededor para descubrir quién había hablado.

Alicia pudo ver, tan bien como si estuviera mirando por encima de sus hombros, que todos los miembros del jurado estaban escribiendo «¡Bichos estúpidos!» en sus pizarras. Más aun, pudo notar que uno de ellos no sabía cómo se escribía «bicho» y se lo tuvo que preguntar a su vecino. «¡Qué lío habrán armado en sus pizarras antes de que el juicio termine!», pensó Alicia.

Uno de los miembros del jurado tenía una tiza que chirriaba. Esto era algo que Alicia no podía tolerar, así que dio la vuelta a la sala, se colocó a sus espaldas, y encontró muy pronto la oportunidad de quitarle la tiza de un tirón. Lo hizo con tanta habilidad que el pobre (era Bill, la Lagartija) no se dio cuenta de lo que había

sucedido con su tiza; y así, después de buscarla por todas partes, se vio forzado a escribir con un dedo el resto de la jornada; y esto no servía de gran cosa, porque no dejaba ninguna marca escrita en la pizarra.

—¡A ver, heraldo, comienza a leer la acusación! —ordenó el Rey.

El Conejo Blanco dio tres toques de trompeta, desenrolló el pergamino, y leyó lo siguiente:

«La Reina horneó varias tartas
un bello día de verano azul,
pero el Valet hurtó esas vituallas
y se las llevó a Estambul.»

—¡Considere su veredicto! —le pidió el Rey al jurado.

—¡Todavía no! —lo interrumpió de inmediato el Conejo—. ¡Hay muchas otras cosas antes de esto!

—Entonces, que venga el primer testigo —dijo el Rey.

Y el Conejo hizo sonar tres veces la trompeta y gritó:

—¡Primer testigo! ¡Comparezca en la sala!

El Sombrerero era el primer testigo. Compareció con una taza de té en una mano y un pedazo de pan con manteca en la otra.

—Le suplico que me disculpe, Majestad —empezó—, por traer aquí estas cosas, pero no había terminado de tomar el té cuando fui convocado a este juicio.

—Pues ya debías haberlo terminado —dijo el Rey—. ¿A qué hora empezaste a tomarlo?

El Sombrerero miró a la Liebre de Marzo, que, del brazo del Lirón, lo había seguido hasta allí.

—Si no me equivoco, creo que fue el 14 de marzo.

—El 15 —dijo la Liebre de Marzo.

—El 16 —agregó el Lirón.

—Vayan anotando toda esta información —ordenó el Rey al jurado.

Luego los miembros del jurado se apresuraron a escribir las tres fechas en sus pizarras y después sumaron las tres cifras. Finalmente, convirtieron el resultado a chelines y peniques.

—Quítate tu sombrero —ordenó el Rey al Sombrerero.

—No es mío, Majestad —dijo el Sombrerero.

—¡Un sombrero robado! —exclamó el Rey, volviéndose hacia los miembros del jurado, que inmediatamente tomaron nota del hecho.

—No es robado. Los tengo para vender —añadió el Sombrerero como explicación—. Ninguno de éstos es mío. Soy sombrerero.

Al llegar a este punto, la Reina se acomodó los anteojos y empezó a mirar fijo al Sombrerero, que se puso pálido y se echó a temblar.

—Ahora sólo debes decir lo que tengas que declarar —exigió el Rey—, y no te pongas nervioso, o te hago ejecutar en el acto.

Estas palabras no animaron al testigo en absoluto: se apoyaba primero sobre un pie y luego sobre el otro, y miraba inquieto a la Reina. Estaba tan confundido que dio un tremendo mordisco a la taza de té de porcelana creyendo que se trataba del pan con manteca.

Alicia sintió en ese preciso momento una sensación muy extraña que la desconcertó terriblemente, hasta que comprendió qué estaba pasando: había empezado a crecer de vuelta. Al principio pensó que debía levantarse y abandonar la sala. A continuación, lo pensó mejor y decidió quedarse donde estaba mientras su tamaño se lo permitiera.

—Por favor, trata de no empujar tanto —dijo el Lirón, que estaba sentado a su lado—. Apenas puedo respirar.

—No puedo evitarlo —contestó humildemente Alicia—. Estoy creciendo.

—No tienes ningún derecho a crecer aquí —dijo el Lirón.

—No digas tonterías —respondió Alicia con más energía—. Sabes perfectamente que tú también creces.

—Pero yo estoy creciendo a un ritmo razonable —dijo el Lirón—, y no de esta manera grotesca.

Con aire digno se incorporó y fue a ubicarse al otro extremo de la sala.

La Reina no le había quitado los ojos de encima al Sombrerero durante todo el tiempo. Justo en el momento en que el Lirón cruzaba la sala, ordenó a uno de los ujieres de la corte:

—¡Que me traigan la lista de los cantantes del último concierto!

Esta orden le provocó al Sombrerero tal ataque de temblor que las botas se le salieron de los pies.

—A ver si nos das tu testimonio de una vez —repitió el Rey muy furioso—, o te hago ejecutar ahora mismo, estés nervioso o no lo estés.

—Es que soy un pobre hombre, Majestad —empezó a decir el Sombrerero con voz temblorosa— ... y no había empezado aún a tomar el té... no debe de hacer siquiera una semana... y las rebanadas de pan con manteca se hacían cada vez más finas... y la titilación del té...

—¿La titilación de qué? —preguntó el Rey.

—El titileo empezó con el té —contestó el Sombrerero.

—¡Querrás decir que titileo empieza con la T! —contestó el Rey con impaciencia—. ¿Piensas que no sé nada de ortografía? ¡Sigue!

—Soy un pobre hombre —siguió el Sombrerero— ... y otras cosas empezaron a titilear después de aquello... pero la Liebre de Marzo dijo...

—¡Yo no quise decir eso! —se apresuró a interrumpirlo la Liebre de Marzo.

—¡Pero lo dijiste! —gritó el Sombrerero.

—¡Pues lo niego! —exclamó la Liebre de Marzo.

—Ella lo niega —afirmó el Rey—. Tachen esa parte.

—En cualquier caso, el Lirón dijo... —siguió el Sombrerero, y miró ansioso a su alrededor, para ver si el Lirón también lo negaba, pero el Lirón no negó nada, porque estaba profundamente dormido—. Después de esto —continuó el Sombrerero—, tomé un poco más de pan con manteca...

—¿Pero qué fue lo que dijo el Lirón? —preguntó uno de los miembros del jurado.

—De esto no puedo acordarme —dijo el Sombrerero.

—Estás obligado a acordarte —remarcó el Rey—, o haré que te ejecuten.

El pobre Sombrerero dejó caer la taza de té y el pan, y se cayó de rodillas.

—Soy un desgraciado, Majestad —empezó.

—Eres un muy mal orador —dijo, sarcástico, el Rey.

Cuando llegó este momento, uno de los conejillos de indias empezó a aplaudir, y fue inmediatamente reprimido por los ujieres de la corte. La palabra «reprimir» puede resultar difícil de entender, por lo cual voy a explicar con exactitud lo que pasó. Los ujieres tenían una gran bolsa de lona que se cerraba con una cuerda. Dentro de esta bolsa los ujieres metieron al conejillo de indias, con la cabeza primero, y después se sentaron encima.

—Cómo me alegro de haber visto esto —se dijo Alicia—. Estoy harta de leer en los diarios que, al final de un juicio, «estalló una salva de aplausos, que fue inmediatamente reprimida por los ujieres de la sala», y nunca había entendido hasta ahora lo que querían decir.

—Pues si esto es todo lo que sabes del caso, ya puedes bajar del estrado —siguió diciendo el Rey.

—No puedo bajar más abajo —explicó el Sombrerero—, porque ya estoy en el mismísimo suelo.

—Entonces, tal vez puedas sentarte —replicó el Rey.

Al llegar a este punto, el otro conejillo de indias empezó a aplaudir, y fue también reprimido.

—¡Vaya, así van a acabarse los conejillos de indias! —se dijo Alicia—. Me parece que todo irá mejor sin ellos.

—Yo, personalmente, preferiría terminar de tomar el té —dijo el Sombrerero, lanzando una mirada inquieta hacia la Reina, que estaba leyendo la lista de cantantes.

—Ya puedes irte —dijo el Rey. Y el Sombrerero salió volando de la sala, sin esperar siquiera el tiempo suficiente para ponerse los zapatos.

—Y al salir que le corten la cabeza —añadió la Reina, dirigiéndose a uno de los ujieres.

El Sombrerero se había perdido de vista, antes de que el ujier pudiera llegar a la puerta de la sala.

—¡Llamen al testigo siguiente! —dijo el Rey.

Era la cocinera de la Duquesa. Tenía en la mano el pote de pimienta. Alicia supo que era ella, incluso antes de que entrara en la sala, por el modo en que la gente que estaba cerca de la puerta empezó a estornudar.

—Declara lo que tengas que decir —ordenó el Rey.

—De eso nada —dijo la cocinera.

El Rey miró con ansiedad al Conejo Blanco, y el Conejo Blanco dijo en voz baja:

—Su Majestad debe examinar muy bien a este testigo.

—Bueno, si hay que hacerlo, lo haré —dijo el Rey con resignación, y, tras cruzarse de brazos y mirar de arriba abajo a la cocinera con aire amenazador, preguntó con voz profunda: —¿De qué se hacen las tartas?

—De pimienta —respondió la cocinera.

—De melaza —dijo a sus espaldas una voz soñolienta.

—Atrapen a ese Lirón —gritó la Reina—. ¡Decapiten a ese

Lirón! ¡Y arrojen a ese Lirón de la sala! ¡Repriman! ¡Pellizquen! ¡Déjenlo sin bigotes!

Reinó gran confusión en la sala por un rato, para arrojar de ella al Lirón. Cuando todos volvieron a ocupar sus puestos, la cocinera había desaparecido.

—¡No importa! —dijo el Rey, con aire de alivio—. Que venga el siguiente testigo. —Y añadió a media voz dirigiéndose a la Reina: —Querida, realmente, debieras interrogar tú al próximo testigo. ¡A mí estas cosas me dan dolor de cabeza!

Alicia observó al Conejo Blanco, que examinaba la lista, y se preguntó con curiosidad quién sería el próximo testigo. «Porque hasta ahora ha sido poco lo que sacaron en limpio», dijo para sí. Se sorprendió enormemente cuando el Conejo Blanco, elevando al máximo volumen su vocecita, leyó el nombre de...

—¡Alicia!

La declaración de Alicia

¡Aquí estoy! —gritó Alicia.

Y olvidando, en la emoción del momento, todo lo que había crecido en los últimos minutos, se paró con tal apuro que golpeó con el borde de su falda el estrado. Todos los miembros del jurado cayeron de cabeza encima de la gente que había debajo, y quedaron allí pataleando y agitándose. Al ver esto, Alicia se acordó mucho de la pecera de peces de colores que ella había volcado sin querer la semana anterior.

—¡Oh, les pido por favor que me perdonen! —exclamó Alicia en tono angustiado.

Comenzó a levantar los peces de prisa pues no podía apartar de su mente el accidente de la pecera. Tuvo la sensación de que era preciso levantarlos de inmediato y devolverlos al estrado, porque de lo contrario morirían.

—El proceso no puede continuar —dijo el Rey con voz muy grave— hasta que todos los miembros del jurado hayan ocupado sus puestos... todos los miembros del jurado, como corresponde —insistió, mirando severamente a Alicia mientras decía estas palabras.

Alicia observó el estrado del jurado, y vio que, con el apuro, había colocado a la Lagartija cabeza abajo, y el pobre animalito, incapaz de incorporarse, no podía hacer otra cosa que agitar la cola

con tristeza. Alicia lo levantó de inmediato y lo colocó en la postura adecuada.

«Aunque no creo que sirva de nada», dijo para sí. «Me parece que el juicio no va a cambiar en absoluto por el hecho de que este animalito esté de pies o de cabeza.»

Apenas el jurado se recuperó un poco de la conmoción que había sufrido, y enarboló de nuevo sus tizas y pizarras, se pusieron todos a escribir con gran afán para consignar la historia del accidente. Menos la Lagartija, que parecía haber quedado demasiado impresionada para hacer otra cosa que estar sentada allí, con la boca abierta y los ojos fijos en el techo de la sala, todos escribían con esmero.

—¿Sabes algo de este asunto? —le preguntó el Rey a Alicia.

—Nada —dijo Alicia.

—¿Nada de nada? —insistió el Rey.

—Nada de nada —dijo Alicia.

—Esto es algo realmente importante —dijo el Rey, dirigiéndose al jurado.

Los del jurado estaban empezando a anotar esto en sus pizarras cuando intervino a toda prisa el Conejo Blanco:

—Naturalmente, Su Majestad ha querido decir «nada importante» —dijo en tono muy respetuoso, frunciendo el entrecejo y haciéndole muecas de complicidad al Rey mientras hablaba.

—«Nada importante» es lo que quise decir, naturalmente —se apresuró a aclarar el Rey.

Y empezó a decir para sí, en voz baja: «Importante, Nada importante, Importante, Nada importante...», como si estuviera intentando decidir qué sonaba mejor.

Parte del jurado escribió «importante», y otra parte escribió «nada importante». Alicia pudo verlo, pues estaba lo suficiente cerca de los miembros del jurado para leer sus pizarras. «Pero esto no tiene la menor importancia», se dijo.

En este momento el Rey, que había estado muy ocupado escribiendo algo en su libreta de notas, gritó: «¡Silencio!», y leyó de su libreta:

—Regla Cuarenta y Dos. Toda persona que mida más de un kilómetro de altura tendrá que abandonar la sala.

Todos miraron a Alicia.

—Yo no mido un kilómetro —protestó Alicia.

—Sí lo mides —dijo el Rey.

—Casi dos kilómetros —añadió la Reina.

—Bueno, no me iré, de todos modos —aseguró Alicia—. Además, esta regla no vale: usted la acaba de inventar.

—Es el artículo más viejo de todo el libro —dijo el Rey.

—En tal caso, debería llevar el Número Uno —dijo Alicia.

El Rey palideció y cerró a toda prisa su libro de notas.

—¡Consideren su veredicto! —ordenó al jurado, con voz débil y temblorosa.

—Hay muchas pruebas más todavía, Su Majestad —dijo el Conejo Blanco, poniéndose apresuradamente de pie—. Acabamos de encontrar este documento.

—¿Qué dice este papel? —preguntó la Reina.

—No lo abrí todavía —contestó el Conejo Blanco—, pero parece ser una carta, escrita por el prisionero a... a alguien.

—Así debe ser —asintió el Rey—, a menos que haya sido escrita a nadie, lo cual no es muy frecuente.

—¿A quién está dirigida? —preguntó uno de los miembros del jurado.

—A nadie —dijo el Conejo Blanco—. No lleva nada escrito en la parte exterior. —Desdobló el papel, mientras hablaba, y añadió: —Bueno, en realidad, no es una carta: es una serie de versos.

—¿Escritos con la letra del acusado? —preguntó otro de los miembros del jurado.

—No, no —dijo el Conejo Blanco—, y esto es lo más sospechoso de todo este asunto.

(Todos los miembros del jurado quedaron perplejos.)

—Seguro imitó la letra de otra persona —dijo el Rey.

(Todos los miembros del jurado respiraron con alivio.)

—Su Majestad —dijo el Valet—, yo no he escrito ese papel, y nadie puede probar que lo haya hecho, porque no hay ninguna firma al final del escrito.

—Si no lo has firmado —dijo el Rey—, eso empeora tu culpa. Lo tienes que haber escrito con mala intención o, de lo contrario, lo habrías firmado con tu propio nombre al final, como lo hace cualquier persona honrada.

Todos aplaudieron tras estas palabras: en realidad, era la primera cosa sensata que el Rey había dicho en todo el día.

—Esto prueba su culpa, por supuesto —exclamó la Reina—. Por lo tanto, que le corten...

—¡Esto no prueba nada de nada! —protestó Alicia—. ¡Si ni siquiera sabemos lo que hay escrito en el papel!

—Léanlo —ordenó el Rey al Conejo Blanco.

El Conejo Blanco se puso los anteojos.

—¿Por dónde debo empezar, Su Majestad? —preguntó.

—Por el principio —dijo el Rey con gravedad—, y sigue hasta llegar al final; allí te detienes.

Un silencio de muerte invadió la sala mientras el Conejo Blanco leía los siguientes versos:

Ellos dijeron que fuiste a verla
y que hablaste de mí con él:
ella dio buenas referencias de mi carácter,
pero dijo que yo a nadar nunca aprendí.

Él les avisó que yo no había sido
(y bien sabemos que es verdad):
pero si ella hubiera insistido
¿qué habría podido pasar?

Yo le di una a ella, ellos a él le dieron dos,
tú nos diste tres o más,
todas volvieron a ti, aunque eran mías tiempo atrás.

Si ella o yo tal vez nos viéramos
envueltos en este lío,
él confía en que tú los liberes
y todo sea como al principio.

Me parece que tú habías sido,
(antes de que ella sufriera ese ataque),
un motivo de querella
entre él, y nosotros y aquello.

No permitas que él sepa nunca
que ella los prefería
pues eso debe ser un secreto para siempre
y entre tú y yo ha de quedar guardado.

—¡Es la prueba más importante que conseguimos hasta ahora! —dijo el Rey, frotándose las manos—. Así pues, que los miembros del jurado procedan a...

—Si alguno de ustedes es capaz de explicarme este caos de palabras confusas —dijo Alicia (había crecido tanto en los últimos minutos que no le daba ningún miedo interrumpir al Rey)—, le doy seis peniques.

Yo no creo que estos versos tengan ningún sentido.

Los jurados escribieron en sus pizarras: «Ella está convencida de que estos versos no tienen pies ni cabeza», pero ninguno de ellos se atrevió a explicarlos.

—Si el poema no tiene ningún sentido —dijo el Rey—, nos evitará muchas complicaciones, porque no tendremos que buscárselo. Y, sin embargo —siguió, apoyando el papel sobre sus rodillas y mirándolo con ojos semiabiertos—, me parece que les encuentro algún significado... «dijo que yo a nadar nunca aprendí»... No sabes nadar, ¿o sí sabes? —añadió, dirigiéndose al Valet.

El Valet sacudió la cabeza tristemente.

—¿Tengo yo aspecto de saber nadar? —dijo.

(No lo tenía, por supuesto. Porque estaba hecho todo de cartón.)

—Me parece que hasta aquí todo encaja —observó el Rey, y siguió mascullando para sí mientras examinaba los versos—. Bien sabemos que es verdad... Evidentemente se refiere al jurado... Pero si ella insistiera... Tiene que ser la Reina... ¿Qué te podría pasar?... ¿Qué, en efecto? Yo di una, ellos dos... Vaya, esto debe de ser lo que él hizo con las tartas...

—Pero después sigue «todas volvieron a ti» —observó Alicia.

—¡Por supuesto, y aquí están! —exclamó triunfalmente el Rey, señalando las tartas que estaban sobre la mesa—. Más claro que el agua. Y más adelante... Antes del ataque de ella... Nunca sufres ataques, ¿verdad, querida? —le preguntó a la Reina.

—¡Nunca! —rugió la Reina, arrojando, furiosa, un tintero contra la pobre Lagartija.

(La infeliz Lagartija había renunciado ya a escribir con el dedo, porque se dio cuenta de que no dejaba ninguna marca en la pizarra, pero ahora se apresuró a empezar de nuevo, aprovechando la tinta que le caía chorreando por la cara, todo el tiempo que pudo.)

—Pues, entonces, las palabras del verso no pueden referirse a ti —dijo el Rey, mirando a su alrededor con una sonrisa.

Un silencio de muerte se produjo en la sala.

—¡Todo esto es un juego de palabras! —tuvo que explicar el Rey airadamente.

Entonces, todos se rieron.

—¡Que el jurado considere su veredicto! —ordenó el Rey, por vigésima vez en el día.

—¡No! ¡No! —protestó la Reina—. La sentencia primero... El veredicto después.

—¡Qué idiotez! ¡Absurdo y sin sentido! —exclamó Alicia, alzando la voz—. ¡Qué ocurrencia pedir la sentencia primero!

—¡Cállate la boca! —gritó la Reina, poniéndose colorada.

—¡No quiero! —dijo Alicia.

—¡Que le corten la cabeza! —ordenó la Reina a grito pelado.

Nadie se movió.

—¿Pero quién puede tenerles miedo a ustedes? —dijo Alicia (al llegar a este momento ya había crecido hasta su estatura normal)—. ¡No son más que un mazo de naipes!

Al oír esto, el mazo entero se elevó por los aires y cayó en picada contra ella. Alicia dio un grito, que era mitad de miedo y mitad de enojo, y trató de quitárselos de encima... De pronto, se encontró tirada a la orilla del río. Tenía la cabeza apoyada en la falda de su hermana, que le estaba quitando cariñosamente de la cara unas hojas secas que habían caído desde los árboles.

—¡Despierta ya, Alicia! —le dijo su hermana—. ¡Cuánto tiempo has dormido!

—¡Pero es que tuve un sueño tan extraño! —dijo Alicia.

Y a continuación le contó a su hermana, tan bien como sus recuerdos lo permitían, todas las sorprendentes aventuras que hemos estado leyendo. Cuando terminó, su hermana le dio un beso y le dijo:

—En verdad, ha sido un sueño muy raro, cariño. Ahora ve corriendo a merendar. Se está haciendo tarde.

De ese modo, pues, Alicia se incorporó y se alejó corriendo de

allí. Mientras corría no dejó de pensar en el maravilloso sueño que había tenido.

Entretanto, su hermana siguió, tal como Alicia la había dejado, sentada, con la cabeza sobre una mano, viendo el atardecer y pensando en la pequeña Alicia y en sus prodigiosas experiencias. Hasta que también ella empezó a soñar, a su vez, y éste fue su sueño:

Soñó con la propia Alicia y le pareció sentir de nuevo las manos de la niña apoyadas en sus rodillas y ver sus ojos brillantes y curiosos fijos en ella. Podía oír todos los tonos de su voz y veía el ademán con que apartaba los cabellos que siempre le caían delante de los ojos. Mientras los oía, o imaginaba que los oía, el espacio a su alrededor fue cobrando vida y se fue poblando con los extraños personajes del sueño de su hermana.

Cuando pasó corriendo el Conejo Blanco, la alta hierba se agitó a sus pies; el asustado Ratón chapoteó en un estanque cercano. Oyó el tintineo de las tazas de porcelana mientras la Liebre de Marzo y sus amigos seguían en aquella merienda interminable, y la penetrante voz de la Reina ordenando que se cortara la cabeza a sus invitados. Apareció ante su vista el bebé-cerdito, que estornudó en brazos de la Duquesa, mientras platos y fuentes se estrellaban a su alrededor; el aire se llenó con los graznidos del Grifo, el chirrido de la tiza de la Lagartija y los aplausos de los «reprimidos» conejillos de indias. Todo esto se mezclaba con el sollozo distante de la Falsa Tortuga.

La hermana de Alicia estaba sentada allí, con los ojos cerrados, y casi creyó encontrarse ella también en el País de las Maravillas. Pero sabía que le bastaba volver a abrir los ojos para hallarse de golpe en la aburrida realidad. Sólo la brisa movería la hierba y el ruido del estanque se debería simplemente al temblor de las cañas que crecían en él. El tintineo de las tazas de té de porcelana se transformaría en el sonido de los cencerros de un rebaño, y los

gritos agudos de la Reina, en los gritos de un pastor. Además, los estornudos del bebé, los graznidos del Grifo y todos los otros ruidos misteriosos se convertirían (ella lo sabía) en ese confuso bullicio que suele llegar desde el corral de alguna granja vecina, mientras que el mugido del ganado a la distancia reemplazaría los lloriqueos de la Falsa Tortuga.

Imaginó, finalmente, cómo sería, en el futuro, esta hermanita suya, cómo sería Alicia cuando fuera una mujer. Y pensó que Alicia conservaría, a lo largo de los años, el mismo corazón simple y afectuoso de su infancia. Que reuniría a su alrededor a otros chicos, y haría brillar los ojos de los pequeños al contarles un cuento curioso, tal vez esos mismos ensueños del País de las Maravillas que había tenido años atrás. Pensó que Alicia sentiría las pequeñas tristezas y gozaría con las sencillas alegrías de los otros niños, recordando su propia infancia y esos días felices del verano.

Alicia a través del espejo

Niño de frente pura
en cuyos ojos resplandece un sueño:
aun cuando el tiempo pase raudo y quiera
que la mitad de una vida me separe de la tuya
tu sonrisa recibirá con alegría
el regalo de un cuento, colmado de amor.

No vi tu cara radiante de luz
ni oí la caricia de tu risa plateada;
tu memoria joven no guardará
de mí recuerdo alguno...
¡Ahora me alcanza con que quieras escuchar
el cuento que te voy a contar!

Se trata de una historia que comenzó en el pasado,
en el calor intenso de una tarde de verano...
Una canción sencilla servía para impulsar
el ritmo de nuestros remos...
persisten sus ecos aún en la memoria;
los años de envidia no lograrán hacérmelos olvidar.
¡Escucha, pues! Antes de que esa voz
anuncie la terrible noticia

¡y a la triste joven
le ordene ir a acostarse a ese lecho
que detesta!
Mi amada: no somos más que unos niños grandes
que se agitan en vano cuando llega la hora de dormir.

Triunfan los hielos y azotan las nieves afuera,
y la locura desatada del vendaval está sonando.
Nos protege adentro el fuego del hogar
y el nido feliz de la niñez.
Quedarás fascinado por las palabras mágicas:
Y dejará de atemorizarte el furor de la tormenta.

Es posible que la sombra de un suspiro
siga latiendo a lo largo de esta historia,
porque extraña esos «alegres días de un estío de antaño»
y el recuerdo desvanecido de un verano que pasó...
no arruinará con su triste aliento
la gracia encantada de nuestro cuento.

La casa del espejo

Una cosa era cierta y de eso estamos bien seguros: el gatito blanco no tuvo absolutamente nada que ver con todo este enredo... la culpa fue enteramente del gatito negro. Porque, en efecto, durante el último cuarto de hora, el gatito blanco se había estado dejando lavar la cara por la gata vieja (y hay que reconocer que se la estuvo aguantando bastante bien), así que está bien claro que no pudo haber participado de la travesura.

Dina les lavaba la cara a sus mininos así: primero sujetaba firmemente a la víctima con una pata y luego le pasaba la otra por toda la cara, pero a contrapelo, empezando por la nariz; y en este preciso momento, como antes decía, estaba dedicada a fondo al gatito blanco. Éste se dejaba hacer, casi sin moverse, tratando de ronronear. Consideraba, sin duda, que todo aquello se lo estaban haciendo por su bien.

Pero aquella tarde Dina ya había terminado temprano con el gatito blanco. Ocurrió que, mientras Alicia estaba acurrucada en el rincón de una gran butaca, hablando consigo misma, entre dormida y despierta, aquel minino se había estado desquitando de las penas y disgustos del baño. Se hizo una panzada de diversión jugando a la pelota con el ovillo de lana que Alicia había estado intentando devanar. Ahora la madeja había rodado tanto de un lado

para otro que se había deshecho toda. Corría el hilo de la lana, revuelto en nudos y marañas, por toda la alfombra de la chimenea, con el gatito en el medio jugando carreras detrás de su propia cola.

—¡Ay, pero qué malvada terrible es esta criatura! —exclamó Alicia agarrando al gatito. Le dio un besito para que comprendiera bien que había caído en desgracia. —¡Dina debería enseñarles mejores modales! ¡Sí, señora, debieras haberlos educado mejor, Dina! ¡Y además creo que lo sabes! —añadió dirigiendo una mirada llena de reproches a la vieja gata y hablándole tan severamente como podía... y entonces se subió a su butaca llevando consigo al gatito y la punta del hilo de lana para empezar a devanar el ovillo de nuevo. No lograba avanzar muy ligero, ya que no hacía más que hablar, a veces con el minino y otras consigo misma. El gatito se fue acomodando, muy seriecito, sobre su regazo. Simulaba seguir con atención el devanado. De vez en cuando sacaba una patita para tocar muy delicadamente el ovillo, como si quisiera ayudarla a Alicia en su trabajo.

»¿Sabes qué día será mañana? —empezó a decirle Alicia—. Si te hubieras asomado a la ventana conmigo, lo sabrías... sólo que como Dina te estaba bañando no pudiste hacerlo. Los chicos juntaban leña para la fogata... ¡y no sabes la cantidad de leña que hace falta, minino! Pero hacía tanto frío y nevaba de tal manera que tuvieron que dejarlo. De todos modos, no te preocupes, gatito, que ya veremos la hoguera mañana. —Al llegar a este punto, a Alicia se le ocurrió darle dos o tres vueltas de lana al gatito alrededor del cuello, para ver cómo le quedaba. Con esto provocó tal enredo que el ovillo se le cayó de las manos y rodó por el suelo dejando tras de sí metros y metros desenrollados.

»Gatito, ¿sabías que estoy muy enojada contigo? —continuó Alicia cuando pudo acomodarse de nuevo en la butaca—. ¡Cuando vi todas las travesuras que habías estado haciendo, estuve a punto de abrir la ventana y ponerte afuera, de patitas en la nieve! ¡Te

lo tenías merecido, desde luego, mi picarón! A ver, ¿qué vas a decir ahora para que no te castigue? ¡No me interrumpas! —lo atajó en seguida Alicia, amenazándolo con el dedo: —¡Voy a enumerarte todas tus travesuras! Primera: chillaste dos veces mientras Dina te estaba lavando la cara esta mañana; ¡no pretenderás negarlo, porque te oí bien! ¿Qué es eso que estás diciendo? (Haciendo como que oía lo que el gatito le decía.) ¿Que si te metió la pata en un ojo? Eso también fue culpa tuya, por no cerrar bien el ojo. Si no te hubieses encaprichado en tenerlo abierto, no te habría pasado nada. ¡Y basta ya de excusas: escúchame bien! Segunda travesura: cuando le puse a Copito de nieve su platito de leche, fuiste y la agarraste por la cola para que no se lo pudiera beber. ¿Cómo dices?, ¿que tenías mucha sed?, bueno, ¿y acaso ella no? ¡Y escucha la tercera: desenrollaste todo mi ovillo de lana cuando yo no te estaba mirando!

»¡Ya van tres faltas y todavía no te castigaron por ninguna! Estoy reservando todos los castigos para el miércoles de la próxima semana... ¿Te imaginas qué pasaría si a mí me acumularan todos mis castigos —continuó diciendo, hablando más consigo misma que con el gato—. ¿Qué me harían a fin de año? No tendrían más remedio que mandarme a la cárcel, supongo, el día que me tocaran todos juntos. Veamos... supongamos que me hubieran castigado cada vez con quedarme sin cenar; entonces, cuando llegara el terrible día en que me tocara cumplir todos los castigos, ¡me tendría que quedar sin cenar cincuenta comidas! En fin, no creo que eso me importe tanto. ¡Prefiero eso a tener que comérmelas todas juntas!

»¿Puedes oír la nieve golpeando sobre los vidrios de la ventana, gatito? ¡Qué sonido más agradable y más suave! Es como si estuvieran dándole besos al vidrio por fuera. Me pregunto si será por amor que la nieve besa tan delicadamente a los árboles y a los campos y luego los cubre, por decirlo así, con su manto blanco. Quizá les diga: «duerman ahora, queridos, hasta que regrese el verano»; y cuando se despiertan al llegar el verano, gatito, se visten todos

de verde y danzan ligeros... siempre al vaivén del viento. ¡Qué palabras más bonitas estoy diciendo! —exclamó Alicia, dejando caer el ovillo para aplaudir—. ¡Ojalá fuese así de verdad! ¡Sin duda los bosques tienen aspecto soñoliento en el otoño, cuando las hojas se les empiezan a poner doradas!

»Veamos, gatito: ¿eres capaz de jugar al ajedrez? ¡No te rías, querido, que te lo estoy preguntando en serio! Porque cuando estábamos jugando hace un ratito, nos estabas mirando como si de verdad comprendieras el juego. Cuando yo dije «jaque» ¡te pusiste a ronronear! Bueno, después de todo, aquel jaque me salió bien bonito... y hasta creo que habría ganado si no hubiera sido por ese perverso alfil que descendió moviéndose por entre mis piezas. Querido gatito, juguemos a que tú eres... —Y ahora me gustaría contarles aunque sólo fuera la mitad de todas las cosas que a Alicia se le ocurrían cuando empezaba con su expresión favorita de «juguemos a ser...» Ayer había estado discutiendo durante largo rato con su hermana sólo porque Alicia había empezado diciendo «juguemos a que somos reyes y reinas». Su hermana, a quien le gusta ser siempre muy precisa, le había contestado que cómo iban a hacerlo si, entre ambas, sólo podían jugar a ser dos. Finalmente Alicia tuvo que resolver la cuestión diciendo: «Veamos, tú puedes ser una de las reinas, y yo seré todas las demás». En otra oportunidad le pegó un susto tremendo a su vieja nodriza cuando le gritó al oído de repente: «¡Aya! ¡Juguemos a que yo soy una hiena hambrienta y tú eres un hueso jugoso!»

Sin embargo, con todo esto nos estamos distrayendo de la conversación de Alicia con su gatito:

—¡Juguemos a que tú eres la Reina roja, minino! ¿Sabes?, si te sentaras y cruzaras los brazos, te parecerías mucho a ella. ¡Vamos a intentarlo! Así me gusta... —Entonces Alicia levantó a la Reina roja de encima de la mesa y la colocó delante del gatito para que viera bien el modelo que tendría que imitar. Sin embargo, el

intento no resultó, principalmente porque, como dijo Alicia, el gatito no quería cruzarse de brazos como corresponde. Entonces, a modo de castigo, lo levantó para que se viera en el espejo y se espantara de la cara tan fea que estaba poniendo... —Si no comienzas a portarte bien desde ahora mismo —añadió—, ¡te pasaré a través del vidrio y te pondré en la casa del espejo! ¿Te gustaría que hiciera eso?

»En cambio, si me prestas atención, en lugar de hablar tanto, gatito, te contaré todas mis ideas sobre la casa del espejo. En primer lugar, ahí está el cuarto que se ve al otro lado del espejo y que es completamente igual a nuestro salón, sólo que allí todas las cosas están ordenadas a la inversa... todas menos la parte que está justo del otro lado de la chimenea. ¡Cómo me gustaría ver ese rincón! Me gustaría tanto averiguar si también ahí encienden el fuego en el invierno... en realidad, nosotros, desde aquí, nunca podremos saberlo, salvo cuando nuestro fuego empieza a echar humo. Porque entonces también sale humo del otro lado, en ese cuarto... pero eso puede ser sólo un engaño para hacernos creer que también ellos tienen un fuego encendido ahí. Bueno, en todo caso, los libros de allí se parecen a los nuestros, aunque tienen las palabras escritas al revés: y eso lo sé porque una vez levanté uno de los nuestros a la altura del espejo. A continuación, los del otro cuarto me mostraron uno de los suyos.

»¿No te gustaría vivir en la casa del espejo, gatito? Me pregunto si te darían leche allí; pero a lo mejor la leche del espejo no es buena para beber... pero ¡ay, gatito, ahí está ya el corredor! Apenas si puede verse un poquito del corredor de la casa del espejo, si se deja la puerta de nuestro salón abierta de par en par. Por lo que alcanzo a ver desde aquí, se parece mucho al nuestro sólo que, ya se sabe, puede que sea muy diferente. ¡Ay, gatito, qué maravilloso sería si pudiéramos penetrar en la casa del espejo! ¡Estoy segura de que ha de tener muchísimas cosas bellas! Juguemos a que existe alguna

manera de atravesar el espejo. Juguemos a que el vidrio se hace blando como si fuera una gasa, de modo que pudiéramos pasar a través.. ¡¿Pero, cómo?! ¡Parece que de verdad se está empañando ahora mismo y convirtiéndose en una especie de niebla! ¡Apuesto a que ahora me sería muy fácil pasar a través de él! —Mientras decía esto, Alicia se encontró con que estaba subida sobre la repisa de la chimenea; sin embargo, no podía acordarse de cómo había llegado hasta ahí. Y en efecto, el vidrio del espejo se estaba disolviendo y se deshacía entre las manos de Alicia, como una bruma brillante y plateada.

Al cabo de un instante, Alicia había pasado a través del vidrio y ya comenzaba a saltar, ligera, hacia dentro del cuarto del espejo. Lo primero que hizo fue ver si había un fuego encendido en su chimenea y con gran satisfacción descubrió que, efectivamente, había allí uno, brillante y ardiendo tanto como el que había dejado tras de sí. «Estaré aquí tan calentita como en el otro cuarto», pensó Alicia, «más caliente aún, en realidad, porque aquí no habrá quien me rete por acercarme demasiado al fuego. ¡Va a ser muy gracioso cuando me vean a través del espejo y no puedan alcanzarme!»

Entonces empezó a mirar atentamente a su alrededor y se percató de que todo lo que podía verse desde el antiguo salón era bastante común y de poco interés. Sin embargo, todo el resto era muy diferente. Por ejemplo, los cuadros que estaban a uno y otro lado de la chimenea parecían estar llenos de vida. El reloj que estaba sobre la repisa (precisamente aquel al que en el espejo sólo se le puede ver la parte de atrás) tenía en la esfera la cara de un viejito que la miraba con una sonrisa pícara.

«No tienen este salón tan bien arreglado como el otro», pensó Alicia, al ver que varias piezas del ajedrez estaban desperdigadas entre las cenizas del hogar. Al minuto siguiente, y con un gritito de sorpresa, Alicia se agachó y se puso a contemplarlas en cuatro patas: ¡las piezas del ajedrez se paseaban por ahí de dos en dos!

—Ahí van el Rey rojo y la Reina roja —dijo Alicia en voz muy

bajita por miedo de asustarlos—, y esos de allá son el Rey blanco y la Reina blanca, sentados sobre el borde de la pala de la chimenea... y por ahí van dos torres caminando del brazo. Me parece que no me pueden oír —continuó Alicia—, y estoy casi segura de que no me pueden ver. Me parece como si, en cierto modo, me estuviera volviendo invisible.

Entonces, algo que estaba sobre la mesa detrás de Alicia empezó a dar unos gritos. Alicia se dio vuelta justo a tiempo para ver cómo uno de los peones blancos rodaba sobre la tapa y emprendía una gran pirueta: con gran curiosidad lo miró para ver qué iba a suceder luego.

—¡Pero es la voz de mi niña! —gritó la Reina blanca, mientras se abalanzaba hacia donde estaba su criatura, dándole al Rey un empujón tan fuerte que lo lanzó rodando por entre las cenizas—. ¡Mi precioso Lirio! ¡Mi gatita imperial! —Y empezó a trepar como podía por el guardafuegos de la chimenea.

—¡Pavadas imperiales! —bufó el Rey, frotándose la nariz, que se había herido al caer. Por supuesto, tenía derecho a estar algo enojado con la Reina porque estaba cubierto de cenizas de pies a cabeza.

Alicia estaba muy ansiosa por ser de alguna utilidad. Como vio que a la pobre niña a la que llamaban Lirio estaba a punto de darle un ataque a fuerza de gritar, se apresuró a auxiliar a la Reina; tomándola de la mano y levantándola por el aire la colocó sobre la mesa, al lado de su ruidosa hijita.

La Reina se quedó muda del susto: la súbita trayectoria por el aire la había dejado sin aliento. Durante uno o dos minutos no pudo hacer más que abrazar silenciosamente a su pequeña Lirio. Apenas recobró el habla, le gritó al Rey, que seguía sentado, muy enfurruñado, entre las cenizas:

—¡Cuidado con el volcán!

—¿Volcán? —preguntó el Rey mirando con ansiedad hacia el

fuego de la chimenea, como si pensara que aquél fuese el lugar más indicado para encontrar uno.

—Es que me... arrojó por... el aire... —jadeó la Reina, que aún no había recobrado del todo el aliento—. Trata de subir aquí... por el camino de siempre... pero con cuidado... ¡No dejes que una explosión te haga volar por el aire!

Alicia observó cómo el Rey blanco trepaba trabajosamente de barra en barra por el guardafuegos, hasta que por fin le dijo:

—¡Pero, hombre! A ese paso vas a tardar horas y horas en llegar encima de la mesa. ¿Quisieras que te ayudara un poco? —Pero el Rey siguió adelante sin prestarle la menor atención: evidentemente no podía ni oírla ni verla.

Así pues, Alicia lo tomó con gran delicadeza y lo levantó por el aire, llevándolo hacia la mesa mucho más despacio de lo que había hecho con la Reina, para no asustarlo; pero antes de depositarlo en ella quiso aprovechar para limpiarlo un poco pues estaba realmente sucio y cubierto de cenizas.

Después Alicia contaría que nunca en toda su vida había visto una cara como la que puso el Rey entonces, cuando se encontró levantado en el aire por una mano invisible que además le estaba quitando el polvo. Estaba demasiado atónito para gritar, pero los ojos se le volvían cada vez más grandes y se le iban poniendo cada vez más redondos mientras la boca se le abría más y más. Alicia sintió que empezaba a temblarle la mano de la risa que le estaba dando de verlo así, y casi lo deja caer al suelo.

—¡Oh, por Dios, no pongas esa cara, amigo! —exclamó, pero se olvidaba por completo de que el Rey no podía oírla—. ¡Me haces reír de tal manera que apenas si puedo sostenerte con la mano! ¡No abras tanto la boca que se te llenará de cenizas!... ¡Bien! Ya parece que estás bastante limpio —añadió mientras le alisaba los cabellos y lo depositaba al lado de la Reina.

Inmediatamente el Rey cayó de espaldas y se quedó tan quieto como pudo; Alicia se alarmó entonces un poco al ver las consecuencias de lo que había hecho y se puso a dar vueltas por el cuarto para ver si encontraba un poco de agua para rociarle. Sólo pudo encontrar, sin embargo, una botella de tinta, y cuando volvió con ella adonde estaba el Rey, se encontró con que ya se había recobrado y estaba hablando con la Reina; ambos susurraban atemorizados y tan bajito que Alicia apenas pudo oír lo que se decían.

El Rey le decía a la Reina:

—¡Te aseguro, querida, que se me helaron hasta las puntas de los bigotes!

A eso la Reina le replicó:

—¡Pero si no tienes ningún bigote!

—¡Jamás olvidaré, jamás, jamás —continuó el Rey—, el horror de aquel momento espantoso!

—Pues verás cómo sí lo olvidas —convino la Reina— si no lo anotas pronto.

Alicia miró con mucho interés cómo el Rey sacaba un enorme cuaderno de notas del bolsillo y empezaba a escribir en él. Se le ocurrió entonces una idea. Tomó el extremo del lápiz, que se extendía bastante más allá por encima del hombro del Rey, y empezó a obligarlo a escribir lo que ella quería.

El pobre Rey puso cara de desconcierto y disgusto. Intentó luchar con el lápiz durante algún tiempo sin decir nada; pero Alicia era demasiado fuerte para él. Al final jadeó:

—¡Querida! Realmente tendré que conseguir un lápiz más adecuado. No me las arreglo con éste, que se pone a escribir toda clase de cosas que yo no tengo intención de anotar...

—¿Qué clase de cosas? —interrumpió la Reina, espiando el cuaderno por encima (en él Alicia había anotado *El caballero blanco se desliza por el hierro de la chimenea. Su equilibrio deja mucho que desear*)—. ¡Eso no es un registro de tus sentimientos!

Había un libro sobre la mesa, cerca de donde estaba Alicia, y

mientras ésta seguía mirando de cerca al Rey (ya que aún estaba un poco preocupada por él y tenía la tinta bien a mano para echársela encima en caso de que volviera a darle otro soponcio), empezó a hojearlo para ver si encontraba algún párrafo que pudiera leer, «... pues en realidad parece estar escrito en un idioma que no conozco», se dijo a sí misma.

Era algo así:

Brillaba, brumeando negro, el sol;
agiliscosos giroscaban los limazones
banerrando por las váparas lejanas;
mimosos se fruncían los borogobios
mientras el momio rantas murgiflaba.

Estuvo un rato intentando descifrar este pasaje, hasta que al final se le ocurrió una idea brillante:

—¡Por supuesto! ¡Es un libro del espejo! Por tanto, si lo coloco delante del espejo las palabras se pondrán del derecho.

Y éste fue el poema que Alicia leyó entonces:

GALIMATAZO

Brillaba, brumeando negro, el sol;
agiliscosos giroscaban los limazones
banerrando por las váparas lejanas;
mimosos se fruncían los borogobios
mientras el momio rantas murgiflaba.

«¡Cuídate del Galimatazo, hijo mío!
¡Guárdate de los dientes que trituran
y de las zarpas que desgarran!

¡Cuídate del pájaro Jubo-Jubo y
que no te agarre el frumioso Zamarrajo!»

Valiente empuñó el gladio vorpal;
a la hueste manzona acometió sin descanso;
luego, reposose bajo el árbol del Tántamo
y quedose sesudo contemplando...

Y así, mientras cavilaba firsuto.
¡Hete al Galimatazo, fuego en los ojos,
que surge hedoroso del bosque turgal
y se acerca raudo y borguejeando!

¡Zis, zas y zas! ¡Una y otra vez
zarandeó tijereteando el gladio vorpal!
Bien muerto dejó al monstruo, y con su testa
¡volviose triunfante galompando!

«¡¿Y haslo muerto?! ¡¿Al Galimatazo?!
¡Ven a mis brazos, mancebo sonrisor!
¡Qué fragarante día! ¡Jujurujuú! ¡Jay, jay!»
Carcajeó, anegado de alegría.

Pero brumeaba ya negro el sol
agiliscosos giroscaban los limazones
banerrando por las váparas lejanas,
mimosos se fruncían los borogobios
mientras el momio rantas necrofaba...

—Parece muy bonito, sólo que es algo difícil de comprender —dijo Alicia cuando lo terminó. (Como veremos, a Alicia no le gustaba confesar, y ni siquiera tener que reconocer ella sola, que

no podía encontrarle ni pies ni cabeza al poema.) —Es como si me llenara la cabeza de ideas, ¡sólo que no sabría decir cuáles son! En todo caso, lo que sí está claro es que alguien ha matado a algo... ¡Oh! ¡Si no me doy prisa, voy a tener que volverme por el espejo antes de haber podido ver cómo es el resto de esta casa! ¡Vayamos primero a ver el jardín!

Salió corriendo del cuarto como un suspiro y corrió escaleras abajo... pensándolo bien, no es que corriera, sino que parecía como si hubiese inventado una nueva manera de descender velozmente por la escalera, como se dijo Alicia a sí misma: sólo apoyaba la punta de los dedos sobre la baranda para poder flotar muy suave hacia abajo. Sus pies ni siquiera tocaban los escalones. Después fue flotando por el vestíbulo. Y habría continuado así, hasta salir despedida por la puerta del jardín, si no se hubiera agarrado al marco de la puerta. Es que tanto flotar en el aire la estaba mareando un poco, así que se alegró al comprobar que había comenzado a caminar de una manera natural.

El jardín de las flores vivientes

Podré ver el jardín mucho mejor —se dijo Alicia— si logro subir a la cumbre de aquella colina; y aquí veo un sendero que lleva derecho hacia allá arriba...; bueno, lo que es derecho, desde luego no... —Comprobó eso cuando al caminar unos cuantos metros se dio cuenta de que daba toda clase de vueltas. —Supongo que al final llegará allá arriba. Pero ¡cuántas vueltas da este camino! ¡Ni que fuera un sacacorchos! Al menos por esta curva parece que se va en dirección a la colina. Pero no, no es así. ¡Si tomo por aquí, regreso derecho a la casa! Bueno, voy a probar entonces por el otro lado.

Hizo eso, yendo de un lado para otro, probando por una curva y luego por otra; pero siempre acababa frente a la casa, hiciera lo que hiciere. Incluso una vez, al girar en una esquina más rápido que las otras, se golpeó contra la pared antes de que pudiera detenerse.

—Insistir no le servirá de nada —dijo Alicia, mirando a la casa como si la casa estuviese discutiendo con ella—. Desde luego que no pienso volver allá dentro ahora, porque sé que si lo hiciera, tendría que cruzar el espejo... volver de nuevo al cuarto y... ¡con eso se acabarían mis aventuras!

Por lo tanto, con la mayor determinación dio la espalda a la

casa e intentó nuevamente alejarse por el sendero, decidida a continuar en esa dirección hasta llegar a la colina. Todo parecía estar saliéndole bien y estaba precisamente diciéndose «esta vez sí que lo logro» cuando el camino se desvió de pronto, con una sacudida, como lo describió Alicia más tarde. En ese momento se encontró otra vez caminando derecho hacia la puerta.

—¡Qué aburrimiento! —exclamó—. ¡Nunca he visto en toda mi vida una casa que estorbara tanto el camino de una! ¡Qué fastidioso!

Y ahí estaba la colina, a plena vista de Alicia, de forma que no podía hacer otra cosa que empezar de nuevo. El camino la llevó esta vez hacia un gran macizo de flores, rodeado de margaritas, con un guayabo plantado en medio.

—¡Oh, lirio irisado! —dijo Alicia, hablándole a una flor de esa especie que se mecía dulcemente con la brisa—. ¡Ojalá pudieses hablar!

—¡Claro que podemos hablar! —comenzó a decir el lirio—, pero sólo lo hacemos cuando hay alguien con quien valga la pena conversar.

Tan atónita se quedó Alicia que no pudo pronunciar ni una palabra durante un rato: la sorpresa la dejó sin habla. Al fin, viendo que el lirio sólo continuaba meciéndose suavemente, se decidió a preguntarle con su voz más tímida, casi susurrando:

—¿Y las demás flores pueden hablar también?

—Hablan tan bien como tú —replicó el iris—, y desde luego bastante más alto.

—No nos corresponde a nosotras hablar primero, por cortesía, ¿no es verdad? —dijo la rosa—, pero ya me estaba yo preguntando cuándo ibas a hablar de una vez, pues me decía: «Por la cara que tiene, esta chica no debe de ser tonta, aunque no parezca tampoco muy inteligente». De todas maneras, tienes el color adecuado y eso es, después de todo, lo que más importa.

—A mí me tiene sin cuidado el color que tenga —observó el lirio—. Pero es una lástima que no tenga los pétalos un poco más ondulados, porque le quedaría mucho mejor.

A Alicia ya la estaba cansando que la criticaran tanto, de forma que se puso a preguntarles cosas:

—¿No les da miedo estar plantadas aquí solas sin nadie que las cuide?

—Ese árbol está ahí en el medio para cuidarnos —señaló la rosa—. ¿De qué serviría si no?

—Pero ¿qué podría hacer el árbol en una situación de peligro? —continuó preguntando Alicia.

—Podría ladrar —contestó la rosa.

—¡Ladra como un perro «guau, guau»! —exclamó una margarita—. Por eso lo llaman «guayabo».

—¡¿No estabas enterada de eso?! —exclamó otra margarita, y empezaron todas a gritar a la vez, hasta que se armó un bullicio ensordecedor de vocecitas agudas.

—¡Cállense todas! —les gritó el lirio irisado, cabeceando apasionadamente de un lado para otro y temblando—. ¡No puedo alcanzarlas! —Jadeó muy alterado, mientras inclinaba su cabeza hacia Alicia. —Si no, ¡ya verían lo que es bueno!

—Por favor, no te irrites —le dijo Alicia de manera conciliadora, para tranquilizarlo.

Se inclinó sobre las margaritas, que comenzaban a gritar otra vez y les dijo en voz baja:

—¡Si no se callan de una vez, las voy a arrancar a todas!

De inmediato se hizo silencio y algunas de las margaritas rosadas se pusieron pálidas.

—¡Bien! ¡Así me gusta! —aprobó el lirio—. ¡Esas margaritas son las peores! ¡Cuando uno se pone a hablar, empiezan a gritar a la vez de una forma tal que es como para marchitarse!

—¿Y cómo es que hablan todas de un modo tan encantador?

—preguntó Alicia, esperando poner al lirio de buen humor con el halago—. He estado en muchos jardines antes de éste, pero en ninguno en que las flores supiesen hablar.

—Si colocas la palma de la mano sobre el lecho de tierra de nuestro macizo —le ordenó el lirio—, comprenderás por qué.

Alicia lo hizo.

—La tierra de este lecho es muy dura —comentó—, pero aun así no veo qué tiene que ver eso.

—En la mayor parte de los jardines —explicó el lirio—, los lechos de tierra son tan blanditos... eso hace que a las flores les dé modorra.

A Alicia le pareció una razón excelente y se quedó muy feliz de conocerla.

—¡En verdad nunca lo habría pensado! —comentó, admirada.

—Yo creo que tú nunca has pensado en nada —sentenció la rosa severamente.

—Y yo nunca vi a nadie que tuviera un aspecto más estúpido —dijo una violeta de una manera tan repentina que Alicia dio un respingo. La violeta hasta ese momento no había dicho ni una palabra.

—¡Cállense! —gritó el lirio irisado—. ¡Cómo si tú vieras a alguien! Con la cabeza siempre tan disimulada entre las hojas, ¡estás siempre roncando y ni te enteras de lo que pasa en el mundo, como si fueras un capullo!

—¿Es que hay alguna otra persona en el jardín, de casualidad? —preguntó Alicia, simulando que no se daba por enterada del comentario de la rosa.

—Sí, hay otra flor que se mueve por el jardín como tú —le contestó ésta—. Me pregunto cómo se las arreglan.

—Siempre te estás preguntando algo —rezongó el lirio irisado.

La violeta siguió hablando:

—Pero tiene una corola más tupida que la tuya.

—¿Es parecida a mí? —preguntó Alicia con mucho entusiasmo, pues le pasaba por la mente la idea de que ¡a lo mejor hubiera otra niña como ella en aquel jardín!

—Bueno, la otra tiene un cuerpo tan mal hecho como el tuyo —explicó la rosa—, pero es más encarnada... y con pétalos algo más cortos, me parece...

—Es que los tiene bien recogidos, como los de una dalia —añadió el lirio irisado—; no caen desordenadamente, como los tuyos.

—Claro que ya sabemos que no es por culpa tuya —intervino generosamente la rosa—. Se ve que te estás empezando a ajar y cuando eso pasa, ya se sabe, no se puede evitar que los pétalos se le empiecen a desordenar a una un poco.

A Alicia no le gustaba nada esa idea de ajarse. Para cambiar el tema de la conversación continuó preguntando:

—¿Viene por aquí alguna vez?

—Estoy segura de que la verás muy pronto —le aseguró la rosa—. Es de esa clase que lleva nueve puntas, ya sabes.

—¿Y dónde las lleva? —preguntó Alicia con curiosidad.

—Alrededor de la cabeza, naturalmente —contestó la rosa—. Me estaba preguntando precisamente por qué será que no tienes tú unas cuantas también. Creía que así es como debía ser por regla general.

—¡Allá viene! —gritó una espuela de caballero—. Oigo sus pasos, pum, pum, avanzando por el sendero.

Alicia miró a su alrededor y se encontró con que era la Reina roja.

—¡Cómo ha crecido! —fue su primera observación; pues, en efecto, cuando Alicia la vio por primera vez entre las cenizas de la chimenea no tendría más que ocho centímetros de altura... ¡y ahora estaba aquí con media cabeza más que la misma Alicia!

—Eso es gracias al aire fresco —explicó la rosa—, a este aire maravilloso que tenemos aquí afuera.

—Iré a su encuentro —dijo Alicia, porque aunque las flores eran ciertamente interesantes, le pareció que le resultaría mejor conversar con una auténtica reina.

—Así no vas a lograrlo jamás —le indicó la rosa—. Si me consultaras a mí, te aconsejaría que intentases caminar en dirección contraria.

Alicia pensó que era una verdadera tontería, de forma que sin dignarse a responder nada se dirigió al instante hacia la Reina. Para su sorpresa, apenas lo hizo, la perdió de vista inmediatamente. De pronto se encontró caminando otra vez en dirección a la puerta de la casa.

Irritada, fue al revés, desandando el camino ya recorrido, y después de buscar a la Reina por todas partes acabó viéndola a buena distancia de ella. Entonces, pensó que esta vez intentaría seguir el consejo de la rosa y caminaría en dirección contraria.

Le dio un resultado excelente, pues apenas intentó alejarse durante un minuto, se encontró cara a cara con la Reina roja. Tenía a la vista esa colina que tanto había deseado alcanzar.

—¿De dónde vienes? —le preguntó la Reina— y ¿adónde vas? Mírame a los ojos, habla con buen criterio y no te pongas a juguetear con los dedos.

Alicia obedeció y le explicó lo mejor que pudo que había perdido su camino y se había extraviado.

—Pues no entiendo qué quieres decir con eso de tu camino —contestó la Reina—, porque todos los caminos de esta zona me pertenecen a mí...; pero, en todo caso —añadió con tono más amable—, ¿qué es lo que te ha traído aquí? Y haz el favor de hacerme una reverencia mientras piensas lo que vas a contestar. De ese modo ganas tiempo para pensar.

Alicia se quedó algo intrigada por estas palabras, pero estaba demasiado impresionada por la Reina como para atreverse a discutirle.

«Cuando vuelva a casa», pensó, «voy a probar con esto a ver qué resultado me da la próxima vez que llegue tarde a cenar.»

—Contesta a mi pregunta —declaró la Reina roja mirando su reloj—. Abre bien la boca cuando hables. Debes dirigirte a mí diciendo siempre «Su Majestad».

—Sólo quería ver cómo era este jardín, Su Majestad...

—¡Muy bien! ¡Así me gusta! —declaró la Reina dándole a Alicia unas cuantas palmaditas en la cabeza, que a la niña no le gustaron nada—, aunque cuando te oigo llamar a esto «jardín»... ¡He visto jardines tan bellos que, en comparación, éste parece un terreno baldío!

Alicia no se atrevió a discutir esta afirmación de la Reina, sino que siguió explicando:

—... yo creí que valdría la pena subir por este camino, para llegar a la cumbre de aquella colina...

—Cada vez que te oigo llamar «colina» a aquello... ¡Yo podría mostrarte montes tan altos que en comparación esa colina sólo parecería un valle!

—No lo creo —dijo Alicia, sorprendida de estar contradiciendo a la Reina—. Una colina no puede ser un valle, por muy pequeña que sea la colina; eso sería un disparate...

La Reina roja negó con la cabeza.

—Si quieres, puedes considerarlo un disparate —dijo—, ¡pero yo te digo que conozco disparates tan disparatados que, al lado de ellos, éste tendría mucho sentido, mucho más sentido que todo un diccionario!

Esta vez Alicia le hizo otra reverencia. El tono con que había hablado le hizo temer que estuviese un poquito ofendida. Así, siguieron caminando juntas en silencio hasta que llegaron a la cumbre del pequeño monte.

Durante un rato Alicia permaneció allí sin decir ni una sola palabra, mirando el campo en todas direcciones...

¡Qué campo tan extraño era aquél! Estaba atravesado por una serie de diminutos arroyos en línea recta de lado a lado. Las franjas de terreno que quedaban entre ellos estaban divididas a cuadros por unos pequeños arbustos vivos que iban de una orilla a la otra.

—¡Esto está todo trazado como si fuera un enorme tablero de ajedrez! —dijo Alicia al fin—. Seguro que debe de haber algunos hombres moviéndose por algún lado... ¡Oh! ¡Ahí están! —añadió muy contenta, y el corazón empezó a latirle con fuerza a medida que iba dándose cuenta de todo—. ¡Están jugando un gran partido de ajedrez! ¡El mundo entero está en un tablero!..., bueno, siempre que estemos realmente en el mundo, por supuesto. ¡Qué divertido es todo esto! ¡Me gustaría estar jugando yo también! ¡Ni siquiera me molestaría ser un peón con tal de que me dejaran jugar...!, aunque claro que preferiría ser una reina.

Miró con cierta timidez a la verdadera Reina, pero su compañera sonrió amablemente y le contestó:

—No es difícil de solucionar. Si quieres, puedes ser el peón de la Reina blanca, porque su pequeña hija, Lirio, es demasiado pequeña para jugar. Tienes que empezar a jugar desde la segunda casilla; cuando llegues a la octava te convertirás en una Reina... —Pero precisamente en ese momento, sin saber muy bien cómo, empezaron a correr.

Cuando lo pensó después, Alicia nunca pudo explicarse cómo fue que comenzó aquella carrera; todo lo que recordaba era que corrían tomadas de la mano. La Reina corría de un modo tan veloz que eso era lo único que podía hacer Alicia para no separarse de ella. Aun así, la Reina no hacía más que tirar de ella gritándole: «¡Más rápido, más rápido!» Alicia sentía que simplemente no podía correr más rápido, no resistía más y hasta le faltaba el aliento para decírselo.

Lo más extraño de todo es que los árboles y otros objetos que estaban alrededor de ellas nunca cambiaban de lugar: por más rápido que corrieran, nunca conseguían pasar un solo objeto.

«¿Acaso será que todas las cosas se están moviendo con nosotras?», se preguntó Alicia, muy desconcertada.

Le pareció que la Reina podía leerle el pensamiento, pues le gritó:

—¡Vamos! ¡Más rápido! ¡No hables!

Y no es que Alicia tuviese deseos de intentarlo. Por el contrario, sentía que no podría hablar nunca más en toda su vida, de tan sin aliento que se sentía. Aun así la Reina seguía tironeándola:

—¡Más! ¡Más rápido! —le gritaba, y la arrastraba volando.

—¿Ya estamos por llegar? —se las arregló al fin Alicia para preguntar.

—¿Llegando? —repitió la Reina—. ¡Pero si ya lo dejamos atrás hace más de diez minutos! ¡Apúrate! —Y continuaron corriendo durante algún rato más, en silencio y a tal velocidad que el aire le silbaba a Alicia en los oídos. El aire parecía arrancarle todos los pelos de la cabeza, o así al menos le pareció a Alicia.

—¡Ahora, ahora! —gritó la Reina—. ¡Más rápido, más rápido!

Iban tan rápido que al final parecía como si estuviesen deslizándose por el aire, casi sin tocar el suelo con los pies. De pronto, cuando Alicia ya creía que no iba a poder más, pararon. Se encontró sentada en el suelo, mareada y casi sin poder respirar.

La Reina la apoyó contra el tronco de un árbol y le dijo amablemente:

—Puedes descansar un poco.

Alicia miró a su alrededor con gran sorpresa.

—¡No entiendo! ¡Si parece que hemos estado bajo este árbol todo el tiempo! ¡Todo está igual que antes!

—¡Claro que sí! —convino la Reina—. ¿Cómo sería, si no?

—Bueno, en mi país —aclaró Alicia, jadeando aún bastante—, cuando se corre tan rápido como lo hemos estado haciendo y durante algún tiempo, uno suele llegar a alguna otra parte...

—¡El tuyo debe de ser un país bastante lento! —replicó la Reina—. Aquí, como ves, hace falta correr todo lo que una pueda para permanecer en el mismo sitio. Si se quiere llegar a otra parte, hay que correr por lo menos dos veces más rápido.

—Gracias, pero no me gustaría intentarlo —rogó Alicia—; estoy muy a gusto aquí... sólo que tengo mucho calor y tengo tanta sed...

—¡Sé lo que necesitas! —declaró la Reina de buen humor, y extrajo una cajita del bolsillo—. ¿Quieres una galleta?

Alicia creyó que sería de muy mala educación decir que no, aunque no era en absoluto lo que hubiese querido en aquel momento. Aceptó el ofrecimiento y se comió la galleta tan bien como pudo. ¡Qué seca estaba! ¡Creía estar a punto de ahogarse, más que nunca en todos los días de su vida!

—Mientras tú te refrescas —continuó la Reina—, me dedicaré a señalar algunas distancias.

Sacó un centímetro del bolsillo y empezó a señalizar el terreno, colocando unos taquitos de madera, por aquí y por allá, como mojones.

—Cuando haya avanzado dos metros —dijo, colocando una marca para señalar esa distancia—, te daré las instrucciones que habrás de seguir... ¿Otra galleta?

—¡No, muchas gracias! —contestó Alicia—. Con una tengo más que suficiente.

—Ya se te fue la sed, entonces, ¿eh? —comentó la Reina.

Alicia no supo qué contestar a esto, pero afortunadamente no sintió que la Reina esperase de ella una contestación, pues continuó diciendo:

—A los tres metros, te las voy a repetir, para que no te las olvides. Cuando llegue al cuarto, te diré «adiós». Y me voy a marchar cuando haya pasado el quinto.

La Reina ya había colocado todas las marcas en su sitio. Con mucha atención Alicia vio cómo volvía al árbol y empezaba a caminar cuidadosamente por la hilera marcada.

Al llegar a la señal que marcaba los dos metros, se volvió y dijo:

—Cada peón puede avanzar dos casillas en su primer movimiento, ya sabes. Por lo tanto, irás muy de prisa a través de la tercera casilla... supongo que lo harás en tren... y te encontrarás en la cuarta antes de muy poco tiempo. Esa casilla es de Tweedledum y Tweedledee... En la quinta casilla casi no hay más que agua... La sexta pertenece a Humpty Dumpty... pero ¿por qué no me dices nada?

—Es que... yo no sabía que tuviese que decir algo... por ahora... —dudó Alicia, avergonzada.

—Deberías haber dicho —la retó la Reina con tono bien severo—: «Pero ¡qué amable es usted en decirme todas estas cosas»... Bueno, voy a hacer como que me lo has dicho... La séptima casilla es toda ella un bosque... pero uno de los caballos te va a indicar qué camino seguir... y en la octava ¡seremos reinas todas juntas y todo serán festejos!

Alicia se incorporó, hizo una reverencia y se volvió a sentar.

Al llegar al mojón siguiente, la Reina se dio vuelta de nuevo y esta vez le dijo:

—Cuando no te acuerdes de alguna palabra en español, habla en francés... acuérdate bien de caminar con las puntas de los pies hacia afuera... y ¡no te olvides nunca de quién eres!

No esperó a que Alicia le hiciera otra reverencia, sino que caminó ligera hacia el próximo mojón, donde se volvió un momento para decirle «adiós». Después se apresuró a llegar hasta el último.

Nunca supo cómo había pasado, pero precisamente cuando la

Reina llegó al último mojón, desapareció. Alicia no supo si fue porque se había desvanecido en el aire o porque había corrido rápidamente dentro del bosque («Y ella sí que corre», pensó Alicia). No había manera de adivinarlo; pero lo cierto es que había desaparecido. Entonces, Alicia se acordó de que ahora era un peón y que pronto le llegaría el momento de avanzar.

Los insectos del espejo

Lo primero que tenía que hacer, por supuesto, era lograr una visión panorámica del país por donde iba a viajar. «Esto se va a parecer mucho a estudiar geografía», pensó Alicia mientras se ponía de puntas de pie, por si alcanzaba a ver algo más lejos. «Ríos principales... no hay ninguno. Las montañas más importantes... yo soy la única, pero no creo que me hayan dado un nombre. Principales poblaciones..., pero ¿qué son esos bichos que fabrican miel allá abajo? No pueden ser abejas... porque no creo que se pueda ver una abeja a tanta...» Permaneció así durante un rato, examinando a uno de esos bichos en silencio. Iba y venía entre las flores, introduciendo su hocico en ellas. «Parece una abeja común y corriente», pensó Alicia.

Sin embargo, era todo menos una abeja común y corriente: en realidad, era un elefante... Así lo pudo probar Alicia bien pronto y se quedó muda del asombro. «¡Y qué enorme tamaño el de esas flores!», fue lo siguiente que pensó. «Deben de ser como cabañas sin techo, colocadas sobre un tallo... y ¡qué cantidades de miel que tendrán dentro! Creo que voy a bajar allá y... pero no, tampoco hace falta que vaya ya mismo...», continuó pensando, conteniendo el impulso para no empezar a correr cuesta abajo, buscando una excusa para justificar sus temores. «No sería prudente aparecer así

entre esas bestias sin una buena rama para espantarlos... Además, ¡cómo me voy a reír cuando me pregunten si me gustó el paseo y les conteste "Ay, sí, lo pasé muy bien... (y aquí hizo ese gesto favorito que siempre hacía con la cabeza)... sólo que había tanto polvo y hacía un calor... y los elefantes se pusieron tan pesados!"»

—Mejor que baje por el otro lado —dijo después de pensarlo un rato—; ya tendré tiempo de visitar a los elefantes más tarde. Por cierto ¡tengo tantas ganas de llegar a la tercera casilla!

Con ese pretexto corrió cuesta abajo y cruzó de un salto el primero de los seis arroyos.

* * *

—¡A ver! ¡Muestren sus billetes, por favor! —gritó el inspector, asomando la cabeza por la ventanilla. Todo el mundo los mostraba: tenían más o menos el mismo tamaño que las personas y, desde luego, parecían ocupar todo el espacio dentro del vagón.

—¡A ver, niña! ¡Muéstrame tu billete! —insistió el inspector mirando enojado a Alicia. Y muchas otras voces dijeron todas a la vez: —¡Vamos, chica! ¡No lo hagas esperar, que su tiempo vale mil libras por minuto!

—Lamento decirle que no tengo ningún billete —se excusó Alicia con la voz alterada por el temor—: no había ninguna casilla donde vendieran billetes en el lugar de donde vengo.

Se reanudó el coro de voces:

—No había lugar para una casilla de billetes en el lugar de donde viene. ¡Y eso que la tierra allá vale mil libras los dos centímetros!

—¡No vengas con excusas! —dijo el inspector—. Le tendrías que haber comprado uno al conductor.

Y el coro de voces reanudó su estribillo:

—El conductor de la locomotora... ¡sólo el humo que echa vale mil libras la bocanada!

Alicia se dijo a sí misma: «Pues en ese caso no vale la pena decir nada». Esta vez las voces no corearon nada, puesto que no había hablado, pero con gran sorpresa de Alicia lo que sí hicieron fue pensar a coro (y espero que entiendan lo que eso quiere decir... pues he de confesar que lo que es yo, no lo sé). «Tanto mejor no decir nada. ¡Que el idioma está ya a mil libras la palabra!»

«A este paso, ¡estoy segura de que voy a estar soñando toda la noche con esas dichosas mil libras! ¡Vaya si lo sé!», pensó Alicia.

El inspector la había estado contemplando todo este tiempo, primero a través de un telescopio, luego por un microscopio y, por último, con unos gemelos de teatro. Para terminar, le dijo:

—Estás viajando en dirección contraria. —Y se fue, cerrando sin más la ventanilla.

—Una niña tan pequeña —sentenció un caballero que estaba sentado enfrente de Alicia (y que estaba todo él vestido de papel blanco)— debiera saber la dirección que lleva, ¡aunque no sepa su propio nombre!

Una cabra que estaba sentada al lado del caballero de blanco, cerró los ojos y dictaminó con voz altisonante:

—Debiera conocer el camino a la oficina de billetes, ¡aunque no sepa su abecedario!

Sentado al lado de la cabra iba un escarabajo (el vagón iba desde luego ocupado por unos pasajeros bastante extraños) y como parecía que la regla era la de que hablasen todos por turno, ahora a éste le tocó continuar diciendo:

—¡Tendrá que volver aquí facturada como equipaje!

Alicia no podía ver quién estaba sentado más allá del escarabajo, pero sí pudo oír cómo una voz ronca decía también algo:

—¡Cambio de máquina...! —Eso fue todo lo que pudo decir porque se le cortó la voz.

«Por ese modo de hablar no sé si decir que es un caballo ron-

co o un gallo», pensó Alicia. Y una vocecita ligera le dijo, muy cerca, al oído:

—Podrías si quisieras hacer un chiste con eso, algo así como «al caballo le ha salido un gallo».

Entonces, otra voz muy suave dijo en la lejanía:

—Ya saben, habrá que ponerle una etiqueta que diga: «Frágil, niña dentro; con cuidado».

Otras voces también intervinieron después («¡Cuánta gente parece haber en este vagón!», pensó Alicia) diciendo:

—Habrá que enviarla por correo, ya que lleva un traje estampado... habrá que mandarla por telégrafo... que arrastre ella misma el tren en lo que queda de camino... —Y así hasta el cansancio.

Sin embargo, el caballero empapelado de blanco se inclinó hacia ella y le susurró al oído:

—No hagas caso de lo que están diciendo, querida: te bastará con sacar un billete de retorno cada vez que el tren se detenga.

—¡Pues eso sí que no! —respondió Alicia con bastante impaciencia—. Nunca tuve ni la menor intención de hacer este viaje por tren... hasta hace sólo un momento yo estaba de lo más tranquila en un bosque... y ahora ¡cómo me gustaría poder volver ahí de nuevo!

—Podrías hacer un chiste con eso —volvió a insinuar esa vocecita que parecía tener tan cerca de sí—; algo así como «pudiera si gustase o gustaría si pudiese», ya sabes.

—¡Basta de fastidiar! —dijo Alicia, mirando para ver de dónde provenía la vocecita—. Si tienes tantas ganas de que haga un chiste, ¡por qué no lo haces tú misma!

La pequeña vocecita suspiró hondo. Estaba muy disgustada, evidentemente, y a Alicia le habría gustado decirle algo amable para consolarla. «Si sólo suspirara como todo el mundo...», pensó. Pero no, aquél había sido un suspiro tan maravillosamente imperceptible que no lo habría oído nunca si no estuviera tan cerca

de su oído. La consecuencia fue que le hizo muchas cosquillas y esto fue lo que la distrajo de pensar en el disgusto de la pobre y diminuta criatura.

—Sé que eres una persona amiga —continuó diciendo la vocecita—: una buena amiga mía y de hace mucho tiempo, además. Por eso sé que no me harás daño, aunque sea un insecto.

—¿Qué clase de insecto? —preguntó Alicia con cierta ansiedad. En realidad, lo que le preocupaba era si podía o no darle un pinchazo, sólo que le pareció que no sería de muy buena educación preguntárselo así directamente.

—¡Cómo! ¿Entonces a ti no...? —empezó a decir la vocecita, pero cualquiera que fuese su explicación, quedó ahogada por un fuerte silbato de la locomotora. En ese momento todo el mundo saltó alarmado de sus asientos y Alicia también con los demás.

El caballo, que había asomado la cabeza por la ventanilla, la volvió a meter tranquilamente y dijo:

—Es sólo un arroyo que tenemos que saltar.

Todo el mundo pareció quedar satisfecho con esta explicación, pero a Alicia no le gustaba nada la idea de que el tren se pusiese a dar saltos. «Aunque si así llegamos a la cuarta casilla, ¡creo que valdría la pena probarlo!», concluyó para sus adentros. Al momento siguiente sintió cómo el vagón se elevaba por los aires. Le dio tal susto que se agarró a lo que tuviera más cerca y dio la casualidad de que esto fue la barba de la cabra.

* * *

Sin embargo, la barba pareció disolverse en el aire al tocarla y Alicia se encontró sentada tranquilamente bajo un árbol... El mosquito (pues no era otra cosa el insecto con el que había estado hablando) se balanceaba sobre una rama encima de su cabeza y la abanicaba con sus alas.

Por cierto se trataba de un mosquito bien grande. «Tendrá el tamaño de una gallina», se dijo Alicia y pensó que, de todas formas, no se iba a poner nerviosa ahora, después de que había estado charlando con él durante largo rato como si nada.

—¿... entonces a ti no te gustan todos los insectos? —continuó su pregunta el mosquito, como si no hubiera pasado nada.

—Me encantan cuando pueden hablar —respondió Alicia—. En el lugar de donde yo vengo, no hay ninguno que hable.

—¿Cuáles son los insectos que te encantan —le preguntó el mosquito— en el país de donde vienes?

—A mí no me encanta ningún insecto —explicó Alicia—, porque me dan algo de miedo... al menos los grandes. Pero, en cambio, puedo decirte los nombres de algunos.

—Por supuesto que responderán por sus nombres —observó descuidadamente el mosquito.

—Nunca me lo ha parecido.

—Entonces, ¿de qué sirve que tengan nombres si no responden cuando los llaman?

—A ellos no les sirve de nada —explicó Alicia—, pero sí les sirve a las personas que les dan los nombres, supongo. Si no, ¿por qué tienen nombres las cosas?

—¡Vaya uno a saber! —replicó el mosquito—. Es más, te diré que en ese bosque, allá abajo, las cosas no tienen nombre. Sin embargo, adelante con esa lista de insectos, que estamos perdiendo el tiempo.

—Bueno, pues primero figuran los tábanos, que están siempre molestando a los caballos —reanudó Alicia, llevando la cuenta con los dedos.

—¡Perfecto! —la interrumpió el mosquito—. Pues allí, encaramado en medio de ese arbusto, verás a un tábano-de-caballitos-de-madera. También él está todo hecho de madera y se mueve por ahí balanceándose de rama en rama.

—¿De qué vive? —preguntó Alicia, con gran curiosidad.

—Pues de savia y aserrín —respondió el mosquito—. ¡Sigue con esa lista!

Alicia contempló al tábano-de-caballitos-de-madera con gran interés y decidió que seguramente lo acababan de repintar porque tenía un aspecto muy brillante y pegajoso; y entonces continuó:

—Luego, está la luciérnaga.

—Mira ahí, sobre esa rama encima de tu cabeza —señaló el mosquito— y verás una hermosa luciérnaga de postre. Su cuerpo está hecho de budín de pasas; sus alas, de hojas de acebo, y su cabeza es una gran pasa flameando al coñac.

—¿Y de qué vive? —preguntó Alicia, igual que antes.

—Pues de turrones y mazapán —respondió el mosquito—, y anida dentro de una caja de aguinaldos.

—Y luego está la mariposa —continuó Alicia, después de haber echado un buen vistazo al insecto de la flameante cabeza y de haberse preguntado: «¿Y no será por eso que a los insectos les gusta tanto volar hacia la llama de las velas...? ¿Por qué todos quieren convertirse en luciérnagas de postre?»

—Arrastrándose a tus pies —dijo el mosquito (y Alicia apartó los pies con cierta alarma)— podrás ver a una melindrosa meriendaposa o mariposa de meriendas. Tiene las alas hechas de finas rebanadas de pan con manteca, su cuerpo es de hojaldre y la cabeza es toda ella un terrón de azúcar.

—¿Y ésta de qué vive?

—De té muy clarito con crema.

A Alicia se le ocurrió una nueva dificultad:

—¿Y suponiendo que no pudiera encontrarlo? —insinuó.

—Entonces se moriría, naturalmente.

—Pero eso debe de sucederles muy a menudo —dijo Alicia, pensativa.

—Siempre les pasa —afirmó el mosquito.

Tras esto, Alicia se quedó callada durante un minuto o dos, pensando en todo. Mientras tanto, el mosquito se entretenía zumbando y dando vueltas y más vueltas alrededor de su cabeza. Por fin, volvió a posarse y observó:

—Supongo que no querrás perder tu nombre.

—De ninguna manera —se apresuró a contestar Alicia, no sin cierta ansiedad.

—Y sin embargo, ¿quién sabe? —continuó diciendo el mosquito, así como quien no le da importancia al asunto—. ¡Imagínate lo conveniente que te sería volver a casa sin nombre! Si, por ejemplo, tu niñera te quisiese llamar para que estudiaras la lección, no podría decir más que «¡Ven aquí...!», y allí se quedaría muda, porque no tendría ningún nombre con que llamarte. Entonces, claro está, no tendrías que hacerle ningún caso.

—¡Estoy segura de que eso no daría ningún resultado! —respondió Alicia—. ¡Mi niñera nunca me perdonaría una lección sólo por eso! Si no pudiese acordarse de mi nombre, me llamaría «señorita», como hacen los sirvientes.

—Bueno, pero entonces si dice «señorita» sin decir más, tú podrías decir que habías oído que «te la quita» y quedarte también sin lección. ¡Es un chiste! Me habría gustado que lo hubieses hecho tú.

—No sé por qué dices que te habría gustado que se me hubiera ocurrido a mí —replicó Alicia—; es un chiste muy malo.

Pero el mosquito sólo suspiró profundamente, mientras dos lagrimones le surcaban las mejillas.

—No debieras hacer esos chistes —le dijo Alicia— si te ponen tan triste.

Otra vez el mosquito dio uno de esos imperceptibles suspiros melancólicos y esta vez sí que pareció haberse consumido de tanto suspirar, pues cuando Alicia miró hacia arriba no pudo ver nada sobre la rama; y como se estaba enfriando de tanto estar sentada, se puso de pie y empezó a andar.

Muy pronto llegó a un campo abierto con un bosque al fondo: parecía mucho más oscuro y espeso que el anterior, y Alicia se sintió algo atemorizada de adentrarse en él. Pero, después de pensarlo, se sobrepuso y decidió continuar adelante: «Porque, desde luego, no voy a volverme atrás», decidió mentalmente; y además era la única manera de llegar a la octava casilla.

«Éste debe de ser el bosque», se dijo, preocupada, «en el que las cosas carecen de nombre. Me pregunto qué le sucederá al mío cuando entre en él. No me gustaría perderlo en absoluto... porque en ese caso tendrían que darme otro y estoy segura de que sería uno feísimo. Pero si así fuera, ¡lo divertido será buscar a la criatura a la que le hayan dado el mío! Sería igual que en esos anuncios de los diarios que pone la gente que pierde a sus perros... "Responde al nombre de 'Chispa'; lleva un collar de bronce..." ¡Qué gracioso sería llamar "Alicia" a todo lo que viera hasta que algo o alguien respondiera! Sólo que si supieran lo que es bueno, se cuidarían mucho de hacerlo.»

Estaba pensando de esta manera cuando llegó al lindero del bosque: tenía un aspecto muy fresco y sombreado.

—Bueno, al menos vale la pena —dijo mientras se adentraba bajo los árboles—, después de haber pasado tanto calor, entrar aquí en este... en este... ¿en este qué? —repetía bastante sorprendida de no poder acordarse de cómo se llamaba aquello—. Quiero decir, entrar en el... en el... bueno... vamos, ¡aquí dentro! —afirmó al fin, apoyándose con una mano sobre el tronco de un árbol—. ¿Cómo se llamará todo esto? Estoy empezando a pensar que no tiene ningún nombre... ¡Que no se llama de ninguna manera!

Se quedó parada ahí, pensando en silencio, y continuó súbitamente sus cavilaciones:

—Entonces, ¡esto ha sucedido de verdad, después de todo! Y ahora, ¿quién soy yo? ¡Claro que me acordaré! ¡Estoy decidida a ha-

cerlo! —Pero de nada le valía toda su determinación y todo lo que pudo decir, después de mucho hurgar en la memoria, fue: —L. ¡Estoy segura de que empieza con L!

En ese preciso momento un pequeño ciervo se acercó a donde estaba Alicia; se puso a mirarla con sus tiernos ojazos y no parecía estar asustado en absoluto.

—¡Ven! ¡Ven aquí! —lo llamó Alicia, alargando la mano e intentando acariciarlo; pero el cervato se espantó un poco, se apartó unos pasos y se la quedó mirando.

—¿Cómo te llamas tú? —le dijo al fin, y ¡qué voz más dulce que tenía!

«¡Cómo me gustaría saberlo!», pensó la pobre Alicia; pero tuvo que confesar, con cierta tristeza:

—No me llamo nada, por ahora.

—¡Piensa de nuevo! —insistió el cervato—, porque así no vale.

Alicia pensó, pero no se le ocurría nada.

—Por favor, ¿me querrías decir cómo te llamas tú? —rogó tímidamente—. Creo que eso me ayudaría a recordar.

—Te lo diré si vienes conmigo un poco más allá —le contestó el cervato— porque aquí no me puedo acordar.

Por lo tanto caminaron juntos por el bosque, Alicia abrazada tiernamente al cuello suave del cervato, hasta que llegaron a otro campo abierto; pero, justo al salir del bosque, el animalito dio un salto por el aire y se sacudió del brazo de Alicia.

—¡Soy un cervato! —gritó jubilosamente—, y tú... ¡Ay de mí! ¡Eres una criatura humana! —Una expresión de pavor le nubló los hermosos ojos marrones y al instante salió como una flecha.

Alicia se quedó mirando por donde huía, casi a punto de romper a llorar, tal era la pena que le había causado perder tan súbitamente a un compañero de viaje tan amoroso

—En todo caso —dijo—, al menos ya me acuerdo de cómo me llamo, y eso me consuela un poco: Alicia... Alicia... y ya no lo he

de olvidar. Y ahora, vamos a ver cuál de esos postes indicadores he de seguir, ¿por dónde habré de ir?

No era una cuestión demasiado difícil de resolver, pues sólo había un camino por el bosque y los dos postes señalaban, con los índices de sus dos manos indicadoras, en la misma dirección.

«Lo resolveré», se dijo Alicia, «cuando el camino se bifurque y señalen en direcciones distintas.»

Pero no parecía probable que aquello sucediera. Siguió adelante, andando y andando, durante un buen trecho y, sin embargo, cada vez que el camino se bifurcaba, siempre se encontraba con los mismos indicadores: los dos letreros apuntando en la misma dirección.

Uno decía: «A LA CASA DE TWEEDLEDUM» y el otro: «A LA CASA DE TWEEDLEDEE».

—Creo —dijo Alicia al fin— ¡que viven en la misma casa! ¿Cómo no se me ocurrió antes?... Bueno, no tengo tiempo para entretenerme; pasaré por ahí sólo un momento, el tiempo justo para saludarlos. Voy a rogarles que me indiquen el camino para salir del bosque. ¡Si pudiera llegar a la octava casilla antes de que anochezca! —Continuó hablando consigo misma, hasta que al girar en un recodo del camino, se tropezó con dos hombrecitos gordos, pero tan de repente que no pudo reprimir un gritito de sorpresa. Se recuperó de inmediato; estaba segura de que ambos personajes eran, por supuesto...

Tweedledum y Tweedledee

Los dos estaban parados bajo un árbol, con el brazo de uno por encima del hombro del otro. Alicia pudo notar de inmediato quién era quién porque uno de ellos llevaba bordado sobre el cuello «DUM» y el otro «DEE». «Supongo que ambos llevarán bordado "TWEEDLE" por la parte de atrás», se dijo Alicia.

Se encontraban ahí tan quietos que Alicia se olvidó de que estaban vivos y ya iba a dar una vuelta alrededor de ellos para ver si llevaban las letras «TWEEDLE» bordadas por la parte de atrás del cuello cuando se sobresaltó al oír una voz que provenía del que estaba señalado como «DUM».

—Si supones que somos unas figuras de cera —dijo—, deberías pagar la entrada, ya lo sabes. Las figuras de cera no se miran gratis. ¡De ninguna manera!

—¡Y por el contrario! —intervino el que estaba marcado como «DEE»—. Si crees que estamos vivos, ¡deberías hablarnos!

—Lo siento mucho de verdad, estoy apenada —fue todo lo que pudo decir Alicia, pues la letra de una vieja canción sonaba en su mente con la insistencia del tictac de un reloj, de modo que no pudo evitar repetirla en voz alta.

Tweedledum y Tweedledee
decidieron batirse en duelo;
porque Tweedledum dijo que Tweedledee
le había estropeado
su sonajero nuevo.

Entonces, llegó volando
un monstruoso cuervo, tan negro
como un barril de alquitrán;
¡y asustó tanto a nuestros héroes
que se olvidaron de todos sus duelos!

—Sé lo que estás pensando —dijo Tweedledum—, pero no es como tú crees. ¡De ninguna manera!

—¡Por el contrario! —continuó Tweedledee—. Si fue así, entonces, lo sería; y si así fuera, lo sería; pero como no fue así, tampoco lo es asá. ¡Es lógico!

—Me preguntaba —dijo Alicia muy amablemente— cuál sería la mejor manera de salir de este bosque: se está poniendo muy oscuro. ¿Me indicarían cuál es el camino?

Pero los dos gorditos tan sólo se miraron, sonriendo con un poco de malicia.

Eran tan parecidos a dos colegiales grandotes que Alicia se encontró de golpe señalando con el dedo a Tweedledum y llamándolo:

—¡Alumno número uno!

—¡De ninguna manera! —se apresuró a gritar Tweedledum y cerró la boca con la misma brusquedad.

—¡Alumno número dos! —continuó Alicia, señalando esta vez a Tweedledee. Estaba convencida de que iba a responderle en seguida gritando «¡Por el contrario!». Y así fue como en efecto sucedió.

—¡Empezaste todo muy mal! —exclamó Tweedledum—. Lo

primero que se hace en una visita es saludarse con un «Hola, ¿qué tal?» y luego ¡un buen apretón de manos! —Y diciendo esto los dos hermanos se dieron un fuerte abrazo y extendieron luego sendas manos libres para que Alicia se las estrechara.

Ella no se atrevía a darle la mano a ninguno de los dos en primer lugar, por miedo de herir los sentimientos del otro; entonces, pensando cuál era la mejor salida, tomó ambas manos a la vez con las dos suyas: de inmediato se encontraron los tres bailando en corro. Esto le pareció a Alicia de lo más natural (según recordaría más tarde). No le sorprendió nada oír un poco de música; parecía que provenía de algún lugar dentro del árbol bajo el cual estaban danzando y (por lo que pudo entrever) daba la sensación de que la estaban tocando sus mismas ramas. Se frotaban unas contra las otras como si fueran arcos y violines.

—¡Fue divertido —solía decir Alicia cuando le contaba luego a su hermana toda esta historia— encontrarme de pronto cantando a coro «que llueva, que llueva, la vieja está en la cueva»! No sabía exactamente cuándo habíamos empezado a hacerlo, pero me sentía como si lo hubiese estado cantando durante mucho, mucho tiempo.

Los otros dos bailarines eran gordos y pronto se quedaron sin aliento.

—Cuatro vueltas son suficientes para esta danza —jadeó trabajosamente Tweedledum; y dejaron de bailar tan de golpe como habían empezado. Se interrumpió la música al mismo tiempo.

Los dos soltaron, entonces, las manos de Alicia y se quedaron mirándola un minuto: se produjo una pausa un tanto incómoda, pues Alicia no sabía cómo iniciar una conversación con unas personas con las que acababa de estar bailando.

«Éste sí que no es el momento de decir "Hola, ¿como estás?"», pensó. «Creo que ya hemos superado esta etapa.»

—Espero que no estén demasiado cansados —dijo Alicia al fin.

—¡De ningún modo! Pero mil gracias por tu interés —contestó Tweedledum.

—¡Muy agradecido! —añadió Tweedledee—. ¿Te gusta la poesía?

—Sí, bastante... algunos poemas —respondió Alicia sin mucha convicción—. ¿Querrían decirme qué camino tengo que tomar para salir del bosque?

—¿Qué te parece que le recite?— preguntó Tweedledee volviéndose hacia Tweedledum con una cara muy seria y sin hacer el menor caso a la pregunta de Alicia.

—«La morsa y el carpintero», que es lo más largo que sabes —le contestó Tweedledum, dando a su hermano un tierno abrazo.

Tweedledee comenzó en el acto:

¡El sol brillaba...!

Alicia se atrevió a interrumpirlo:

—Si va a ser muy largo —dijo tan cortésmente como pudo—, ¿no querrán decirme primero por qué camino...?

Tweedledee sonrió amablemente y empezó de nuevo:

¡El sol brillaba sobre la mar!
Con el brillo implacable de sus rayos
hacía de todo para aplanar
las ondas y dejarlas lisas y suaves;
y sin embargo, aquello era bien extraño
porque era ya más de medianoche.

La luna colgaba con desgano
pues pensaba que el sol
no tenía por qué estar ahí
una vez que el día había acabado...

«¡Qué grosero de su parte!», decía con un mohín.
¡Venir ahora a estropearnos todo!

El mar no podía estar más húmedo
ni más secas las arenas de la playa;
no había ni una nube en el cielo
porque, de hecho, no había ninguna;
tampoco cruzaba el cielo un solo pájaro
porque, en efecto, no quedaba ninguno.

La morsa y el carpintero
paseaban tomados de la mano:
lloraban como locos de la pena
de ver tanta y tanta arena.
«¡Si al menos la barrieran un poco,
qué maravillosa sería la playa!»

«Si siete criadas con siete escobas
la barrieran durante medio año,
¿te parece», indagó la morsa atenta,
«que lo dejarían todo bien liso y limpio?»
«Lo dudo», confesó el carpintero,
y dejó caer una amarga lágrima.

«¡Ostras, oh, ostras! ¡Vengan a pasear con nosotros!»,
pidió muy amable, la morsa.
Un agradable paseo, una charla tranquila
por esta playa salobre:
pero que no vengan más de cuatro
porque no podríamos
llevar a más de la mano.

La ostra venerable le echó una mirada
pero no dijo ni una palabra.
La ostra principal le guiñó un ojo
y sacudió su pesada cabeza...
Eso quería decir que prefería
no dejar tan pronto su ostracismo.

Pero otras cuatro ostras jovencitas
se adelantaron ansiosas por aceptar la invitación:
muy limpios sus sacos y con sus caras bien lavadas,
sus zapatos pulidos y brillantes;
y esto sí que era bien extraño
porque las ostras no tienen patas.

Cuatro ostras más las siguieron
y aun otras cuatro más;
y en un tropel se fueron agregando
más y más... saltando
por entre la espuma de la rompiente
y se apresuraban a llegar a la playa.

La morsa y el carpintero
caminaron una milla, más o menos,
y luego reposaron sobre una roca
de conveniente altura;
las otras las aguardaban mientras tanto
formadas, expectantes, en fila.

«Llegó la hora», dijo la morsa,
«de que hablemos de muchas cosas:
de barcos... lacre... y zapatos;
de repollos... y de reyes.

De por qué el mar hierve tan caliente
y de si los cerdos vuelan.»

«¡Pero esperen un minuto!», gritaron las ostras.
«Y antes de charlar
dejen que recobremos un poco el aliento
porque algunas estamos muy gorditas.»
«¡No hay prisa!», concedió el carpintero,
y le agradecieron la pausa.

«Un pedazo de pan», dijo la morsa,
«es lo que más necesitamos:
pimienta y vinagre, además,
tampoco nos vendrán del todo mal...
y ahora, ¡prepárense, ostras queridas!,
que ya vamos a alimentarnos.»

«Pero ¡no con nosotras!», gritaron las ostras
poniéndose un poco moradas;
«¡que después de tanta amabilidad
eso sería una cosa muy cruel!»
«La noche es bella», admiró la morsa.
«¿No te impresiona el paisaje?»

«¡Han sido tan amables en venir!
¡Y qué ricas que son todas ustedes!»
Pocas palabras decía el carpintero, salvo:
«¡Córtame otra rebanada de pan!
Y ojalá no fueras tan sordo.
¡Ya lo he tenido que repetir dos veces!»

«¡Qué pena me da», exclamó la morsa,
«haberles jugado esta mala pasada!
¡Las trajimos de tan lejos
y trotaron tanto las pobres!»
Mas el carpintero sólo dijo:
«¡Le has untado demasiada manteca!»

«¡Lloro por ustedes!», gemía la morsa.
«¡Cuánta pena me dan!», seguía lamentando profundamente,
y entre lágrimas y sollozos
elegía las de mejor tamaño
y con un pañuelo
se secaba los lagrimones.

«¡Oh, ostras!», dijo el carpintero.
«¡Qué buen paseo les hemos brindado!
¿Les parece que volvamos a casita ahora?»
Pero nadie le respondió...
Y esto sí que no tenía nada de raro:
se las habían comido a todas.

—Prefiero a la morsa —comentó Alicia— porque al menos a ella le daban un poco de pena las pobres ostras.

—Sí, pero, sin embargo, comió más ostras que el carpintero —corrigió Tweedledee—; se tapaba con el pañuelo y se las iba engullendo sin que el carpintero pudiera contarlas, sino ¡por el contrario!

—¡Eso sí que está mal! —exclamó Alicia, indignada—. En ese caso, me gusta más el carpintero... siempre que no haya comido más ostras que la morsa.

—Pero se tragó todas las que pudo —opinó Tweedledum.

El dilema la dejó muy desconcertada. Después de una pausa, Alicia concluyó:

—¡Bueno! ¡Pues ambos eran unos personajes muy desagradables...! —Se contuvo, un poco alarmada al oír algo que sonaba como el jadeo de una gran locomotora en el interior del bosque que los rodeaba. Lo que Alicia verdaderamente temía es que se tratase de alguna bestia feroz. —Por casualidad, ¿hay leones o tigres por aquí cerca? —preguntó tímidamente.

—Es sólo el Rey rojo, que está roncando —explicó Tweedledee.

—¡Ven, vamos a verlo! —exclamaron los hermanos, y tomando cada uno una mano de Alicia, la condujeron a donde estaba el Rey.

—¿No es un espectáculo precioso? —dijo Tweedledum.

Alicia no podía asegurarlo sinceramente: el Rey llevaba puesto un gran gorro de dormir con una borla en la punta, y estaba enroscado, formando como un bulto desordenado; roncaba tan estrepitosamente que Tweedledum observó:

—Como si se le fuera a volar la cabeza a cada ronquido.

—Temo que se resfríe si sigue ahí acostado sobre la hierba húmeda —dijo Alicia, que era una niña muy prudente.

—Ahora está soñando —señaló Tweedledee—, ¿y con qué crees que está soñando?

—¡Vaya uno a saber! —replicó Alicia—. ¡Eso nadie podría saberlo!

—¡Claro que sí! ¡Te está soñando a ti! —exclamó Tweedledee batiendo palmas en aplauso de su triunfo—. Y si dejara de soñar contigo, ¿qué crees que te pasaría?

—Seguiría aquí tan tranquila, por supuesto —respondió Alicia.

—¡Ya! ¡Eso es lo que tú quisieras! —replicó Tweedledee con gran suficiencia—. ¡No estarías en ninguna parte! ¡Tú eres algo nada más que en su sueño!

—Si este Rey aquí se nos despertara —añadió Tweedledum—, tú te apagarías... ¡zas! ¡Como una vela!

—¡No es verdad! —exclamó Alicia, indignada—. Además, si

yo sólo fuera algo con lo que está soñando, ¡entonces, me gustaría saber qué son ustedes!

—¡Lo mismo! —dijo Tweedledum.

—¡Tú lo has dicho! ¡Lo mismo! —exclamó Tweedledee.

Gritaban tanto que Alicia no pudo contenerse y les dijo:

—¡Callen! Lo van a despertar si siguen haciendo tanto ruido.

—Habría que verlo; lo que es a ti de nada te serviría hablar de despertarlo —dijo Tweedledum— cuando no eres más que una de las cosas que hay en su sueño. Sabes muy bien que no eres real.

—¡Soy real! —insistió Alicia, y empezó a llorar.

—No vas a volverte más real porque llores—observó Tweedledee— y además no hay nada por qué llorar.

—Si yo no fuera real —continuó Alicia, medio riéndose a través de sus lágrimas, pues todo le resultaba tan ridículo—, no podría llorar como lo estoy haciendo.

—Pues, ¡no supondrás que esas lágrimas son de verdad! —interrumpió Tweedledum con tono de desprecio.

—Sé que están diciendo tonterías —razonó Alicia—, así que es una tontería llorar por todo esto. —De forma que se secó las lágrimas y continuó hablando con el tono más alegre y despreocupado que le fue posible: —En todo caso, será mejor que vaya saliendo del bosque, ya que está oscureciendo. ¿Piensan que va a llover?

Tweedledum abrió un gran paraguas y se metió debajo, con su hermano; mirando hacia arriba respondió:

—No lo creo... al menos, no parece que vaya a llover aquí dentro. ¡De ninguna manera!

—Pero ¿puede ser que llueva afuera?

—Puede... si así se le antoja... —dijo Tweedledee—. Por nuestra parte, no hay problema... ¡Por el contrario!

«¡Qué gente más egoísta!», pensó Alicia, y estaba ya a punto de

darles unas «buenas noches» muy secas y dejarlos cuando Tweedledum saltó de donde estaba bajo el paraguas y la agarró con fuerza por la muñeca.

—¡¿Ves eso?! —le preguntó con una voz ahogada por la furia y con unos ojos que se le pusieron más grandes y más amarillos por momentos, mientras señalaba con un dedo tembloroso un pequeño objeto blanco que yacía caído debajo de un árbol.

—Sólo es un cascabel —dijo Alicia después de examinarlo cuidadosamente—, ¡pero no vayas a creer que es una serpiente de cascabel! —añadió apresuradamente, pensando que a lo mejor era eso lo que lo excitaba tanto—. Es sólo un sonajero viejo... bastante viejo y roto.

—¡Yo lo sabía! ¡Lo sabía! —gritó Tweedledum y empezó a patalear y a tirarse del pelo—. ¡Está estropeado, por supuesto! —Y miró hacia donde estaba Tweedledee, quien de inmediato se sentó en el suelo y trató de ocultarse bajo el enorme paraguas.

Alicia puso su mano sobre el brazo de Tweedledum e intentó tranquilizarlo diciéndole:

—No deberías enojarte tanto sólo por un viejo sonajero.

—¡Pero no es viejo! —gritó Tweedledum más furioso todavía—. ¡Es nuevo, te digo que es nuevo! Lo compré ayer... ¡mi bonito SONAJERO NUEVO! —Y su tono de voz subió hasta convertirse en un auténtico grito.

Mientras tanto, Tweedledee había estado intentando plegar su paraguas, lo mejor que podía, con él adentro: esto era un intento tan extraordinario que logró que Alicia se distrajera y olvidara por un momento a su hermano enojado. Sin embargo, no lo logró del todo y acabó rodando por el suelo, enredado en su paraguas, del que sólo le quedaba la cabeza fuera: y ahí se quedó, abriendo y cerrando la boca, con los ojos grandes...

«Se parece más a un pez que a cualquier otra cosa», pensó Alicia.

—¡Naturalmente querrás que nos batamos a duelo! —dijo Tweedledum con un tono un poco más calmo.

—Supongo que sí —replicó el otro malhumorado, mientras salía del paraguas—, sólo que, ya sabes, ella tendrá que ayudarnos a vestirnos.

Entonces los dos hermanos entraron en el bosque y volvieron de allí al minuto con los brazos cargados de toda clase de cosas... tales como almohadas, almohadones, frazadas, alfombras, manteles, ollas, tapas de fuentes y baldes para poner carbón...

—Espero que tengas buena mano para prender con alfileres y sujetar con cuerdas —advirtió Tweedledee— porque vamos a ponernos todas estas cosas de la manera que sea.

Más tarde, Alicia comentaba que nunca había visto tanto alboroto como el que armaron aquellos dos por tan poca cosa... y la cantidad de objetos que se pusieron encima... y el trabajo que le dieron haciéndole atar sogas y prender botones... «Me parece que cuando terminen se van a parecer más a dos montones de ropa vieja que a cualquier otra cosa», se dijo Alicia, mientras se afanaba por enrollar un almohadón alrededor del cuello de Tweedledee, «para que no puedan cortarme la cabeza», según le dijo él.

—Bien sabes —añadió seriamente— que ésa es una de las peores cosas que le pueden ocurrir a uno en un duelo... que le corten a uno la cabeza.

Alicia se rio mucho, pero se las arregló para disimular las carcajadas con una tos por miedo a herir sus sentimientos.

—¿Estoy un poco pálido? —preguntó Tweedledum, acercándose para que le sostuviera el yelmo (lo llamaba «yelmo», aunque parecía más bien una cacerola...)

—Bueno... sí... un poco —le aseguró Alicia con amabilidad.

—Por lo general, soy una persona de mucho coraje —continuó Tweedledum en voz baja—: lo que ocurre es que hoy me duele la cabeza...

—Y yo ¡tengo un terrible dolor de muelas! —dijo Tweedledee que había oído el comentario—. Estoy mucho peor que tú.

—En ese caso, sería mucho mejor que no se peleen hoy —les propuso Alicia, pensando que tenía una buena oportunidad para reconciliarlos.

—Tenemos que batirnos a duelo hoy; pero no me importaría que no fuese por mucho tiempo —dijo Tweedledum—. ¿Qué hora es?

Tweedledee consultó su reloj y respondió:

—Son las cuatro y media.

—Combatamos hasta las seis y luego, ¡a cenar! —propuso Tweedledum.

—Muy bien —respondió el otro, un poco triste—, y ella, que presencie el duelo... sólo que no se acerque demasiado a mí —añadió—, porque cuando a mí se me sube la sangre a la cabeza..., ¡le pego a todo lo que veo!

—¡Y yo golpeo todo lo que se me cruza, lo vea o no lo vea! —gritó Tweedledee.

Alicia se sonrió.

—Bueno, si es así, apuesto a que le han pegado a todos estos árboles con mucha frecuencia.

Tweedledum miró alrededor con gran satisfacción.

—Creo que, cuando terminemos, ¡no quedará ni un solo árbol en pie por aquí!

—¡Y todo por un sonajero! —exclamó Alicia, que aún tenía esperanzas de que se avergonzaran un poco de pelearse tanto por una tontería.

—No me importaría tanto —se excusó Tweedledee— si no hubiera sido uno nuevo.

«¡Ojalá apareciera ahora el cuervo monstruoso!», pensó Alicia.

—Sólo tenemos una espada, ya sabes —le dijo Tweedledum a su hermano—, así que tú puedes usar el paraguas... es muy pun-

tiagudo y pincha igual de bien; sólo que mejor empecemos pronto porque está oscureciendo mucho.

—¡Y está tan negro! —convino Tweedledee.

Estaba oscureciendo con tanta rapidez que Alicia pensó que se estaba aproximando una tormenta.

—¡Qué nube tan negra y tan espesa! —dijo—. ¡Y qué rápidamente se está encapotando el cielo! Pero... ¿qué estoy viendo ahora? ¡Parece que esa nube tiene alas!

—¡Es el cuervo! —chilló Tweedledum, alarmado. En el acto los dos hermanos salieron disparados y desaparecieron en el bosque.

Alicia corrió un poco también y se detuvo bajo un gran árbol. «No creo que pueda encontrarme aquí», pensó, «ese cuervo es demasiado grande para poder penetrar entre estos árboles; pero quisiera que no aletease de esa manera... está levantando un huracán en el bosque... ¡Allí viene volando un mantón que se le habrá perdido a alguien!»

Agua y lana

Mientras pensaba esto, atrapó el mantón al vuelo; miró a su alrededor en busca de su dueña: al momento apareció la Reina blanca, corriendo desesperada por el bosque. Tenía los brazos abiertos en cruz, como si viniera volando; Alicia se acercó a ella muy amablemente para devolverle el mantón.

—Me alegro mucho de haber podido auxiliarla —dijo Alicia mientras la ayudaba a ponérselo de nuevo.

La Reina blanca sólo la miró con una extraña expresión, como si se sintiera asustada y desamparada. Y repitió en voz baja algo que sonaba como «pan y manteca, pan y manteca...». Alicia decidió que si no empezaba ella a decir algo, no lograría nunca entablar un diálogo.

Comenzó tímidamente, preguntándole:

—¿Tengo el honor de dirigirme a la Reina blanca?

—Si llamas a eso «dirigirse»... —respondió la Reina blanca—, no es en absoluto lo que yo entiendo por esa palabra.

Alicia pensó que no tendría ningún sentido ponerse a discutir precisamente cuando estaban empezando a hablar, de forma que sonrió y le dijo:

—Si Su Majestad quisiera indicarme por dónde empezar, lo intentaré lo mejor que pueda.

—¡Pero es que no deseo que lo hagas en absoluto!—gimió la pobre Reina—. ¡Me he estado dirigiendo todo el tiempo durante las dos últimas horas!

«Debería tener a alguien que la "dirigiera" un poco», pensó Alicia, pues estaba muy desarreglada.

«Lleva todo mal puesto», consideró Alicia, «y le sobran alfileres por todas partes.»

—¿Me permite acomodarle bien el mantón? —añadió en voz alta.

—¡No sé qué le pasa! —suspiró, melancólica, la Reina—. Debe de estar de mal humor. Lo he puesto con un alfiler por aquí y otro por allá, ¡pero no hay modo de que se quede quieto!

—No puede quedar derecho si lo sujeta sólo por un lado —le dijo Alicia mientras se lo iba acomodando con mucho cuidado— y, ¡Dios mío!, ¡en qué estado está su cabello!

—Se me enredó con el cepillo —explicó la Reina suspirando—, y el peine se me perdió ayer.

Alicia liberó el cepillo de la maraña de cabellos e hizo lo que pudo por arreglarle un poco el pelo.

—¡Vaya, ya tiene mucho mejor aspecto! —le dijo después de haberle cambiado de sitio la mayor parte de los alfileres—. ¡Usted necesitaría tener una doncella!

—Te tomaría con mucho gusto —aseguró la Reina—. A dos libras la semana y mermelada un día sí y otro no.

Alicia no pudo evitar reírse y le contestó:

—No quiero que me contrate... y no me gusta tanto la mermelada.

—Es una mermelada excelente —insistió la Reina.

—Bueno, de todos modos, hoy no tengo ganas.

—Hoy no podrías tenerla ni aunque quisieras —atajó la Reina—. La regla es: mermelada mañana y ayer... pero nunca hoy.

—Pero alguna vez tendrá que tocar «mermelada hoy» —objetó Alicia.

—No, no puede ser —refutó la Reina—. Tiene que ser mermelada un día sí y otro no. Hay mermelada todos los otros días y hoy nunca puede ser otro día, ¿no es cierto?

—No, no la comprendo —dijo Alicia—. ¡Qué lío me hice con todo eso!

—Eso es lo que sucede cuando se vive hacia atrás —le explicó la Reina amablemente—: al principio una se marea siempre un poco...

—¡Vivir hacia atrás! —repitió Alicia con gran asombro—. ¡Nunca oí una cosa semejante!

—... Tiene una gran ventaja y es que así la memoria trabaja en ambos sentidos.

—Estoy segura de que la mía no funciona más que en uno —observó Alicia—. No puedo acordarme de nada que no haya sucedido antes.

—Es una memoria pobre la que sólo funciona hacia atrás —censuró la Reina.

—¿Qué clase de cosas recuerda usted mejor? —se atrevió a preguntarle Alicia.

—¡De las cosas que sucedieron dentro de dos semanas! —replicó la Reina con la mayor naturalidad—. Por ejemplo —añadió, vendándose un dedo con un buen trozo de gasa—, ahí está el mensajero del Rey. Ahora está encerrado en la cárcel, cumpliendo su condena; pero el juicio no empezará hasta el próximo miércoles y, por supuesto, el crimen se cometerá al final.

—¿Y suponiendo que nunca cometa el crimen? —preguntó Alicia.

—Eso sería mucho mejor, ¿o no? —dijo la Reina sujetando con una cinta la venda que se había puesto en el dedo.

A Alicia le pareció que desde luego eso no se podía negar.

—Claro que sería mejor —dijo— pero, entonces, no sería mejor para él haber cumplido una condena.

—En eso te equivocas totalmente —le aseguró la Reina—. ¿Te han castigado a ti alguna vez?

—Nada importante. Sólo por travesuras —se excusó Alicia.

—¡Y estoy segura de que ese castigo fue lo mejor que te pudo ocurrir! —concluyó triunfante la Reina.

—Sí, pero yo sí había cometido las faltas por las que me castigaron —insistió Alicia—, y ésa es la diferencia.

—Si no las hubieses cometido —replicó la Reina—, eso te habría sentado mucho mejor aún. ¡Mucho mejor, muchísimo mejor! Pero es que ¡muchísimo mejor! —Cada vez que decía «mejor» se iba elevando más y más su tono de voz hasta que al final no se oía más que un gritito muy agudo.

Alicia iba a contestarle: «Debe de haber algún error en todo eso...» cuando la Reina empezó a dar unos alaridos tan fuertes que tuvo que dejar la frase sin terminar.

—¡Ay, ay, ay! —aullaba la Reina sacudiéndose la mano como si quisiera que se le soltara—. ¡Me sangra el dedo! ¡Ay, ay, ay, ay!

Sus alaridos se parecían tanto al silbato de una locomotora que Alicia tuvo que taparse los oídos con ambas manos.

—¿Qué es lo que le pasa? —le preguntó cuando encontró una ocasión para hacerse oír.— ¿Se ha pinchado un dedo?

—¡No me lo he pinchado todavía —gritó la Reina— pero me lo voy a pinchar muy pronto... ay, ay, ay!

—¿Y cuándo calcula que ocurrirá? —le preguntó Alicia sintiendo muchas ganas de echarse a reír a carcajadas.

—Cuando vuelva a sujetarme el mantón —gimió la pobre Reina—. El broche se me va a desprender de un momento a otro, ¡ay, ay! —Y no acababa de decirlo cuando el broche se le abrió de golpe y la Reina lo agarró con torpeza para abrocharlo de nuevo.

—¡Con cuidado! —le gritó Alicia—. ¡Lo está agarrando por el lado incorrecto! —Quiso ponérselo bien, pero era ya demasiado tarde: se había abierto el gancho y la Reina tenía ya el dedo pinchado con la aguja.

—Eso explica la sangre de antes —le dijo a Alicia con una sonrisa—. Ahora ya sabes cómo suceden las cosas por aquí.

—Pero ¿por qué no grita ahora? —le preguntó Alicia, preparándose para llevarse las manos otra vez a los oídos.

—¿Para qué? Ya me estuve quejando antes todo lo que quería —contestó la Reina—. ¿Qué ganaría con hacerlo ahora todo de nuevo?

Comenzaba a clarear.

—Me parece que el cuervo debe de haberse marchado volando a otra parte —dijo Alicia—. ¡Cuánto me alegro de que se haya ido! Pensé que se estaba haciendo de noche.

—¡Me gustaría a mí poder alegrarme así! —comentó la Reina—. Lo que pasa es que nunca me acuerdo de las reglas para conseguirlo. ¡Debes de ser muy feliz, viviendo aquí en este bosque y poniéndote contenta cada vez que quieres!

—¡Si no estuviera una tan sola aquí! —se quejó Alicia con voz melancólica; y al pensar en lo sola que estaba, rodaron por sus mejillas dos grandes lágrimas.

—¡No te pongas triste! —le gritó la pobre Reina, retorciéndose las manos de desesperación—. ¡Considera qué niña más excepcional eres! ¡Considera lo muy lejos que has llegado hoy! ¡Considera la hora que es! ¡Considera cualquier cosa, pero no llores!

Ante esto, Alicia no pudo evitar la risa, a pesar de sus lágrimas.

—¿Puede usted evitar el llanto considerando cosas? —le preguntó.

—Es la manera de lograrlo —aseguró la Reina con mucha decisión—: nadie puede hacer dos cosas a la vez, con que... Empecemos por considerar tu edad..., ¿cuántos años tienes?

—Siete años y medio, exactamente.

—No es necesario que digas «exactamente» —observó la Reina—: te creo igual. Y te diré a ti algo en qué creer: Yo acabo de cumplir ciento un años, cinco meses y un día.

—¡No lo puedo creer! —exclamó Alicia.

—¿Cómo que no lo puedes creer? —repitió la Reina con mucha pena—; prueba otra vez: respira hondo y cierra los ojos.

Alicia rio con ganas:

—No vale la pena intentarlo —dijo—. Nadie puede creer cosas que son imposibles.

—Resulta evidente que no has practicado mucho —replicó la Reina—. Cuando yo tenía tu edad, siempre lo hacía durante media hora cada día. ¡A veces llegué hasta creer en seis cosas imposibles antes del desayuno! ¡Allá va mi mantón otra vez!

Se le abrió el broche mientras hablaba y una ráfaga de viento le voló el mantón y se lo llevó más allá de un pequeño arroyo.

La Reina abrió nuevamente los brazos en cruz y salió volando tras él. Esta vez logró recobrarlo ella misma.

—¡Ya lo tengo! —exclamó con tono triunfal—. ¡Vas a ver ahora cómo me lo pongo y me lo sujeto otra vez, yo solita!

—Pues espero que se le haya curado el dedo aquel —contestó Alicia muy cortésmente mientras cruzaba ella también el arroyo tras la Reina.

* * *

—¡Ay, mucho mejor! —gritó la Reina y la voz se le iba elevando hasta convertirse en un gritito muy agudo, mientras continuaba diciendo: —¡Mucho mee-ejor! ¡Mee-jor! ¡Mee-ee-jor! ¡Mee...eeh! —La última palabra terminó en un auténtico balido, tan de oveja que Alicia se quedó muy sorprendida.

Miró a la Reina y le pareció como si de pronto se hubiera envuelto en lana. Alicia se frotó los ojos y volvió a mirarla. No podía explicarse lo que había sucedido. ¿Se encontraba acaso en una tienda? ¿Era aquello verdaderamente... era, de verdad, una oveja que estaba sentada al otro lado del mostrador? Por mucho que se frotara los ojos, ésa era la única explicación que podía dar a lo que estaba viendo: se encontraba dentro de una pequeña tienda, bastante oscura, con los codos sobre el mostrador y contemplando frente a sí a una vieja oveja sentada en una butaca. La oveja estaba tejiendo y levantando la vista de vez en cuando para mirarla a través de un par de anteojos inmensos.

—¿Qué es lo que quieres comprar? —le preguntó al fin la oveja, levantando la vista de su labor.

—No estoy del todo segura —le contestó Alicia amablemente—. Si me permite, me gustaría mirar antes todo a mi alrededor para ver lo que hay.

—Puedes mirar enfrente de ti, y también a ambos lados, si gustas —replicó la oveja—, pero no podrás mirar todo alrededor de ti... a menos que tengas un par de ojos en la nuca.

Como Alicia no tenía ninguno por ahí, tuvo que conformarse con dar unas vueltas, mirando lo que había en los estantes a medida que se iba acercando a ellos.

Esa tienda parecía llena de toda clase de curiosidades... pero lo más raro de todo es que cuando intentaba examinar detenidamente qué había en algún estante para ver de qué se trataba, estaba siempre vacío. Sin embargo, los estantes que estaban a su alrededor parecían estar atestados y desbordando de objetos.

—¡Cómo flotan las cosas aquí...! —se quejó al fin, después de haber intentado en vano perseguir durante un minuto a un objeto brillante y grande que parecía unas veces una muñeca y otras un costurero. En todo caso, ese objeto tenía la virtud de estar siempre en un estante más arriba del que estaba examinando—. Y ésta es desde luego la que peor de todas se porta..., pero ¡vas a ver! —añadió cuando se le ocurrió de pronto una idea—. La voy a seguir con

la mirada hasta que llegue al último estante y, luego, ¡qué sorpresa se va a llevar cuando tenga que pasar a través del techo!

Pero incluso ese plan le falló: la «cosa» pasó tranquilamente a través del techo, como si estuviera muy acostumbrada a hacerlo.

—¿Eres una niña o un trompo? —dijo la oveja mientras tomaba otro par de agujas—. Vas a marearme si sigues dando tantas vueltas por ahí. —Pero ya antes de terminar de hablar estaba tejiendo con catorce pares de agujas a la vez y Alicia no pudo evitar mirarla con curiosidad y asombro.

«¡¿Cómo puede tejer con tantas agujas a la vez?!», se preguntaba la niña, desconcertada. «Y a cada minuto saca más y más..., ¡ni que fuera un puercoespín!»

—¿Sabes remar? —le preguntó la oveja, alargándole un par de agujas de tejer mientras le hablaba.

—Sí, un poquito... pero nunca en tierra... ni con agujas de tejer... —empezó a excusarse Alicia cuando de pronto las agujas que tenía en las manos empezaban a convertirse en remos. Se encontró con que estaban las dos a bordo de un bote, deslizándose suavemente por la orilla del río, de modo que no le quedaba más remedio que remar lo mejor que podía.

—¡Horizontal! —gritó la oveja, tomando otro par de agujas.

A Alicia no le pareció que se le pidiera ninguna contestación. No dijo nada y empuñó los remos. Algo muy raro le sucedía al agua, pensó, pues de vez en cuando los remos se le quedaban agarrados en ella y a duras penas lograba sacarlos de allí.

—¡Horizontal, horizontal! —volvió a gritarle la oveja, tomando aún más agujas—. Si no, vas a pescar pronto un cangrejo.

«¡Un precioso cangrejito!», pensó Alicia, ilusionada. «Eso sí que me gustaría.»

—¿Es que no me oyes decir «horizontal»? —gritó enojada la oveja empuñando todo un manojo de agujas.

—Claro que sí —respondió Alicia—. Lo dijo muchas veces...

y además levantando mucho la voz. Por favor, ¿dónde están los cangrejos?

—¡En el agua, por supuesto! —contestó la oveja, metiéndose unas cuantas agujas en el pelo, pues ya no le cabían en las manos—. ¡Horizontal, te digo!

—¿Por qué me dice «horizontal» tantas veces? —preguntó Alicia, al fin, algo exasperada—. ¡No soy ningún pájaro para mantenerme horizontal en el aire!

—¡Sí lo eres! —le aseguró la oveja—: Eres una pequeña gansa.

Alicia se ofendió un poco, de manera que no contestó nada durante unos minutos. Mientras tanto, la barca seguía deslizándose suavemente por el agua, pasando a veces por entre bancos de algas que hacían que los remos se le quedaran trabados en el agua más que nunca. Otras veces bajo la sombra de los árboles de la ribera, pero siempre vigiladas desde arriba por las altas crestas de la ribera.

—¡Por favor! ¡Ahí veo unos juncos perfumados! —exclamó Alicia en un súbito arrebato de placer—. ¡De veras que lo son... y qué bonitos que están!

—No necesitas pedírmelos «por favor» —respondió la oveja sin tan siquiera levantar la vista de su labor—: no fui yo quien los puso ahí y no seré yo quien se los vaya a llevar.

—No, pero lo que quiero decir es que si por favor pudiéramos pararnos a recoger algunos —rogó Alicia—, si no le importa detener la barca durante un ratito.

—¿Cómo la voy a parar yo? —replicó la oveja—. Si dejas de remar, ella sola se va a parar.

Y así fue. La barca continuó flotando río abajo, arrastrada por la corriente; se deslizaba suavemente por entre los juncos, meciéndose sobre el agua. Y entonces Alicia tuvo que arremangarse con cuidado las mangas y hundir los brazos hasta el codo, para recoger los juncos bien desde abajo antes de arrancarlos... y du-

rante un rato Alicia se olvidó de todo, de la oveja y de su tejido, mientras se inclinaba, apoyada sobre el borde del bote, con las puntas de su pelo revuelto rozando apenas la superficie del agua... Con ojos brillantes de deseo iba recogiendo aquellos deliciosos juncos olorosos de a manojos.

«¡Que no vuelque la barca!», se dijo a sí misma. «¡Ay, qué hermoso que es aquél! Si sólo lo hubiera podido alcanzar...», y desde luego que era como para enojarse, porque le parecía que se lo estaban haciendo adrede... Aunque lograba arrancar algunos de los juncos más bonitos, mientras el bote se deslizaba entre ellos, siempre sentía que había uno más hermoso que ella no podía alcanzar.

—¡Los más bonitos están siempre más lejos! —dijo al fin, suspirando, ante la obstinación de aquellos juncos en crecer tan apartados. Incorporándose de nuevo sobre su banqueta, con las mejillas rojas y el agua goteándole del pelo y de las manos, empezó a ordenar esos tesoros que acababa de hallar.

¿Qué le importaba a ella que los juncos fragantes hubieran comenzado a marchitarse y a perder su perfume y su belleza no bien los recogiera? Si hasta los juncos olorosos de verdad, ya se sabe, no duran más que un poco... y estos que estaban amontonados a sus pies, como eran juncos soñados, iban desvaneciéndose y desapareciendo como si fuesen de nieve... Pero Alicia casi no se dio cuenta de esto, porque estaban pasando tantas otras cosas extrañas sobre las que tenía que pensar...

No habían avanzado mucho más cuando la pala de uno de los remos se quedó trabada en algo bajo el agua y no quería soltarse por nada (o así al menos lo explicaba Alicia más tarde). Por lo tanto, el puño del remo se le metió bajo el mentón. A pesar de que dio gritos entrecortados y agudos, «ay, ay, ay», Alicia se vio arrastrada inevitablemente fuera de su banqueta y arrojada al fondo, entre sus pilas de juncos.

Sin embargo, no se hizo ningún daño y pronto recuperó su lugar; la oveja había continuado tejiendo todo este tiempo, como si no hubiera pasado nada.

—¡Qué lindo cangrejo pescaste!, ¿eh? —observó, mientras Alicia volvía a sentarse en su banqueta, muy aliviada de ver que continuaba dentro del bote.

—¿Un cangrejo? ¿De veras?, yo no lo vi —dijo Alicia, examinando con cautela las aguas oscuras por encima de la borda—. Ojalá no se hubiese soltado... ¡Me gustaría tanto llevarme un cangrejito a casa!

La oveja sólo se rio con desprecio y continuó tejiendo.

—¿Hay muchos cangrejos por aquí? —le preguntó Alicia.

—Cangrejos y toda clase de cosas —replicó la oveja—. Hay un buen surtido; sólo tienes que elegir. ¡Vamos, decídete! ¿Qué es lo que quieres comprar?

—¡¿Comprar?! —repitió Alicia con una voz entre asombrada y asustada... pues los remos, el bote y el río habían desaparecido en un instante y estaban de nuevo en la pequeña y oscura tienda de antes.

—Me gustaría comprarle un huevo, por favor —dijo al fin con timidez—. ¿A cuánto los vende?

—A cinco libras y un penique el huevo... y a dos libras el par.

—¿Entonces dos cuestan más barato que uno? —preguntó Alicia, asombrada, sacando su monedero.

—Porque si compras dos huevos, tienes que comerte los dos —explicó la oveja.

—Bueno, en ese caso, me llevaré sólo uno, por favor —decidió Alicia, colocando el dinero sobre el mostrador; pues estuvo pensando: «Vaya una a saber si están todos buenos».

La oveja tomó el dinero y lo metió en una caja. Dijo luego:

—Nunca les doy a mis clientes nada con la mano... eso no estaría bien... Tienes que tomarlo tú misma. —Y con esto se fue ha-

cia el otro extremo de la tienda y colocó el huevo parado sobre un estante.

«¿Por qué no estaría bien que me lo entregara ella misma?», pensó Alicia, mientras avanzaba a tientas entre mesas y sillas, pues el fondo de la tienda estaba muy oscuro. «Ese huevo parece estar alejándose cuanto más camino hacia él y... ¿qué es esto? ¿Será una silla? Pero... ¿cómo? ¡Si tiene ramas! ¡Que extraño esto de encontrarse un árbol creciendo adentro! ¡Y también veo allí un pequeño riachuelo! Bueno, ésta es la tienda más extraña que haya visto en mi vida...»

Alicia continuó, sorprendiéndose cada vez más a medida que todos los objetos a los que se acercaba se iban convirtiendo en un árbol; y casi esperaba que le sucediera lo mismo al huevo.

Humpty Dumpty

Sin embargo, el huevo no hizo más que volverse cada vez más grande y más y más humano: en cuanto Alicia llegó a unos metros de donde estaba, pudo observar que tenía ojos, nariz y boca; y cuando se acercó totalmente vio con claridad que era nada menos que el mismo Humpty Dumpty. «¡No puede ser nadie más que él!», pensó Alicia. «¡Estoy tan segura como si llevara el nombre escrito en la cara!»

Tan enorme era aquella cara que con facilidad habría podido llevar su nombre escrito sobre ella cien veces. Humpty Dumpty estaba sentado con las piernas cruzadas, como un turco, en lo alto de una pared... pero era tan delgada esa pared que Alicia se asombró de que pudiese mantener el equilibrio sobre ella... y como tenía los ojos fijos, en dirección contraria a Alicia, y como él estaba ahí sin hacerle caso, pensó que, después de todo, no podía ser más que un muñeco.

—¡Pero parece la mismísima imagen de un huevo! —exclamó Alicia en voz alta, de pie delante de él y con los brazos preparados para tomarlo en el aire, porque estaba segura de que se iba a caer de un momento a otro.

—¡Es fastidioso... —dijo Humpty Dumpty después de un largo silencio y cuidando de mirar hacia otro lado mientras hablaba— ... que lo llamen a uno un huevo...! ¡Es muy ofensivo!

—Yo sólo dije, señor, que usted se parece a un huevo —explicó Alicia muy amablemente— y ya sabe usted que hay huevos que son muy bonitos —añadió con la esperanza de que sus palabras tan inconvenientes pudieran sonar incluso como un elogio.

—¡Hay cierta gente —sentenció Humpty Dumpty mirando hacia otro lado, como de costumbre — con tan poca sensatez como una criatura!

Alicia no supo qué contestar: no parecía en absoluto una conversación, pensó, pues no le estaba diciendo nada a ella; de hecho, este último comentario iba evidentemente dirigido a un árbol... así que se quedó donde estaba, y recitó suavemente para sí:

Humpty Dumpty
se sentó en una pared;
pero se cayó un día,
y sufrió una gran caída.
¡Todos los caballos y los hombres del Rey
ya nunca más pudieron
a Humpty Dumpty sobre su alta pared ponerlo otra vez!

—Ese último verso es demasiado largo para la rima —añadió, casi en voz alta, olvidándose de que Humpty Dumpty podía oírla.

—No te quedes ahí parloteando sola de esa manera —le recriminó Humpty Dumpty, mirándola por primera vez—; dime más bien cómo te llamas y cuál es tu profesión.

—Mi nombre es Alicia, pero...

—¡Qué nombre más estúpido! —interrumpió Humpty Dumpty con impaciencia—. ¿Qué es lo que quiere decir?

—¿Acaso un nombre tiene que significar necesariamente algo? —preguntó Alicia, nada convencida.

—¡Claro que sí! —replicó Humpty Dumpty soltando una risotada—. El mío significa la forma que tengo... y es una forma bien hermosa. Pero con ese nombre tuyo, ¡tú podrías tener cualquier forma!

—¿Por qué está usted sentado aquí fuera completamente solo? —dijo Alicia, que no quería meterse en discusiones.

—¡Pues porque no hay nadie que esté conmigo! —exclamó Humpty Dumpty—. ¿Te creíste acaso que no iba a saber cómo contestar a eso? Pregunta otra cosa.

—¿No le parece que estaría más seguro aquí abajo, con los pies sobre la tierra? —continuó Alicia, no para inventar otra adivinanza, sino porque estaba de verdad preocupada por la extraña criatura—. ¡Ese muro es tan estrecho!

—¡Qué adivinanzas tan tremendamente fáciles me estás proponiendo! —gruñó Humpty Dumpty—. Sabrás que si alguna vez me llegara a caer... lo que no podría en modo alguno suceder... pero en caso de que ocurriese... —y al llegar a este punto frunció la boca en un gesto tan pomposo y solemne que Alicia casi no podía contener la risa—. Suponiendo que yo llegara a caer —continuó—, pues el Rey me ha prometido..., ¡ah! ¡Puedes palidecer si quieres! ¿A que no esperabas que fuera a decir una cosa así, eh? Pues el Rey me ha prometido..., por su propia boca..., que..., que...

—Que enviará a todos sus caballos y a todos sus hombres —interrumpió Alicia, muy poco oportuna.

—¡Vaya! ¡Todo esto es demasiado! —gritó Humpty Dumpty súbitamente muy enfadado—. ¡Estuviste escuchando tras las puertas..., escondida detrás de los árboles..., por las chimeneas..., de otro modo no podrías saber eso!

—¡Claro que no hice nada de eso! —protestó Alicia, con suavidad—. Lo leí porque está escrito en un libro.

—¡Ah, bueno! Es muy posible que estas cosas estén escritas en algún libro —concedió Humpty Dumpty, ya bastante más tranquilo—. Es lo que se llama una Historia de Inglaterra, más bien. Ahora, ¡mírame! Contempla a alguien que ha hablado con un Rey:

yo mismo. Tal vez acaso nunca veas a otro como yo; y debes saber que a pesar de todo, no me volví un orgulloso. ¡Te permito incluso que me estreches la mano!

Se inclinó hacia adelante (y por poco no se cae del muro al hacerlo) para ofrecerle a Alicia su mano, con una sonrisa de oreja a oreja. Alicia le tomó la mano, pero observándolo todo con mucho cuidado:

«Si sonriera un poco más podría ocurrir que los lados de la boca se le unieran por detrás», pensó, «y entonces, ¡qué podría sucederle a la cabeza! ¡Temo que se le desprendería!»

—Sí, señor, todos los caballos y todos los hombres del Rey —continuó impertérrito Humpty Dumpty— me levantarían en un periquete y me traerían aquí de nuevo. ¡Así no más! Pero... esta conversación está yendo con demasiada rapidez: volvamos a lo penúltimo que dijimos.

—Temo que ya no puedo recordar exactamente de qué se trataba —señaló Alicia, muy cortésmente.

—En tal caso, cortemos por lo sano y empecemos de nuevo —dijo Humpty Dumpty—, y ahora me toca a mí elegir el tema... («Habla como si esto se tratase de un juego», pensó Alicia)..., así que tengo una pregunta para ti: ¿qué edad me dijiste que tenías?

Alicia hizo un cálculo y contestó:

—Siete años y seis meses.

—¡Mal! ¡Te equivocaste! —exclamó Humpty Dumpty, muy orgulloso—. ¡Nunca me dijiste nada semejante!

—Pensé que lo que usted quería decir era «¿qué edad tienes?» —explicó Alicia.

—Pues si hubiera querido decir eso, lo habría dicho —replicó Humpty Dumpty.

Alicia no quiso discutir de nuevo, de forma que no respondió nada.

—Siete años y seis meses... —repetía Humpty Dumpty, pensativo—. Una edad bien incómoda. Si quisieras seguir mi consejo, te diría «deja de crecer a los siete»... Pero ahora ya es demasiado tarde.

—Nunca se me había ocurrido pedir consejos sobre la manera de crecer —respondió Alicia, enojada.

—¿Eres muy orgullosa, no? —se interesó el otro.

Alicia se sintió aún más ofendida por este comentario.

—Quiero decir —replicó— que una no puede evitar crecer e ir haciéndose mayor.

—Acaso una no pueda —le respondió Humpty Dumpty—, pero dos ya podrán. Con la ayuda adecuada podrías haberte quedado para siempre en los siete años.

—¡Qué hermoso cinturón tiene usted puesto! —dijo Alicia de pronto (ya habían hablado más que suficientemente del tema de la edad; y además, si de verdad iban a turnarse para elegir temas, ahora le tocaba a ella)—. Digo más bien... —se corrigió pensándolo mejor— qué hermosa corbata, eso es lo que quise decir... no, un cinturón, me parece... ¡Ay, mil perdones: no sé lo que estoy diciendo! —añadió muy apurada al ver que a Humpty Dumpty le estaba dando un ataque irremediable de indignación, y empezó a desear que nunca hubiese elegido ese tema. «¡Si sólo supiera», concluyó para sí misma, «cuál es su cuello y cuál, su cintura!»

Humpty Dumpty estaba enojadísimo, aunque no dijo nada durante un minuto o dos. Pero cuando volvió a abrir la boca fue para lanzar un gruñido.

—¡Es... el colmo... —pudo decir al fin—es muy ofensivo esto de que la gente no sepa distinguir una corbata de un cinturón!

—Sé que es muy ignorante de mi parte —confesó Alicia con un tono de voz tan humilde que Humpty Dumpty se apiadó.

—Ésta es una corbata, niña; y muy bonita, como tú bien has dicho. Es un regalo del Rey y de la Reina. ¿Qué te parece eso?

—¿De veras? —dijo Alicia encantada de ver que había elegido, después de todo, un buen tema.

—Me la regalaron —continuó diciendo Humpty Dumpty muy serio, cruzando un pierna sobre la otra y luego ambas manos por encima de una rodilla—, me la dieron... como regalo de no cumpleaños.

—¿Cómo? —le preguntó Alicia muy intrigada.

—No estoy ofendido —le aseguró Humpty Dumpty.

—¿Pero qué es un regalo de no cumpleaños?

—Un regalo que se hace en un día que no es el del cumpleaños, naturalmente.

Alicia se quedó pensando un poco, pero al fin dijo:

—Prefiero los regalos de cumpleaños.

—¡No sabes de qué hablas! —gritó Humpty Dumpty—. A ver: ¿cuántos días tiene el año?

—Trescientos sesenta y cinco —respondió Alicia.

—¿Y cuántas veces al año cumples años tú?

—Una.

—Si le restas uno a esos trescientos sesenta y cinco días, ¿cuántos te quedan?

—Trescientos sesenta y cuatro, naturalmente.

Humpty Dumpty parecía dudar de este cálculo.

—Me gustaría ver eso por escrito —dijo.

Alicia comenzó a sonreír mientras sacaba su cuaderno de notas y escribía en él la cuenta en cuestión:

$$\begin{array}{r} 365 \\ -\ 1 \\ \hline 364 \end{array}$$

Humpty Dumpty miró el cuaderno y lo consideró con atención.

—Sí, me parece que está bien... —empezó a decir.

—Pero ¡si lo está leyendo al revés! —interrumpió Alicia.

—¡Es verdad! ¿Quién lo hubiera dicho? —admitió Humpty Dumpty jovialmente mientras Alicia daba vuelta el cuaderno—. Ya decía yo que tenía un aspecto algo raro. Pero en fin, como estaba diciendo, me parece que está bien hecha la resta... aunque, por supuesto no he tenido tiempo de examinarla debidamente... en todo caso, esta cuenta demuestra que hay trescientos sesenta y cuatro días para recibir regalos de no cumpleaños...

—Sin duda —asintió Alicia.

—¡Y sólo uno para regalos de cumpleaños! Ya ves, ¡la gloria es tuya!

—No sé qué es lo que quiere decir con eso de la «gloria» —observó Alicia.

Humpty Dumpty sonrió con desdén.

—Pues claro que no..., y no lo sabrás hasta que te lo diga yo. Quiere decir que «ahí te gané con un argumento bien aplastante».

—Pero «gloria» no significa «un argumento que deja bien aplastado» —objetó Alicia.

—Cuando yo uso una palabra —insistió Humpty Dumpty con un tono de voz más bien desdeñoso—, quiere decir lo que yo quiero que diga..., ni más ni menos.

—La cuestión —insistió Alicia— es si se puede hacer que las palabras signifiquen tantas cosas diferentes.

—La cuestión —zanjó Humpty Dumpty— es saber quién es el que manda..., eso es todo.

Alicia se quedó demasiado desconcertada con todo esto para decir nada, de modo que al instante Humpty Dumpty empezó a hablar de nuevo:

—Algunas palabras tienen su carácter... particularmente los verbos..., son los más engreídos..., con los adjetivos se puede hacer lo que se quiera, pero no con los verbos...; sin embargo, ¡yo

me las arreglo para manejarlos a todos! ¡Impenetrabilidad! Eso es lo que yo siempre digo.

—¿Podría decirme, por favor —rogó Alicia— qué es lo que significa eso?

—Recién ahora estás hablando como una niña razonable —aprobó Humpty Dumpty, muy orondo—. Cuando digo «impenetrabilidad», quiero decir que ya basta de hablar de este tema. Mejor es que me digas de una vez qué es lo que vas a hacer ahora, pues supongo que no te propones quedarte ahí parada el resto de tu vida.

—¡Es mucho significado para una sola palabra! —comentó pensativamente Alicia.

—Cuando hago que una palabra trabaje tanto como ésa —explicó Humpty Dumpty—, siempre le pago extra.

—¡Oh! —dijo Alicia. Estaba demasiado desconcertada con todo esto como para hacer otro comentario.

—¡Y deberías verlas cuando vienen a mi alrededor los sábados por la noche! —continuó Humpty Dumpty—. A buscar su paga, ya sabes...

(Alicia no se atrevió a preguntarle con qué les pagaba, de modo que no podría decírselo yo a ustedes.)

—Usted parece muy hábil en esto de explicar lo que significan las palabras, señor mío —dijo Alicia—, así que, ¿querría ser tan amable de explicarme el significado del poema titulado «Jabberwocky»?

—A ver, escuchémoslo —aceptó Humpty Dumpty—; soy capaz de explicar el significado de cuantos poemas se hayan inventado y también el de otros muchos que aún no se han inventado.

Esto sonaba muy prometedor, de modo que Alicia recitó la primera estrofa:

Brillaba, brumeando negro, el sol;
agiliscosos giroscaban los limazones
banerrando por las váparas lejanas;

mimosos se fruncían los borogobios
mientras el momio rantas murgiflaba.

—Es suficiente para empezar— interrumpió Humpty Dumpty—, pues ya tenemos ahí un montón de palabras difíciles: eso de que «brumeaba negro el sol» quiere decir que eran ya las cuatro de la tarde..., porque es cuando se encienden las brasas para asar la cena.

—Eso está muy bien —aprobó Alicia—, pero, ¿y lo de los «agiliscosos»?

—Verás, «agiliscosos» quiere decir «ágil y viscoso», ¿comprendes? Es como si se tratara de un sobretodo..., son dos significados que envuelven a la misma palabra.

—Ya comprendo —asintió Alicia, pensativamente—. Y ¿qué son los «limazones»?

—Los «limazones» son un poco como los tejones..., pero también se parecen un poco a los lagartos..., y también tienen un poco el aspecto de un sacacorchos...

—Deben de ser unas criaturas de apariencia muy curiosa.

—Desde luego —concedió Humpty Dumpty—, también hay que señalar que suelen hacer sus madrigueras bajo los relojes de sol..., y además que se alimentan de queso.

—Pero ¿qué es «giroscar» y «banerrar»?

—Pues «giroscar» es dar vueltas y más vueltas, como un giroscopio; y «banerrar» es andar haciendo agujeros como un barreno.

—La «vápara» será el césped que siempre hay alrededor de los relojes de sol, supongo —dijo Alicia, sorprendida de su propio ingenio.

—¡Claro que sí! Como sabes, se llama «vápara» porque el césped ese va para adelante en una dirección y va para atrás en la otra.

—Y también va para cada lado un buen trecho —añadió Alicia.

—Exacto. Así es. Bueno, los «borogobios» son una especie de pájaros desaliñados con las plumas erizadas por todas partes..., una

especie de estropajo viviente. Lo de se «fruncían mimosos» también puede decirse que estaban «fruncimosos», ya ves, otra palabra con sobretodo.

—¿Y el «momio» ese que «murgiflaba rantas»? —preguntó Alicia—. Me parece que le estoy causando muchas molestias con tanta pregunta.

—Bueno, las «rantas» son una especie de cerdo verde; pero con respecto a los «momios», no estoy seguro de lo que son: me parece que la palabra viene de «monseñor con insomnio», en fin, un verdadero momio.

—Pero, entonces, ¿qué quiere decir eso de que «murgiflaban»?

—«Murgiflar» es parecido a aullar y silbar a la vez, con una especie de estornudo en medio; quizá llegues a oír como lo hacen alguna vez en aquella floresta..., y cuando te haya tocado oírlo por fin, te bastará ciertamente con esa vez. ¿Quién te estuvo recitando esas cosas tan difíciles?

—Lo leí en un libro —explicó Alicia—. Pero también me han recitado otros poemas mucho más fáciles que ése; creo que fue Tweedledee... si no me equivoco.

—¡Ah! En lo que se refiere a poemas —dijo Humpty Dumpty, extendiendo elocuentemente una de sus grandes manos—, yo puedo recitar tan bien como cualquiera, si a eso vamos...

—¡Oh, no es necesario! —se apresuró a atajarlo Alicia, con la esperanza de impedir que empezara.

—Este poema que voy a recitar —continuó sin hacerle el menor caso— fue escrito especialmente para entretenerte.

A Alicia le pareció que en tal caso no tenía más remedio que escuchar, de modo que se sentó. Le dio unas «gracias» más bien resignadas.

En invierno, cuando los campos están blancos,
canto esta canción en tu honor...

—Pero no la canto —añadió a modo de explicación.

—Ya veo —dijo Alicia.

—Si eres capaz de ver si la estoy cantando o no, tienes más vista que la mayor parte de la gente —observó Humpty Dumpty con tono severo. Alicia se quedó callada.

En primavera,
cuando verdean los bosques,
me esforzaré por decirte lo que pienso.

—Muchas gracias —dijo Alicia.

En verano,
los días son largos
y, entonces, a lo mejor llegues a comprenderla.

En otoño,
las frondas lucen castañas,
y, entonces, tomarás pluma y papel para anotarla.

—Sí. Voy a hacerlo si todavía me acuerdo de la letra después de tanto tiempo —prometió Alicia.

—No necesitas hacer esos comentarios después de cada cosa que digo —se enojó Humpty Dumpty—; no tienen ningún sentido y me hacen perder el hilo...

Les mandé a los peces un recado:
«¡Que lo hicieran ya de una vez!»

Los pequeños pescaditos de la mar
me mandaron su respuesta a la par.

Esos pequeños pescados me decían:
«No podemos hacerlo, señor nuestro, porque...»

—Tengo miedo de no comprender nada —interrumpió Alicia.
—Después se hace más fácil —aseguró Humpty Dumpty.

Otra vez les mandé decir:
«¡Será mejor que obedezcan!»

Los pescaditos se sonrieron, descarados.
«Qué mal humor tienes hoy», me contestaron.

Lo dije una vez y lo dije otra vez.
Pero, nada, no atendían a ninguna de mis razones.

Entonces, tomé una caldera grande y nueva,
que era justo lo que necesitaba.

La llené de agua junto al pozo
y mi corazón latía de gozo.

Acercándoseme me dijo alguien:
«Los pescaditos ya están en cama».

Respondí con voz bien clara:
«¡Ve a despertarlos!»

Se lo dije bien fuerte y alto;
fui y se lo grité al oído...

Humpty Dumpty subió la voz hasta casi aullar y Alicia pensó con un ligero temblor: «¡No habría querido ser ese mensajero por nada del mundo!»

¡Qué tipo más vanidoso y engolado!
Me dijo: «¡No hace falta hablar tan alto!»

¡Sí que era necio ese badulaque!
«Iré a despertarlos», dijo, «siempre que...»

Con un sacacorchos que encontré en el estante
fui a despertarlos yo mismo al instante.

Me encontré con la puerta atrancada,
Entonces, tiré y empujé, a patadas.

Al ver que la puerta estaba cerrada,
intenté luego probar la aldaba...

Luego de esto siguió una larga pausa.
—¿Es todo? —preguntó tímidamente Alicia.
—Eso es todo —dijo Humpty Dumpty—. ¡Adiós!
Le pareció a Alicia un final un poco brusco; pero después de una indirecta tan directa como decirle «Adiós», concluyó que no sería de buena educación quedarse ahí por más tiempo. Entonces, se paró y le estrechó la mano.
—¡Adiós y hasta que volvamos a vernos! —le dijo de la manera más alegre que pudo.
—Es difícil que te pueda reconocer, aunque nos volviéramos a ver —replicó Humpty Dumpty con tono malhumorado, alargándole un dedo a Alicia para que se lo estrechara a modo de despedida—. Eres tan exactamente igual a todos los demás...

—En general, se la distingue a una por la cara —señaló Alicia pensativa.

—Precisamente es de lo que me quejo —rezongó Humpty Dumpty—. Tu cara es idéntica a la de los demás...; ahí, un par de ojos... (señalando su lugar en el aire con el pulgar), la nariz en el medio, la boca debajo. Todo es siempre igual. En cambio, si tuvieras los dos ojos del mismo lado de la cara, por ejemplo..., o la boca en la frente..., eso sí que sería diferente.

—Pero no quedaría bien —dijo Alicia.

Humpty Dumpty sólo cerró los ojos y respondió:

—Deberías probarlo antes de juzgar.

Alicia se quedó callada un minuto para ver si iba a hablar de nuevo; pero como no volvió a abrir los ojos ni le prestó la más mínima atención, le dijo un nuevo «adiós». Como no recibió ninguna contestación, se marchó de ahí sin decir más. No pudo evitar refunfuñar mientras se alejaba.

—¡De toda la gente insoportable... —y repitió esto en voz alta, pues la consolaba mucho poder pronunciar una palabra tan larga— de todos los insoportables que he conocido, éste es desde luego el peor! Y...

Nunca terminó la frase, porque en aquel momento algo muy pesado que cayó al suelo sacudió con su estrépito a todo el bosque.

El león y el unicornio

Al momento comenzaron a llegar soldados que venían corriendo desde todas partes del bosque, primero de a dos y de a tres, luego en grupos de diez y veinte. Finalmente, en tropas tan numerosas que parecían llenar el bosque entero. Alicia se escondió tras un árbol por miedo a que fueran a atropellarla y observó cómo pasaban.

Pensó que nunca había visto en toda su vida soldados de andar tan inseguro: constantemente se tropezaban con una cosa u otra de la manera más torpe, y cada vez que uno de ellos daba un traspié y rodaba por el suelo, muchos otros más caían sobre él, de modo que al poco rato todo el suelo estaba cubierto de pequeños montones de soldados.

Llegaron luego los caballos. Como tenían cuatro patas, se las arreglaban mejor que los soldados de infantería, pero también éstos tropezaban de vez en cuando y al parecer, por el resultado, había una regla bien establecida: cada vez que tropezaba un caballo, su jinete debía caer al suelo en el acto. La confusión iba aumentando cada vez más y Alicia se alegró mucho de poder salir del bosque por un lugar abierto, donde se topó con el Rey blanco, que estaba sentado en el suelo, muy ocupado escribiendo atentamente en su cuaderno de notas.

—¡Los envié a todos! —exclamó contento el Rey al ver a Alicia—. ¿No habrás visto a unos soldados, querida, mientras venías por el bosque?

—Desde luego que sí —dijo Alicia—, y por lo que me pareció, habría varios miles.

—Para más exactitud, cuatro mil doscientos siete —aclaró el Rey consultando sus notas—, y no pude enviar a todos los caballos, como comprenderás, porque dos de ellos deben permanecer al menos jugando la partida. Tampoco envié a los dos mensajeros. Ambos se han marchado a la ciudad. Observa bien el camino y dime: ¿alcanzas a ver a alguno de los dos?

—No..., a nadie —contestó Alicia.

—¡Ojalá tuviera yo tanta vista! —se quejó el Rey—. ¡Ser capaz de ver a Nadie! ¡Y a esa distancia! ¡Yo, y con esta luz, ya es bastante que pueda ver a alguien!

Alicia no se enteró de nada de todo esto. Seguía mirando con atención a lo lejos por el camino, protegiéndose los ojos con la mano.

—¡Ahora sí que veo a alguien! —exclamó por fin—. Pero camina muy despacio... ¡qué posturas más raras! —Pues el mensajero no hacía más que dar cabriolas de un lado a otro y se retorcía como una anguila a medida que avanzaba. Extendía sus enormes manos a ambos lados como si fuesen abanicos.

—No tienen nada de raro —explicó el Rey. —Es que es un mensajero anglosajón..., y lo que ocurre es que adopta actitudes anglosajonas. Las adopta sólo cuando está contento. Se llama Haigha. —Pronunciaba el nombre como si se escribiera Je-ja.

Alicia no pudo contenerse cuando oyó esto y empezó a jugar a las letras:

—Viene un barco cargado de H; amo a mi amor con H porque es hermoso; lo odio con H porque es horroroso. Le doy de comer... habas y heno. Su nombre es Haigha y vive...

—Vive en la higuera —agregó el Rey con toda naturalidad, sin tener la menor idea de que estaba participando en un juego. Mientras Alicia se esforzaba por encontrar el nombre de una ciudad que empezase con H.

—El segundo mensajero se llama Hatta. Tengo que tener a dos, ¿comprendes?, para ir y venir: uno para ir y el otro para venir.

—Por favor, le suplico que me repita eso —dijo Alicia, sorprendida.

—¡Niña, suplicar no es honorable! —amonestó el Rey.

—Sólo quise decir que no había comprendido —se excusó Alicia—. ¿Por qué uno para venir y otro para ir?

—¿No te lo estoy diciendo? —preguntó el Rey con cierta impaciencia—. Necesito tener a dos..., para llevar y traer..., uno para llevar y otro para traer.

Precisamente en ese momento llegó el mensajero: pero estaba extenuado y sólo podía jadear, incapaz de pronunciar una sola palabra. Agitaba desordenadamente las manos y le hacía al Rey las muecas más horrorosas.

—Esta muchacha te ama con H —le dijo el Rey presentándole a Alicia, con la esperanza de distraer hacia ella la atención tan alarmante del mensajero y desviarla de sí mismo..., pero en vano...; las actitudes anglosajonas se hacían más y más llamativas, mientras sus grandes ojazos giraban violentamente en sus órbitas.

—¡Me estás asustando! —se quejó el Rey—. Siento un desmayo... ¡Dame unas habas!

Ante esto, el mensajero, para alegría de Alicia, abrió una bolsa que tenía colgada al cuello. Sacó de allí unas cuantas habas y se las dio al Rey, que se las devoró con ganas.

—¡Más habas! —ordenó el Rey.

—Ya no queda más que heno —contestó el mensajero examinando el interior de su bolsa.

—Entonces, heno —murmuró el Rey con un hilo de voz.

Alicia se tranquilizó cuando vio que esta comida parecía reanimarlo considerablemente.

—¡No hay nada mejor que comer heno cuando uno siente que se va a desmayar! —decía el Rey mientras masticaba con gusto.

—Una rociada de agua fría le sentaría mucho mejor —sugirió Alicia—, o quizás unas sales volátiles...

—No dije que hubiese algo mejor —replicó el Rey—. Sólo dije que no había nada como comer.

Alicia no se atrevió a contradecir estas palabras.

—¿Encontraste a alguien por el camino? —continuó el Rey, extendiendo la mano para que el mensajero le diera más heno.

—A nadie —reveló el mensajero.

—Todo encaja perfectamente —asintió el Rey—, pues esta jovencita también vio a Nadie. Así que, naturalmente, Nadie puede andar más despacio que tú.

—¡Yo hago lo que puedo! —se defendió el mensajero malhumorado—. ¡Estoy convencido de que nadie camina más rápido que yo!

—Imposible — lo contradijo el Rey—, pues de lo contrario él habría llegado aquí antes que tú. Sin embargo, ahora que has recobrado el aliento, podrías contarnos lo que ha pasado en la ciudad.

—Voy a decírselo al oído, en voz baja —murmuró el mensajero, llevándose las manos a la boca a modo de trompeta, e inclinándose para hablar en la misma oreja del Rey. Alicia se apenó porque también ella quería enterarse de las noticias. Sin embargo, en vez de cuchichear, el mensajero gritó a todo pulmón:

—¡Ya empezaron otra vez!

—¡¿Eso es para ti hablar en voz baja?! —gritó el Rey dando brincos y sacudiéndose como podía—. ¡Si vuelves a hacer algo así, haré que te unten de manteca y te frían vuelta y vuelta! ¡Me has perforado la cabeza como si hubiese tenido un terremoto dentro!

«Habrá sido un terremoto muy chiquito», pensó Alicia.

—¿Quiénes empezaron otra vez? —se atrevió a preguntar.

—¿Quién va a ser? —dijo el Rey—. El león y el unicornio, por supuesto.

—¿Estarán luchando por la corona?

—¿Y por qué otra causa lucharían? —respondió el Rey—. Lo más gracioso del asunto es que la corona no es ni del uno ni del otro, ¡sino que es la mía! ¡Corramos allá a verlos!

Así emprendieron la carrera; mientras tanto, Alicia se acordaba de la letra de una vieja canción:

Por una corona
el león y el unicornio
sin tregua se batían.

El león corría al unicornio
por toda la ciudad
para darle una buena paliza.

Unos les dieron pan blanco
y otros pan negro.
Unos les dieron pastel
otros tortas,
y a tambor,
los echaron de la ciudad.

—¿El que... gana... se lleva la corona? —preguntó Alicia como pudo, pues de tanto correr estaba perdiendo el aliento.

—¡No, de ninguna manera! —exclamó el Rey—. ¡Dios nos libre!

—¿Sería... tan amable... —jadeó Alicia después de correr un rato más— de parar un minuto..., sólo para... recuperar el aliento?

—Tan amable, sí soy —contestó el Rey—, sólo que no soy tan fuerte. Ya sabes lo veloz que corre un minuto. ¡Intentar pararlo sería como querer alcanzar a un Zamarrajo!

Alicia estaba ya sin aliento para seguir hablando, de forma que continuaron corriendo en silencio, hasta que llegaron a un lugar donde se veía a una gran muchedumbre reunida en torno al león y al unicornio mientras luchaban. Habían levantado una polvareda tal que al principio Alicia no pudo distinguirlos entre sí, aunque pronto identificó al unicornio por su cuerno.

Se ubicaron cerca de donde se encontraba Hatta, el otro mensajero, que también estaba ahí contemplando la pelea, con una taza de té en una mano y una rebanada de pan con manteca en la otra.

—Recién acaba de salir de la cárcel y no había terminado de tomar el té cuando lo encerraron —susurró Haigha al oído de Alicia—, y allá dentro sólo les dan valvas de ostra para comer..., de forma que el pobre está muy hambriento y sediento. ¿Cómo estás, mi hijito? —continuó, dirigiéndose a Hatta y pasándole el brazo afectuosamente por el hombro.

Hatta se dio vuelta y asintió con la cabeza, pero siguió ocupado con su té y su pan con manteca.

—¿Eras dichoso en la cárcel, viejito querido? —le preguntó Haigha.

Hatta se volvió de nuevo; esta vez unos lagrimones le rodaron por la mejilla, pero no dijo ni una sola palabra.

—¡Habla de una vez! —le espetó impacientado Haigha. Pero Hatta continuó masticando y sorbiendo su té.

—¡A ver si dices algo de una vez! —le gritó el Rey—. ¿Cómo va la pelea?

Hatta hizo un esfuerzo desesperado y logró tragar un trozo bien grande de pan que tenía aún en la boca.

—Lo están haciendo muy bien los dos —respondió, atragantándose—. Ambos han mordido el polvo unas ochenta y siete veces.

—Entonces, supongo que estarán a punto de traer el pan blanco y el pan negro —se atrevió a observar Alicia.

—Ahí está esperando a que acaben —dijo Hatta—; yo me estoy comiendo un trocito.

Hicieron en ese instante una pausa en la pelea. El león y el unicornio se sentaron en el suelo, jadeando. El Rey aprovechó para darles una tregua, proclamando a voces:

—¡Diez minutos para tomar un refrigerio!

Haigha y Hatta se pusieron a trabajar de inmediato, pasando bandejas de pan negro y blanco. Alicia se sirvió un poco para probar, pero estaba muy seco.

—Ya no creo que luchen mucho más por hoy —le dijo el Rey a Hatta—, así que ve y ordena que empiecen a tocar los tambores.

Y Hatta salió dando saltos como un saltamontes.

Durante un minuto o dos Alicia se quedó en silencio, contemplando cómo se alejaba. Pero de pronto se animó:

—¡Miren! ¡Miren! —exclamó, señalando apresuradamente en aquella dirección: —¡Ahí va la Reina blanca corriendo por el campo! Acaba de salir volando del bosque por allá lejos... ¡Qué rápido que pueden volar estas Reinas!

—Debe de perseguirla algún enemigo, sin duda —comentó el Rey sin tan siquiera volverse—. Ese bosque está lleno de enemigos.

—¿Y no va a ir corriendo a ayudarla? —preguntó Alicia, muy sorprendida de que lo tomara con tanta calma.

—No vale la pena; no serviría de nada —se excusó el Rey—. Corre tan velozmente que sería como intentar agarrar a un Zamarrajo. Pero escribiré un memorándum sobre el caso, si quieres... ¡Es tan buena persona! —se dijo en voz baja a sí mismo,

mientras abría su cuaderno de notas—. ¿«Buena» se escribe con «b» o con «v»?

En ese momento el unicornio se les acercó contoneándose y con las manos en los bolsillos.

—Salí ganando esta vez, ¿no? —le preguntó al Rey apenas mirándolo por encima cuando pasaba a su lado.

—Un poco..., un poco... —concedió el Rey algo nerviosamente—. No debiste atravesarlo de una cornada, ¿no te parece?

—Pero no le hizo ningún daño —aseguró el unicornio sin darle importancia, e iba a continuar hablando cuando su vista se topó con Alicia. Se volvió en el acto y se quedó ahí quieto durante algún rato, mirándola con un aire de profunda repugnancia.

—¿Qué es... esto? —dijo al fin.

—Es una niña —explicó Haigha de muy buena gana, poniéndose entre ambos para presentarla, para lo que extendió ambas manos en dirección a ella, con una actitud anglosajona—. Acabamos de encontrarla hoy. Es de carne y hueso y ¡el doble de natural!

—¡Siempre creí que eran monstruos fabulosos! —exclamó el unicornio—. ¿Está viva?

—Pues al menos habla —declaró solemnemente Haigha.

El unicornio miró a Alicia como entre sueños y le dijo:

—Habla, niña.

Alicia no pudo impedir que los labios se le curvaran en una sonrisa mientras hablaba y le dijo:

—¿Sabe una cosa? Yo también creí siempre que los unicornios eran unos monstruos fabulosos. ¡Nunca había visto uno de carne y hueso!

—Bueno, pues ahora que los dos nos hemos visto el uno al otro —repuso el unicornio—, si crees en mí, yo creeré en ti, ¿trato hecho?

—Sí, como guste —contestó Alicia.

—¡A ver si traes ese pastel de frutas, viejo! —continuó diciendo el unicornio, volviéndose hacia el Rey—. ¡A mí que no me vengan con pan negro!

—¡Desde luego..., desde luego! —se apresuró a balbucear el Rey, e hizo una seña a Haigha: —Abre el saco —susurró—. ¡Rápido! ¡Ése no..., no tiene más que heno!

Haigha extrajo un gran pastel del bolso y se lo dio a Alicia para que se lo tuviera mientras él se ocupaba de sacar una fuente y un cuchillo de trinchar. Alicia no podía comprender cómo salían tantas cosas del bolso. «Es como si fuera un truco de magia», pensó.

El león se juntó con ellos mientras sucedía todo esto: tenía un aspecto muy cansado y soñoliento, y hasta se le cerraban un poco los ojos.

—¿Qué es esto? —preguntó, parpadeando indolentemente en dirección a Alicia y hablando en un tono de voz profundo que sonaba como si fuese el doblar de una gran campana.

—¿A ti qué te parece que es? —exclamó ansiosamente el unicornio—. ¡A que no lo adivinas! ¡Yo no pude!

El león, aburrido, contempló a Alicia.

—¿Eres animal..., vegetal..., o mineral...? —preguntó, bostezando a cada palabra.

—¡Es un monstruo fabuloso! —gritó el unicornio antes de que Alicia pudiera contestar nada.

—Entonces, reparte ese pastel de frutas, monstruo —repuso el león, tendiéndose en el suelo y apoyando el mentón sobre las patas—. Y siéntense ustedes dos también (al Rey y al unicornio), ¡a ver si no hacen trampas con el pastel!

El Rey se sentía evidentemente muy incómodo de tener que sentarse entre las dos grandes bestias; pero no podía sentarse en ninguna otra ubicación.

—¡Qué pelea por la corona podríamos tener ahora!, ¿eh? —comentó el unicornio mirando de soslayo a la corona, que comenza-

ba a sacudirse violentamente sobre la cabeza del Rey, de tanto que temblaba.

—Yo ganaría fácilmente —declaró el león.

—¡No estoy tan seguro! —replicó el unicornio.

—¡Vamos! ¡Pero si te he corrido por todo el pueblo! ¡Qué gallina! —replicó el león furiosamente, casi poniéndose en pie mientras lo retaba.

Aquí el Rey los interrumpió para impedir que reanudaran la pelea; estaba muy nervioso y desde luego le temblaba la voz.

—¿Por todo el pueblo? —preguntó—. Pues no es poca distancia. ¿Fueron por el puente viejo o por el mercado? Por el puente viejo es por donde está la mejor vista.

—No sabría decir por dónde fuimos —gruñó el león, echándose otra vez al suelo—. Había demasiado polvo para ver nada. ¡Cuánto tarda el monstruo en cortar ese pastel!

Alicia se había sentado al borde de un pequeño arroyo, con la gran fuente sobre las rodillas, y trabajaba con mucho esmero manejando el cuchillo.

—¡Pero qué fastidio! —dijo, dirigiéndose al león (se estaba acostumbrando bastante a que la llamaran «monstruo»)—. Ya corté varios trozos, pero ¡siempre vuelven a unirse!

—Es que no sabes cómo manejar los pasteles del espejo —observó el unicornio—. Reparte los trozos primero y córtalos después.

Aunque le parecía una tontería, Alicia se puso de pie, obedientemente, y pasó la fuente a unos y otros; el pastel se dividió sólo en tres partes mientras lo iba pasando.

—Ahora sí, córtalo en trozos —indicó el león, y volvió a su sitio con la fuente vacía.

—¡Esto no vale! —exclamó el unicornio mientras Alicia se sentaba con el cuchillo en una mano, muy desconcertada, sin saber cómo empezar—. ¡El monstruo le ha dado al león el doble que a mí!

—De todos modos, a cambio se ha quedado ella sin nada —señaló el león—. ¿No te gusta el pastel de frutas, monstruo?

Antes de que Alicia pudiera contestar, comenzaron a sonar los tambores.

Alicia no acertaba a discernir de dónde provenía tanto ruido, pero el aire parecía lleno de redobles de tambor cuyo estrépito estallaba dentro de su cabeza hasta que empezó a ensordecerla del todo. Se paró de golpe. Con mucho temor, saltó el arroyito; tuvo justo el tiempo de ver...

* * *

... antes de caer de rodillas y de taparse los oídos para tratar en vano de aislarse del terrible ruido, cómo el león y el unicornio se ponían súbitamente en pie, mirando furiosos en derredor al ver interrumpido su festín.

«¡Si eso no los echa del pueblo», pensó para sí misma, «no habrá nada en el mundo capaz de lograrlo!»

«Son mi propia invención»

Después de un tiempo, el estrépito fue amainando gradualmente hasta que todo quedó en el mayor silencio. Alicia levantó la cabeza, un poco alarmada. No se veía a nadie por ningún lado, de forma que lo primero que pensó fue que debía de haber estado soñando con el león y el unicornio, y con esos extraños mensajeros anglosajones. Sin embargo, ahí estaba, aún a sus pies, la gran fuente sobre la que había estado intentando cortar el pastel. «Entonces, después de todo, no he estado soñando», se dijo a sí misma, «... a no ser que fuésemos todos parte del mismo sueño. Sólo que si así fuera, ¡ojalá que el sueño sea el mío propio y no el del Rey rojo! No me gusta nada pertenecer al sueño de otras personas», continuó diciéndose con voz más bien quejosa. «Casi estoy casi dispuesta a ir a despertarlo y ¡a ver qué pasa!»

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por unas voces muy fuertes, unos gritos de «¡Hola! ¡Hola! ¡Jaque!» que profería un caballero, con armadura púrpura, que venía galopando en su dirección, blandiendo una gran maza. Justo cuando llegó a donde estaba Alicia, el caballo se paró con brusquedad:

—¡Eres mi prisionera! —gritó el caballero, mientras se caía pesadamente del caballo.

Pese al susto que se había llevado, Alicia estaba en aquel momento más preocupada por él que por sí misma y estuvo observan-

do con no poca ansiedad cómo montaba de nuevo sobre su cabalgadura. Apenas se instaló cómodamente en su silla, empezó otra vez a proclamar:

—¡Eres mi...! —Pero en ese preciso instante otra voz lo atajó con nuevos gritos de: «¡Hola! ¡Hola! ¡Jaque!», y Alicia se dio vuelta, sorprendida, para ver al nuevo enemigo.

Era esta vez el caballero blanco. Cabalgó hasta donde estaba Alicia, y al detenerse, su montura cayó a tierra tan pesadamente como antes lo había hecho el caballero rojo; luego volvió a montar y los dos caballeros se estuvieron mirando desde lo alto de sus sillas sin decir palabra durante algún rato. Alicia miraba ora al uno, ora al otro, bastante desconcertada.

—¡Esta prisionera es mía! —reclamó al fin el caballero rojo.

—¡Sí, pero luego vine yo y la rescaté! —replicó el caballero blanco.

—¡Entonces, deberemos batirnos a duelo por ella! —declaró el caballero rojo, mientras recogía su yelmo (que traía colgado de su silla de montar y tenía una forma como la cabeza de un caballo) y se lo ponía.

—Por supuesto, guardarás las reglas del combate, ¿no? —observó el caballero blanco mientras se colocaba su yelmo él también.

—Siempre lo hago —aseguró el caballero rojo, y ambos empezaron a golpearse a mazazos con tanta furia que Alicia se escondió tras un árbol para protegerse de los golpes.

«¿En qué consistirán esas reglas del combate?», se dijo mientras contemplaba la pelea. Su cabeza asomaba tímidamente desde el escondrijo. «Por lo que veo, una de las reglas parece ser la de que cada vez que un caballero golpea al otro, lo derriba de su caballo; pero si no le da, el que cae es él..., y parece que otra de esas reglas es que deben agarrar sus mazas con ambos brazos, como los títeres del guiñol..., ¡y qué ruido que hacen al caer: como si fueran todos los hierros de la chimenea cayendo sobre el guardafuegos! ¡Y qué quietos que se quedan sus caballos! Se dejan montar y desmontar y volver a montar como si se fueran un par de mesas.»

Otra de las reglas del combate, de la que Alicia no se dio cuenta, parecía ser que siempre tenían que caer de cabeza. En efecto, la contienda terminó al caer ambos de esta manera, lado a lado. Cuando se incorporaron, se dieron la mano y el caballero rojo montó sobre su caballo y se alejó galopando.

—¡Una victoria gloriosa!, ¿no te parece? —le dijo el caballero blanco a Alicia mientras se acercaba jadeando.

—No sé qué decirle —le contestó Alicia con algunas dudas—. No me gustaría ser la prisionera de nadie; yo quiero ser una reina.

—Y lo serás, cuando hayas cruzado el próximo arroyo —le aseguró el caballero blanco—. Te voy a acompañar, para que llegues segura, hasta el límite del bosque; pero ya sabes que al llegar allá tendré que volverme, pues ahí se acaba mi juego.

—Muchísimas gracias —dijo Alicia—. ¿Quiere que le ayude a quitarse el yelmo? —Evidentemente, no parecía que el caballero pudiera arreglárselas él solo; pero Alicia lo logró al fin, tirando y librándolo a sacudidas.

—¡Ahora sí que puede uno respirar! —exclamó el caballero alisándose con ambas manos los pelos largos y desordenados de su cabeza y volviendo la cara amable para mirar a Alicia con sus grandes ojos bondadosos. Alicia pensó que nunca en toda su vida había visto a un guerrero de aspecto tan raro.

Llevaba una armadura de latón que le quedaba bastante mal y llevaba sujeta a la espalda una caja de madera sin pintar, de extraña forma, al revés y con la tapa colgando abierta. Alicia la examinó con mucha curiosidad.

—Veo que estás admirando mi pequeña caja —observó el caballero con afable tono—. Es de mi propia invención..., para guardar ropa y bocadillos. La llevo boca abajo, como ves, para que no le entre la lluvia adentro.

—Pero es que se le va a caer todo afuera —señaló Alicia con gentileza—. ¿No se ha dado cuenta de que lleva la tapa abierta?

—No lo sabía —respondió el caballero, mientras una sombra de disgusto le cruzaba la cara—. En ese caso, ¡todas las cosas se deben de haber caído afuera! Y ya de nada sirve la caja sin ellas. —Se sacó la caja mientras hablaba y estaba a punto de tirarla entre la maleza cuando se le ocurrió, al parecer, una nueva idea y la colgó, cuidadosamente, de un árbol. —¿Adivinas por qué lo hago? —le preguntó a Alicia.

Alicia negó sacudiendo la cabeza.

—Con la esperanza de que unas abejas decidan establecer su colmena ahí dentro... De ese modo, yo conseguiría un poco de miel.

—Pero si ya tiene una colmena..., o algo que se le parece mucho..., colgada ahí de la silla de montar de su caballo —señaló Alicia.

—Sí, es una colmena maravillosa —explicó el caballero, con una voz en la que se reflejaba su descontento—, es de la mejor calidad, pero ni una sola abeja se ha acercado a ella. Y la otra cosa que llevo ahí es una trampa para ratones. Supongo que lo que pasa es que los ratones espantan a las abejas..., o que las abejas espantan a los ratones..., no sé muy bien cuál de los dos tiene la culpa.

—Me preguntaba precisamente de qué serviría la trampa para ratones —dijo Alicia—. No es muy probable que haya ratones por el lomo del caballo.

—No será probable, quizá —contestó el caballero—, pero ¿y si viniera alguno? No me gustaría que anduviera correteando por ahí. ¿Ves? —continuó diciendo después de una pausa—. Lo mejor es estar preparado para todo. También por esa razón el caballo lleva esos brazaletes en las patas.

—Pero ¿para qué sirven? —preguntó Alicia con un tono de gran curiosidad.

—Son para protegerlo contra los mordiscos de los tiburones

—replicó el caballero—. Es un sistema de mi propia invención. Y ahora, ayúdame a montar: iré contigo hasta el final del bosque... ¿Para qué es esa fuente que está ahí?

—Es una fuente para pastel —explicó Alicia.

—Será mejor que la llevemos con nosotros —dijo el caballero—, nos vendrá muy bien si encontramos algún pastel por ahí. Ayúdame a meterla en este saco.

Esta tarea les llevó bastante tiempo, a pesar de que Alicia mantuvo muy abierta la abertura de la bolsa, pues el caballero trataba de introducir la fuente muy torpemente: las dos o tres primeras veces que lo intentó se cayó él mismo dentro de la bolsa.

—Es que es muy angosta, como ves —explicó cuando consiguieron meterla al fin— y hay tantos candelabros dentro... —Mientras decía esto, la colgó de la montura, que estaba ya cargada de manojos de zanahorias, hierros de chimenea y otras muchas cosas más.

—Espero que tengas el cabello bien sujeto —continuó diciendo una vez que empezaron a marchar.

—Como todos los días —respondió Alicia sonriendo.

—Eso no basta —dijo con ansiedad el caballero—. Verás, el viento sopla tan fuertemente por aquí... Es tan espeso que parece sopa.

—¿Ha inventado un sistema para impedir que el viento se lleve el pelo? —quiso saber Alicia.

—Aún no —replicó el caballero—, pero sí que tengo un sistema para impedir que se caiga.

—¡Ah! Pues me interesaría mucho conocerlo.

—Primero tomas un palo bien recto —explicó el caballero—; luego haces que el cabello vaya subiendo por el palo, como con los árboles frutales. Ahora bien, la razón por la que el pelo se cae es porque cuelga hacia abajo..., y ya sabes que nada se puede caer hacia arriba, conque... Es un sistema de mi propia invención. Puedes probarlo si quieres.

«No parece un método muy cómodo», pensó Alicia, y duran-

te algunos minutos caminó en silencio, considerando la idea y deteniéndose cada dos por tres para auxiliar al pobre caballero, que ciertamente no era un buen jinete.

Cada vez que el caballo se paraba (lo que sucedía muy a menudo), se caía por adelante; y cada vez que el caballo arrancaba de nuevo (lo que solía hacer de manera bastante súbita), se caía por la grupa. Por lo demás, se mantenía bastante bien, salvo por el vicio que tenía de caerse por uno u otro lado del caballo de vez en cuando. Como solía caerse por el lado por el que caminaba Alicia, muy pronto ella se dio cuenta de que lo mejor era no caminar demasiado cerca del caballero.

—Creo que usted no ha tenido oportunidad de practicar montarse a caballo —se aventuró a decir, mientras lo ayudaba después de su quinta y aparatosa caída.

Cuando oyó esto, el caballero puso cara de sorpresa y quedó un poco ofendido.

—¿Y por qué se te ocurre decirme eso ahora? —preguntó mientras se encaramaba de nuevo sobre su montura y se sujetaba de los pelos de Alicia con una mano para no caerse por el otro lado.

—Es que la gente no se cae con tanta frecuencia del caballo cuando tiene práctica.

—Yo tengo práctica más que suficiente —dijo con gravedad el caballero—. ¡Más que suficiente!

Ante esto, Alicia no pudo decir más que «¿de veras?», pero lo dijo tan cordialmente como pudo. Luego continuaron avanzando en silencio durante algún rato: el caballero con los ojos cerrados masculllando cosas incomprensibles y Alicia esperando la siguiente caída.

—El gran arte de la equitación —empezó a decir de golpe el caballero, en voz muy alta y gesticulando con el brazo derecho mientras hablaba— está en mantenerse... —Pero aquí la frase se detuvo con tanta brusquedad como había comenzado, pues el jinete se cayó pesadamente de cabeza justo en medio del sendero

por el que iba caminando Alicia. Ella esta vez se asustó de veras y por ello, mientras lo levantaba, le dijo con voz inquieta:

—Ojalá no se haya roto ningún hueso.

—Ninguno del que valga la pena hablar —repuso el caballero, como si no le importara quebrarse dos o tres—. El gran arte de la equitación, como estaba diciendo..., consiste en mantener un equilibrio adecuado. De este modo, ¿sabés?

Soltó las riendas y extendió ambos brazos para mostrarle a Alicia lo que quería decir, y esta vez se cayó cuán largo era y de espaldas bajo las patas del caballo.

—¡Mucha práctica! —continuaba repitiendo todo el tiempo, mientras Alicia lo ayudaba a ponerse en pie—. ¡Práctica abundante y más que suficiente!

—¡Esto ya es ridículo! —gritó Alicia perdiendo esta vez toda su paciencia—. ¡Usted debería tener un caballo de madera con ruedas! ¡Eso es lo que necesita usted!

—¿Esos equinos cabalgan con suavidad? —le preguntó el caballero con un tono que revelaba su gran interés; y se sujetó firmemente al cuello de su caballo justo a tiempo para salvarse de una nueva y ridícula caída.

—¡Mucho más suavemente que uno de verdad! —exclamó Alicia y dio un pequeño grito por la risa que le causaba todo ello, a pesar de los esfuerzos que hacía por contenerla.

—Conseguiré uno —se dijo pensativo el caballero— uno o dos..., ¡varios!

Luego se produjo un corto silencio y el caballero rompió de nuevo a hablar.

—Soy muy talentoso para inventar cosas. Y no sé si habrás observado que la última vez que me levantaste del suelo estaba algo preocupado...

—Me pareció que había puesto una cara bastante seria —aseguró Alicia.

—Bueno, es que precisamente entonces estaba inventando una nueva manera para pasar por sobre una cerca..., ¿te gustaría saber cómo?

—De veras me gustaría muchísimo —asintió cortésmente Alicia.

—Querrás saber cómo se me ocurrió la idea —dijo el caballero—. Verás, me dije a mí mismo: «La única dificultad está en los pies, pues la cabeza ya está de por sí por encima». Así pues, primero coloco la cabeza por encima de la cerca..., y así queda asegurada ésta a suficiente altura..., y luego me pongo cabeza abajo..., y entonces son los pies los que quedan a suficiente altura, como verás..., y de esta forma, ¡paso por sobre la cerca! ¿Entiendes?

—Supongo que lograría pasar la cerca después de hacer todo eso —asintió Alicia pensativamente—, pero ¿no cree usted que resulta un poco difícil?

—No lo he probado aún —declaró con gravedad el caballero—, así que no puedo asegurarlo..., pero me temo que algo difícil sí sería.

Pareció molestarse tanto por no haberse dado cuenta, que Alicia se decidió a cambiar apresuradamente de tema.

—¡Qué curioso yelmo el suyo! —dijo, prodigando alegría—. ¿También es un invento suyo?

El caballero miró orgullosamente su yelmo, que llevaba colgado de la silla de montar.

—Sí —asintió—, pero he inventado otro mejor aun que éste..., uno en forma de un pan de azúcar. Cuando lo llevaba puesto, si me caía del caballo, daba de inmediato con el suelo puesto que en realidad caía de una distancia muy corta, ¿comprendes?... Pero siempre corría el peligro de caer dentro de él, desde luego... Eso me sucedió una vez..., y lo peor de todo fue que antes de que pudiera salir de nuevo, llegó el otro caballero blanco y se lo puso creyendo que era el suyo.

El caballero hablaba con tanta seriedad que Alicia no se atrevió a reír.

—Le habrá usted hecho daño —comentó con voz que le temblaba de la risa contenida—, con todo su peso encima de su cabeza.

—Tuve que patearlo, por supuesto —explicó el caballero con la misma seriedad—. Y entonces se quitó el yelmo..., pero pasaron horas y horas antes de que yo pudiera salir de ahí dentro. ¡Estaba yo tan apremiado que no había quién me sacara de ahí!

—Me parece que lo que usted quiere decir es que estaba muy «apretado» —objetó Alicia.

—Mira, ¡apremiado por todas partes! —insistía el caballero—. ¡Te lo aseguro! —Levantó las manos, sacudiendo la cabeza, al decir esto, bastante excitado. Enseguida rodó por tierra y cayó de cabeza en una profunda zanja

Alicia corrió al borde de la zanja para intentar ayudarlo. La caída la había tomado por sorpresa pues aquella vez el caballero parecía haberse mantenido bastante bien sobre su caballo durante algún tiempo, y además temía que esta vez sí se hubiese hecho daño de verdad.

Aunque sólo podía verle la planta de los pies, Alicia quedó muy aliviada al oír que hablaba en su tono usual de voz.

—Apremiado por todas partes —repetía—, pero fue un descuido por su parte ponerse el yelmo de otro..., ¡y con el dueño adentro además!...

—¿Cómo puede usted seguir hablando tan tranquilo con la cabeza abajo como si nada? —preguntó Alicia mientras lo arrastraba por los pies y depositaba sus enlatados miembros al borde de la zanja.

El caballero pareció muy sorprendido por la pregunta.

—¿Qué más da dónde esté mi cuerpo? —dijo—. Mi cabeza sigue trabajando todo el tiempo. He comprobado, de hecho, que cuanto más baja tenga la cabeza, más invenciones se me van ocurriendo.

—Pero la vez que mejor lo hice —continuó después de una pausa— fue cuando inventé un budín mientras comíamos el plato de carne.

—¿A tiempo para que se lo sirvieran como segundo plato? —sugirió Alicia—. ¡Eso sí que se llama pensar rápido!

—Bueno, no fue el segundo plato —respondió el caballero lentamente, con un tono reflexivo—. No, desde luego no lo sirvieron después del otro.

—Entonces, ¿habrá sido para el día siguiente, porque supongo que no iban a comer dos budines en la misma cena?

—Bueno, tampoco fue al día siguiente —repitió el caballero, igual que antes—. Tampoco al otro día. En realidad —continuó, agachando la cabeza y bajando cada vez más la voz—, no creo que ese budín haya sido cocinado nunca. En verdad, ¡no creo que ese budín sea cocinado jamás! Y, sin embargo, ¡fue un invento de lo más extraordinario!

—¿Con qué estaba hecho ese budín, según su invento? —preguntó Alicia, con la esperanza de reanimarlo un poco, pues parecía que al pobre caballero aquello lo estaba deprimiendo bastante.

—Para empezar, de papel secante —contestó el caballero dando un gemido.

—Creo que eso no quedaría demasiado bien...

—No quedaría bien así solo —interrumpió con bastante ansiedad—, pero ¡no tienes idea de cómo cambia al mezclarlo con otras cosas!... Cosas como pólvora y lacre. Y aquí tengo que dejarte —concluyó, pues acababan de llegar al lindero del bosque.

A Alicia se le notaba el asombro en la cara: no podía dejar de pensar en ese budín.

—Estás triste —dijo el caballero con voz inquieta—; permíteme que te cante una canción para alegrarte.

—¿Es muy larga? —preguntó Alicia, pues había oído demasiada poesía aquel día.

—Es larga —confesó el caballero—, ¡pero es tan, tan hermosa! Todo el que me la ha oído cantar..., o se le han saltado las lágrimas, o...

—¿O qué? —insistió Alicia pues el caballero se había quedado callado de golpe.

—O no se les ha saltado nada, ésa es la verdad. A la canción la llaman «Ojos de bacalao».

—¡Ah! ¿Pues ése es el nombre de la canción, eh? —dijo Alicia, intentando dar la impresión de que estaba interesada.

—No, no comprendes —corrigió el caballero, con no poca contrariedad—. Así es como la llaman, pero su nombre en realidad es «Un anciano viejo, viejo».

—Entonces, yo debería haber dicho que así es como se llama la canción —se corrigió a sí misma Alicia.

—No, tampoco. ¡Eso ya es otra cosa! La canción se llama «De esto y de aquello», pero es sólo como es llamada, ya sabes...

—Bueno, pues entonces, ¿cuál es esa canción? —preguntó Alicia, que estaba ya completamente aturdida.

—A eso estaba llegando —respondió el caballero—. En realidad, la canción no es otra que «Posado sobre una cerca», y yo inventé la música.

Y hablando de este modo, detuvo su caballo y dejó que las riendas cayeran sueltas por su cuello; luego empezó a cantar, marcando el tiempo lentamente con una mano, mientras una débil sonrisa alumbraba su cara bobalicona, como si disfrutara con la música de su propia canción.

De todas las cosas extrañas que Alicia vio en su viaje a través del espejo, ésta fue la que recordaba luego con mayor claridad. Años después podía aún evocar toda aquella escena de nuevo, como si hubiera sucedido sólo el día anterior..., los suaves ojos azules y la cara bondadosa del caballero..., los rayos del sol poniente brillando por entre sus cabellera y sobre su armadura, con un fulgor que llegaba a deslumbrarla..., el caballo moviéndose tranquilo de aquí para allá, con las riendas colgando del cuello, paciendo la hierba a sus pies..., y las sombras oscuras del bosque

al fondo... Todo eso se le grabó a Alicia en la mente como un cuadro, mientras se apoyaba contra un árbol protegiéndose los ojos del sol con la mano y observaba a aquella extraña pareja, oyendo como en sueños la melancólica música de esa canción.

«Pero esa música no es de su invención», se dijo Alicia. «Es "Te doy cuanto poseo, que ya más no puedo"». Se quedó callada escuchando con la mayor atención, pero los ojos no se le llenaron de lágrimas.

Te contaré todo cuanto pueda:
hay poco por contar.
Una vez vi a un hombre viejo viejo
sentado sobre una cerca.
«¿Quién eres, anciano?», le pregunté,
«y ¿qué haces para vivir?»
Su respuesta se coló por mi mente
como el agua por un colador.

Dijo: «Cazo las mariposas
que duermen entre el trigo.
Con ellas me cocino unos buenos
pasteles de cordero
que luego vendo por las calles.
Se los vendo a esos hombres», continuó,
«que navegan por los mares tormentosos.
De ese modo consigo el pan de cada día.
Y ahora, tenga la bondad, la voluntad...»

Pero yo estaba maquinando un plan
para teñirme los bigotes de verde,
y usar luego un abanico tan grande
que ya nadie me los pudiera ver.

Entonces, careciendo de respuesta
a lo que el viejo me decía,
grité: «¡Vamos! ¡Dime de qué vives!»
Y le di un buen golpe en la cabeza.

Con dulce y bondadosa voz, reanudó la historia.
Me dijo: «Me paseo por ahí
y cuando veo un arroyo lo echo
a arder en la montaña.
Con eso fabrican aquel espléndido menjunje
que llaman aceite de Macasar...
Sin embargo, dos libras y media
es todo lo que me dan por mi trabajo».

Pero yo estaba pensando el modo
de alimentarme a base de manteca
para ir así engordando un poco cada día.
Entonces, le di un fuerte sacudón
hasta que se le puso la cara bien morada.
«¡Vamos! ¡Dime cómo vives!», le grité.
«¡Y cuál es tu profesión!»

Me contó: «Cazo ojos de bacalao
por entre las zarzas y los arbustos.
Con ellos fabrico, en el silencio de la noche,
unos hermosos botones de chaleco.
Y a éstos no los vendo
ni por oro ni por plata;
sino tan sólo por media moneda de plata
¡Y por una libra te llevas diez!

A veces, cavo buscando bollitos de manteca
o pesco cangrejos con ramas de gorrión.
A veces, busco por los montecitos
a ver si encuentro alguna rueda de cabriolé.
Y de esta manera», concluyó pícaro dando un guiño,
«es como amaso mi fortuna...
Y me sentiría muy honrado bebiendo
un trago a la salud de vuestra merced.»

Entonces, lo escuché atentamente, pues en mi mente
maduraba mi gran proyecto
de cómo salvar de la herrumbre al puente del Menai
hirviéndolo en buen vino.
Por eso, mucho le agradecí la información
de contarme el método para amasar una fortuna,
pero mayormente, por su noble deseo
de beber a la salud de mi ilustre persona.

Cuando ahora por casualidad
se me pegan los dedos en la cola;
o me empeño en calzarme salvajemente
el pie derecho en el zapato izquierdo
o cuando sobre los deditos del pie
me cae algún objeto bien pesado,
lloro porque me acuerdo tanto
de aquel viejo que conocí...

... cuya mirada era bondadosa y manso su hablar
cuyo cabello era más blanco que la nieve,
cuya cara muy parecida a la de un cuervo,
con los ojos encendidos como carbones.
Aquel que parecía angustiado por su desgracia

y balanceaba su cuerpo consolándose...
susurrando murmullos y bisbiseos,
como si tuviera la boca llena de masitas,
y que resoplaba como un búfalo...,
aquella tarde hace mucho tiempo...,
sentado sobre una cerca.

No bien llegó a las últimas palabras de la balada, el caballero tomó las riendas y dirigió la cabeza de su corcel hacia el camino por donde habían venido.

—Sólo te quedan unos metros más —dijo—, bajando por la colina y cruzando el arroyo aquél: entonces, serás una reina..., pero antes te quedarás un poco aquí para decirme adiós, ¿no? —añadió al ver que Alicia volvía la cabeza muy ansiosa en la dirección que le indicaba—. No tardaré mucho. ¡Podrías esperar aquí y agitar el pañuelo cuando llegue a aquella curva! Es que, ¿comprendes?, eso me daría un poco de coraje.

—Pues por supuesto que esperaré —le aseguró Alicia— y muchas gracias por venir conmigo hasta aquí, tan lejos..., y por la canción..., me gustó mucho...

—Espero que sí —dijo el caballero con aire de duda: —no lloraste tanto como había supuesto.

Al decir esto se dieron la mano y el caballero se alejó pausadamente por el bosque. «No tardaré mucho en verlo arrojado y despedido del caballo, supongo», pensó Alicia mientras lo seguía con la mirada. «¡Ahí va! ¡De cabeza, como de costumbre! Pero parece que vuelve a montar con bastante facilidad..., eso es lo bueno de colgar tantas cosas de la silla...», y así continuó hablando consigo misma mientras contemplaba cómo iba cayendo ya de un lado, ya del otro, a medida que el caballo seguía cómodamente al paso. Después de la cuarta o quinta caída, llegó a la curva y entonces Alicia agitó el pañuelo en el aire y esperó hasta que se perdiera de vista.

—Espero que eso lo haya animado —dijo, al mismo tiempo que se volvía y empezaba a correr cuesta abajo—. Y ahora, ¡el último arroyo y a convertirme en Reina! ¡Qué bien suena eso! —Y unos cuantos pasos más la llevaron a la linde del bosque.

—¡La octava casilla al fin! —exclamó dando un salto para cruzar el arroyo y cayendo de bruces...

* * *

... sobre un prado tan suave como si fuese de musgo, con pequeños macizos de flores diseminados por aquí y por allá.

—¡Y qué contenta estoy de estar aquí! Pero ¿qué es esto que tengo sobre la cabeza? —exclamó con gran desconsuelo cuando al palparse la cabeza con las manos se encontró con algo muy pesado que le ajustaba muy fuerte toda la cabeza.

«¿Cómo se me ha puesto esto encima sin que yo me haya enterado?», se preguntó mientras se quitaba el pesado objeto y lo depositaba sobre su regazo para averiguar de qué se trataba.

Era una corona de oro.

Reina Alicia

Bueno! ¡Esto sí que es grandioso! —exclamó Alicia—. Nunca imaginé que llegaría a ser una reina tan pronto...; y ahora le diré lo que pasa, Majestad —continuó con tono severo (siempre le había gustado bastante regañarse a sí misma)—. Simplemente, ¡qué no está bien andar rodando por la hierba así no más! ¡Las reinas, ya se sabe, han de mostrarse majestuosas!

Se levantó y se paseó un poco..., algo tiesa al principio, pues tenía miedo de que se le fuera a caer la corona; pronto se tranquilizó pensando que, después de todo, no había nadie que la viera.

—Y si de verdad soy una reina —dijo mientras se sentaba de nuevo—, ya me iré acostumbrando con el tiempo.

Todo estaba sucediendo de manera tan rara que no se sintió nada sorprendida al encontrarse con la Reina roja y la Reina blanca. Ambas estaban sentadas cerca de ella una a cada lado; tenía muchas ganas de preguntarles cómo habían llegado hasta ahí, pero temía que eso no fuese lo más correcto. «Sin embargo», pensó, «no habría nada de malo en preguntarles si ha terminado ya el partido.»

—Por favor, ¿querría decirme si...? —empezó en voz alta, mirando con timidez a la Reina roja.

—¡Habla sólo cuando alguien te dirija la palabra! —la interrumpió bruscamente la Reina.

—Si todo el mundo siguiera esa regla —objetó Alicia que estaba siempre dispuesta a discutir un poco— y si usted sólo hablara cuando alguien le hablase, y si la otra persona estuviera siempre esperando a que usted empezara a hablar primero, ya ve: nadie diría nunca nada, de forma que...

—¡Qué ridículo! —exclamó la Reina—. ¡Niña! ¡Es que no ves que...? —Pero dejó de hablar, frunciendo las cejas, y después de pensar un poco, cambió de pronto el tema de la conversación.

—¿Qué has querido decir con eso de que «si de verdad eres una Reina»? ¿Con qué derecho te atribuyes ese título? ¿Es que no sabes que hasta que no pases el examen correspondiente no puedes ser Reina? Y cuanto antes empecemos, ¡mejor para todos!

—Yo sólo dije que «si fuera»... —se excusó Alicia, avergonzada.

Las dos reinas se miraron, y la roja observó con un respingo:

—Dice que sólo dijo que «si fuera»...

—¡Pero si ha dicho mucho más que eso! —gimió la Reina blanca, retorciéndose las manos—. ¡Ay! ¡Mucho, mucho más que eso!

—Bueno, ya lo sabes —le dijo la Reina roja a Alicia—. Di siempre la verdad..., piensa antes de hablar..., y siempre anótalo todo después.

—Les aseguro que nunca tuve ninguna intención de darle un sentido... —empezó a responder Alicia, pero la Reina roja la interrumpió con impaciencia.

—¡De eso precisamente me estoy quejando! ¡Debiste haberle dado algún sentido! ¿De qué sirve una criatura que no tiene sentido? Hasta los chistes tienen su sentido..., y una niña es más importante que un chiste, supongo, ¿no? No podrías negarlo, ni aunque lo intentes con ambas manos.

—No niego cosas con las manos —protestó, molesta, Alicia.

—Nadie ha dicho que lo hicieras —replicó la Reina roja—. Dije que no podrías hacerlo ni aunque quisieras.

—Parece que le ha dado por ahí —comentó la Reina blanca—.

Le ha dado por ponerse a negarlo todo..., sólo que no sabe por dónde empezar.

—¡Qué carácter desagradable y vicioso! —observó la Reina roja; y se quedaron las tres durante un minuto o dos sumidas en un incómodo silencio.

Ese silencio lo rompió la Reina roja diciéndole a la blanca:

—Te invito al banquete que dará Alicia esta tarde.

La Reina blanca le devolvió una sonrisa débil y le contestó:

—Y yo te invito a ti.

—No sabía que yo iba a dar una fiesta —intercaló Alicia—, pero si va a haber una, me parece que soy yo la que debe invitar a la gente.

—Pues te dimos la oportunidad de hacerlo —observó la Reina roja—, pero mucho me temo que no has recibido aún muchas lecciones de buenos modales.

—Los buenos modales no se aprenden en las lecciones —corrigió Alicia—. Lo que se enseña en las lecciones es a sumar y cosas por el estilo.

—¿Sabes sumar? —le preguntó la Reina blanca—. ¿Cuánto es uno y uno y uno y uno y uno y uno y uno y uno?

—No lo sé —dijo Alicia—. Perdí la cuenta.

—No sabe sumar —interrumpió la Reina roja—. ¿Sabes restar? ¿Cuánto es ocho menos nueve?

—Restarle nueve a ocho no puede ser, ya sabe —replicó Alicia vivamente—, pero, en cambio...

—Ni tampoco sabe restar —concluyó la Reina blanca.

—¿Sabes dividir? Divide un pan con un cuchillo..., ¡a ver si sabes contestar cuál es el resultado!

—Supongo que... —estaba empezando a decir Alicia, pero la Reina roja contestó por ella.

—Pan y manteca, por supuesto. Prueba hacer otra resta: quítale un hueso a un perro y, ¿qué queda?

Alicia consideró el problema.

—Desde luego, el hueso no se va a quedar quieto si se lo quito al perro..., pero el perro tampoco se quedaría ahí si se lo quito; querría venir a morderme..., y en ese caso, ¡estoy segura de que yo tampoco me quedaría!

—Entonces, según tu opinión, ¿no quedaría nada? —insistió la Reina roja.

—Me parece que ésa es la contestación.

—Estás equivocada, como de costumbre —concluyó la Reina roja—. Quedaría la paciencia del perro.

—Pero no veo cómo...

—¿Cómo? ¡Pues así! —gritó la Reina roja—. El perro perdería la paciencia, ¿no es verdad?

—Es posible —replicó Alicia con cautela.

—Pues si el perro se va, ¡debería de quedar ahí la paciencia que perdió! —exclamó triunfalmente la Reina roja.

Alicia protestó con la mayor seriedad que pudo:

—Puede ocurrir que ambos tomen por caminos distintos. —Sin embargo, no pudo remediar pensar para sus adentros: «Pero ¡qué cantidad de tonterías que estamos diciendo!»

—¡No sabe ni un poquito de matemáticas! —sentenciaron enfáticamente ambas reinas a la vez.

—¿Usted sabe sumar acaso? —dijo Alicia, volviéndose de pronto hacia la Reina blanca, pues no le gustaba nada recibir tantas críticas.

Se le cortó la respiración y la Reina cerró los ojos:

—Sé sumar —aclaró— si me das el tiempo suficiente... No sé restar de ninguna manera.

—¿Y supongo que sabrás tu abecedario? —intimó la Reina roja.

—¡Seguro! ¡Pues no faltaba más! —respondió Alicia.

—Yo también —le susurró la Reina blanca al oído—: lo repetiremos juntas, querida; y te diré un secreto... ¡Sé leer las palabras

de una letra! ¿No te parece magnífico? Pero en todo caso, no te desanimes, que también tú serás capaz de hacerlo, con el tiempo.

En ese momento, la Reina roja empezó de nuevo a tomar su examen.

—¿Puedes responder a preguntas prácticas? ¿Cómo se hace el pan?

—¡Eso sí que lo sé! —gritó Alicia, muy excitada—. Se toma un poco de harina...

—¡Qué horror! ¡Cómo vas a beber harina! —se horrorizó la Reina blanca.

—No quise decir que se beba, sino que se toma así con la mano, después de haber molido el grano...

—¡Por qué va a ser un gramo y no una tonelada! —siguió objetando la Reina blanca—. No deberías dejar tantas cosas sin aclarar.

—¡Debes abanicarle la cabeza! —dijo muy apurada la Reina roja—. Debe de tener ya un ataque de fiebre de tanto pensar. —Y las dos se pusieron a abanicarla con manojos de hojas, hasta que Alicia tuvo que rogarles que dejaran de hacerlo porque le estaban volando los cabellos.

—Ahora ya está mejor —diagnosticó la Reina roja—. ¿Has aprendido idiomas? ¿Cómo se dice «tururú» en francés?

—«Tururú» no es una palabra española —contestó Alicia con seriedad.

—Nadie dijo que lo fuera —replicó la Reina roja.

Alicia pensó que esta vez sí que se iba a salir con la suya. «Si me dice a qué idioma pertenece eso de tururú, ¡le diré lo que quiere decir en francés!», exclamó triunfante.

Ante esto, la Reina roja se incorporó con dignidad y contestó:

—Las reinas nunca hacen tratos.

«¡Me gustaría que tampoco hicieran preguntas!», pensó Alicia.

—¡No nos peleemos! —intervino la Reina blanca un tanto apurada—. ¿Cuál es la causa del relámpago?

—La causa del relámpago —respondió Alicia decidida, porque esta vez sí que estaba convencida de que sabía la respuesta—, es el trueno... ¡Aay, no, no! —se corrigió—. ¡Quise decir al revés!

—¡Ya es demasiado tarde para corregirlo! —sentenció la Reina roja—. Una vez que se dice algo, ¡pues dicho está! Y debes cargar con las consecuencias...

—Eso me recuerda... —dijo la Reina blanca mirando hacia el suelo y juntando y separando las manos nerviosamente— ... ¡que hemos tenido una tormenta con truenos y relámpagos el martes pasado...! Bueno, una de las últimas tandas de martes que tuvimos, ya sabes.

—En nuestro país —observó Alicia desconcertada—, no hay más que un día a la vez.

La Reina roja dijo:

—¡Pues qué manera más mezquina de hacer las cosas! En cambio, aquí, casi siempre acumulamos los días y las noches; y a veces en invierno nos tomamos hasta cinco noches seguidas... para aprovechar mejor el calor, ¿sabes?

—¿Es que cinco noches son más calurosas que una? —se atrevió a preguntar Alicia.

—Cinco veces más calurosas, pues claro.

—Pero, por la misma razón, debieran ser cinco veces más frías...

—¡Exacto! ¡Tú lo has dicho! —gritó la Reina roja—. ¡Cinco veces más calurosas y cinco veces más frías..., de la misma manera que yo soy cinco veces más rica que tú y cinco veces más lista!

Alicia se dio por vencida, suspirando. «Es igual que una adivinanza sin solución», pensó.

—Humpty Dumpty también lo vio —continuó la Reina blanca con voz grave, más como si hablara consigo misma que otra cosa—. Se apareció en la puerta con un sacacorchos en la mano.

—¿Qué quería? —preguntó la Reina roja.

—Dijo que debía entrar de inmediato y como fuera —explicó

la Reina blanca— porque estaba buscando a un hipopótamo. Pero aquella mañana no había nada parecido en la casa.

—¿Es que suele haberlos, por lo general? —preguntó Alicia, muy asombrada.

—Bueno, sólo los jueves —replicó la Reina.

—Yo sí sé para qué fue Humpty Dumpty —afirmó Alicia—. Lo que quería era castigar a los peces, porque...

Aquí la Reina blanca reanudó su narración.

—¡Qué de truenos y de relámpagos! ¡Es que no saben lo que fue aquello! («Ella es la que nunca sabe nada, por supuesto», intercaló la Reina roja.) Hasta se desprendió parte del techo y por ahí ¡se metieron tantos truenos...! ¡Y rodaban por todas partes como piedras de molino..., derribando mesas y revolviendo todo... ¡Me asusté tanto que no me acordaba ni de mi propio nombre!

Alicia se dijo a sí misma: «¡Yo nunca trataría de recordar mi nombre en medio de un accidente tal! ¿Para qué me habría servido?», pero no lo dijo en voz alta por no herir los sentimientos de la pobre reina.

—Su Majestad debe disculparla —le dijo la Reina roja a Alicia, tomando una de las manos de la Reina blanca entre las suyas y acariciándosela suavemente—. Tiene buena intención pero, por lo general, no puede evitar decir algunas tonterías.

La Reina blanca miró tímidamente a Alicia, que sintió que tenía que decirle algo amable; pero la verdad es que en aquel momento no se le ocurría nada.

—Es que nunca la educaron como es debido —continuó la Reina roja—. Pero el buen carácter que tiene es algo que asombra. ¡Dale palmaditas en la cabeza y verás cómo le gusta! —Pero esto era más de lo que Alicia se habría atrevido a hacer.

—Un poco de amabilidad y cariño..., y que le hagan unos rulos en el pelo..., es todo lo que está pidiendo.

La Reina blanca lanzó un profundo suspiro y recostó la cabeza sobre el hombro de Alicia.

—Tengo tanto sueño —gimió.

—¡Está cansada, pobrecita! —se compadeció la Reina roja—. Alísale el pelo..., préstale tu gorro de dormir..., y cántale una buena canción de cuna para arrullarla.

—No tengo aquí ningún gorro de dormir para prestarle —dijo Alicia intentando obedecer la primera de sus indicaciones— y no sé tampoco ninguna buena canción de cuna con qué arrullarla.

—Voy a tener que hacerlo yo, entonces —dijo la Reina roja y empezó:

Arrorró, mi Reina,
duerme sobre el regazo de tu Alicia.
Hasta que esté lista la merienda
habrá tiempo para una siesta.
Y cuando se acabe la fiesta
iremos todas juntas a bailar:
la Reina blanca, y la Reina roja,
Alicia y todas las demás.

—Ahora que sabes la letra —añadió recostando la cabeza sobre el otro hombro de Alicia—, no tienes más que cantármela a mí; porque también me está dando sueño.

Un momento después, ambas reinas se quedaron completamente dormidas, roncando con fuerza.

—¿Qué hago ahora? —exclamó Alicia, mirando a uno y a otro lado, llena de perplejidad mientras veía primero una cabeza redonda y luego la otra, que rodaban desde su hombro y caían sobre su regazo como un pesado bulto.

—¡No creo que nunca nadie haya tenido que ocuparse de dos reinas dormidas a la vez! ¡No, no, de ninguna manera, nunca en

toda la historia de Inglaterra!... Bueno, ya sé que eso nunca ha podido ser porque nunca hubo dos reinas a la vez. ¡Despierten, pesadas! —continuó diciendo con franca impaciencia; pero por toda respuesta no recibió más que un suave ronquido.

El ronquido fue transformándose minuto a minuto. Empezó a sonar más bien como una canción. Finalmente, Alicia creyó incluso que podía percibir la letra y se puso a escuchar con tanta atención que cuando las dos grandes cabezas desaparecieron de pronto de su regazo apenas si se dio cuenta.

Estaba de pie frente al arco de una puerta sobre la que estaba escrito «REINA ALICIA» en grandes letras. A cada lado del arco se veía una campanilla: bajo una de ellas estaba escrito «Campanilla de visitas» y bajo la otra «Campanilla de servicio».

—Esperaré a que termine la canción —pensó Alicia— y luego haré sonar la campanilla de..., de..., ¿pero cuál de las dos? —continuó muy desconcertada por ambos carteles—. No soy una visita y tampoco soy del servicio. Debería haber otra que dijera «Campanilla de la reina»...

Precisamente entonces la puerta se entreabrió un poco y una criatura con un largo pico asomó la cabeza un instante, sólo para decir:

—¡No se recibe a nadie hasta la semana después de la próxima! —Y desapareció luego dando un portazo.

Alicia estuvo golpeando la puerta un largo rato y haciendo sonar ambas campanillas, pero fue inútil. Por último, una vieja rana que estaba sentada bajo un árbol se puso de pie y se acercó lentamente, rengueando, hacia donde estaba. Vestía un traje amarillo brillante y se había calzado unas botas enormes.

—¿Qué pasa ahora? —le preguntó la rana con voz áspera.

Alicia se dio vuelta, dispuesta a quejarse de todo el mundo.

—¿Dónde está el criado que debe responder a la puerta? —empezó a rezongar enojada.

—¿Qué puerta? —preguntó lentamente la rana.

Dio una patada de rabia en el suelo: le irritaba la manera en que la rana arrastraba las palabras.

—¡Esta puerta, pues claro!

Durante unos instantes la rana contempló la puerta con sus ojos grandes e inexpresivos; después se acercó y la frotó un poco con el pulgar para ver si se le estaba desprendiendo la pintura; entonces miró a Alicia.

—¿Re'ponder a la puerta? —dijo—. ¿Y qué e' lo que la ha esta'o preguntando? —Estaba tan ronca que Alicia apenas si podía oír lo que decía.

—No entiendo qué es lo que quiere decir —respondió.

—¿No le e'toy hablando en su idioma? —replicó la rana—. ¿O e' que se ha queda'o sorda? ¿Qué e' lo que la ha e'tao preguntando?

—¡Nada! —dijo Alicia con impaciencia—. ¡La he estado golpeando!

—Ezo e'tá muy mal..., ezo e'tá muy mal... —masculló la rana—. Ahora se no' ha enfadao. —Se acercó a la puerta y le pegó una fuerte patada con uno de sus grandes pies—. U'té, ande y déjela en paz —jadeó mientras iba rengueando de vuelta hacia su árbol—, y ya verá cómo ella la deja en paz a u'té.

En ese instante, la puerta se abrió de par en par y pudo oírse una voz que cantaba sonoramente:

Alicia le decía al mundo del espejo:
«¡En la mano llevo el cetro y
la corona sobre la cabeza!
¡Vengan a mí, criaturas del espejo,
sean ellas las que fueren!
¡Coman todas conmigo,
con la Reina roja y la Reina blanca!»

Entonces cientos de voces se unieron a coro:

«¡Llenen las copas hasta rebosar!
¡Rocíen las mesas de botones y salvado!
¡Pongan gatos en el café y ratones en el té!
¡Y demos la bienvenida a la Reina Alicia,
no menos de treinta veces tres!»

Luego hubo un confuso barullo de «vivas» y de brindis y Alicia pensó: «Treinta veces tres son noventa. ¿Me pregunto si alguien estará contando?» Al instante volvió a reinar el mayor silencio y la misma voz de antes empezó a cantar una estrofa más:

«¡Oh seres del espejo!»,
clamó Alicia. «¡Vengan a mí!
¡Los honro con mi presencia
y les regalo mi voz!
¡Qué privilegio les concedo
de cenar y merendar
con la Reina roja, con la Reina blanca y conmigo!»

Nuevamente corearon las voces:

«¡Llenemos nuestras copas hasta rebosar,
con melazas y con tintas,
o con cualquier otro brebaje
agradable de beber!
¡Mezclen arena con sidra
y lana con vino!
¡Brindemos por la Reina Alicia
no menos de noventa veces nueve!»

—¡Noventa veces nueve! —repitió Alicia, desesperada—. ¡Así no acabarán nunca! Va a ser mejor que entre ahora mismo de una vez. —Y entró; pero en el momento en que apareció se produjo un silencio mortal.

Nerviosamente miró a uno y otro lado de la mesa mientras avanzaba caminando por la gran sala; pudo ver que había cerca de cincuenta comensales, de todas clases: algunos eran animales, otros eran pájaros y hasta se podían ver algunas flores. «Me alegra que hayan venido sin que yo los invitara», pensó, «pues desde luego yo no habría sabido nunca a quién tenía que invitar.»

Había tres sillas que formaban la cabecera de la mesa: la Reina roja y la Reina blanca habían ocupado ya dos de ellas, pero la del centro permanecía vacía. En ésa se fue a sentar Alicia, un poco azorada por el silencio y deseando que alguien rompiese a hablar.

Finalmente comenzó a hablar la Reina roja:

—Te perdiste la sopa y el pescado —dijo—. ¡Qué traigan el asado!

Los camareros pusieron una pierna de cordero delante de Alicia, que se la quedó mirando asustada porque nunca había trinchado un asado en su vida.

—Pareces cohibida: permíteme presentarte a la pierna de cordero —le dijo la Reina roja—: Alicia..., Cordero; Cordero..., Alicia. —La pierna de cordero se levantó en su fuente y se inclinó ante Alicia; y Alicia le devolvió la reverencia. No sabía si sentirse asustada o divertida por todo esto.

—¿Puedo ofrecerles una tajada? —dijo tomando el cuchillo y el tenedor, y mirando a una y a otra reina.

—¡Por cierto que no! —replicó la Reina roja muy firmemente: —Sería una falta de etiqueta trinchar a alguien que nos acaba de ser presentado. ¡Qué se lleven el asado! —Y los camareros se lo llevaron rápidamente y pusieron en su lugar un gran budín de ciruelas.

—Por favor, no me presenten al budín —se apresuró a indicar Alicia—, o nos quedaremos sin cenar. ¿Me permiten que les sirva un poquito?

Pero la Reina roja frunció el entrecejo y se limitó a gruñir severamente:

—Budín..., Alicia; Alicia..., Budín. ¡Que se lleven el budín! —Y los camareros se lo llevaron con tanta rapidez que Alicia no tuvo tiempo ni de devolverle la reverencia.

No veía por qué tenía que ser siempre la Reina roja la única en dar órdenes; así que, a modo de experimento, dijo en voz bien alta:

—¡Camarero! ¡Que traigan de nuevo ese budín! —Y ahí reapareció al momento, como por arte de magia. Era tan enorme que Alicia no pudo evitar el sentirse un poco tímida, igual que con la pierna de cordero. Pero haciendo un gran esfuerzo, logró vencer el temor, cortó un buen trozo y se lo ofreció a la Reina roja.

—¡Pero qué impertinente! —exclamó el budín—. Me gustaría saber, ¿qué sentirías si te cortaran una tajada del costado? ¡Si serás bruta!

Hablaba con una voz espesa y grasienta, y Alicia se quedó sin respiración, mirándolo pasmada.

—Contesta algo —recomendó la Reina roja—. Es ridículo dejar toda la conversación a cargo del budín.

—¿Sabe? Hoy me han recitado una gran cantidad de poemas —empezó a decir Alicia, un poco asustada al ver que en el momento en que abría los labios se hacía un silencio mortal y todos los ojos se fijaban en ella—, y me parece que hay algo muy curioso..., que todos ellos tuvieron algo que ver con pescados. ¿Querrá decirme por qué le gustan tanto los peces a todo el mundo de por aquí?

Esto se lo preguntó a la Reina roja, cuya respuesta se alejó un tanto del tema.

—Con respecto al pescado —dijo muy lenta y solemnemente,

acercando mucho la boca al oído de Alicia—, Su Blanca Majestad sabe una adivinanza..., toda en rima..., y toda sobre peces... ¿Quieres que te la recite?

—Su Roja Majestad es muy amable de sacar ese tema —murmuró la Reina blanca al otro oído de Alicia, arrullando como una paloma—. Me gustaría tanto hacerlo..., ¿no te importa?

—Por favor. No faltaba más —concedió Alicia, con mucha educación.

La Reina Blanca sonrió alegremente de lo contenta que se puso y acarició a Alicia en la mejilla. Empezó entonces:

Hay que pescar al pez primero;
es algo fácil: hasta un niño recién nacido
sabría cómo hacerlo.
Luego, hay que comprar al pez;
es fácil: hasta con una libra
podría lograrlo.

Ahora, cocinar a ese pez;
es muy fácil: no nos llevará
ni un minuto.
Arreglarlo bien sobre una fuente:
eso es fácil: pues ya está
puesto en una.

Ve a traerlo acá, que voy a cenar;
nada es más fácil que ponerlo
sobre la mesa.
¡Y destapa la fuente!
Esto sí que es difícil:
yo no puedo con ella.

Es que se pega como si fuera con goma de pegar...
sujeta la tapa de la fuente
mientras se recuesta en ella.
¿Pues qué resultaría más fácil,
descubrir la fuente o destapar la adivinanza?

—Tómate unos minutos para pensarlo y adivina luego —le dijo la Reina roja—. Mientras tanto, brindemos a tu salud. ¡Viva la Reina Alicia! —gritó y todos los invitados se pusieron inmediatamente a beber..., pero ¡de qué manera más extraña! Algunos se colocaban las copas sobre sus cabezas, como si se tratara de un cono, bebiendo lo que les chorreaba por la cara... Los otros volteaban las jarras y se bebían el vino que corría por los ángulos de la mesa..., y tres de ellos (que parecían más bien canguros) saltaron sobre la fuente del cordero asado. Luego empezaron a tomarse la salsa a lambetazos:

«¡Igual que si fueran cerdos en su chiquero!», pensó Alicia.

—Ahora deberías dar las gracias con un discursito bien arreglado —dijo la Reina roja dirigiéndose a Alicia con el entrecejo fruncido.

—Nosotras tenemos que apoyarte bien, ya sabes —le aseguró muy por lo bajo la Reina blanca a Alicia, mientras ésta se levantaba para hablar, muy obedientemente, pero algo asustada.

—Gracias —susurró Alicia como respuesta—, pero me las puedo arreglar muy bien sola.

—¡De ninguna manera! —pronunció la Reina roja con mucha determinación, así que Alicia trató de someterse a sus esfuerzos del mejor humor posible.

(—¡Y no sabes cómo me apretujaban! —diría Alicia más tarde, cuando le contaba a su hermana cómo había transcurrido la fiesta—. ¡Cualquiera hubiera dicho que querían aplanarme del todo entre las dos!)

Lo cierto es que le fue bastante difícil mantenerse en su sitio mientras pronunciaba su discurso: las dos reinas la empujaban de tal manera, una de cada lado, que casi la levantaban volando con sus empujones.

—Me levanto para expresarles mi agradecimiento... —empezó a decir Alicia; y de hecho se estaba levantando en el aire algunos centímetros, mientras hablaba. Pero se agarró bien del borde de la mesa y consiguió volver a su sitio a fuerza de tirones.

—¡Agárrate bien! ¡Cuidado! —gritó de pronto la Reina blanca, aferrando a Alicia por el cabello con ambas manos—. ¡Va a pasar algo!

Entonces (como lo describiría Alicia más tarde), toda clase de cosas empezaron a suceder en un instante: las velas crecieron hasta llegar al techo..., parecían un banco de juncos con fuegos de artificio en la cabeza. Con respecto a las botellas, cada una tomó un par de platos que se ajustaron apresuradamente a cada lado, a modo de alas. De esta manera, con unos tenedores que les hacían de patas, comenzaron a revolotear en todas direcciones. «¡Si parecen pájaros!», logró pensar Alicia a pesar de la increíble confusión que empezaba a invadirlo todo.

En ese momento, Alicia oyó que alguien soltaba una carcajada áspera a su lado y se volvió para ver qué le podía estar sucediendo a la Reina blanca; pero en lugar de la Reina la que estaba sentada a su lado era la pierna de cordero.

—¡Estoy aquí! —gritó una voz desde la olla, y Alicia se volvió justo a tiempo para ver la cara ancha y bonachona de la Reina blanca que le sonrió por un momento antes de desaparecer del todo dentro de la sopa.

No se podía perder ni un minuto. Varios de los comensales se habían acomodado en platos y fuentes, y el cucharón de la sopa avanzaba amenazador por encima de la mesa, hacia donde estaba Alicia, y le hacía gestos impacientes para que se apartara de su camino.

—¡No hay quien pueda tolerar esto! —gritó Alicia, poniéndose de pie de un salto, y tomando el mantel con ambas manos, dio un buen tirón. Platos, fuentes, velas y comensales cayeron con estrépito al suelo y formaron una gran pila.

—¡Con respecto a ti! —continuó, volviéndose furiosa hacia la Reina roja, a la que consideraba culpable de todo este enredo...

La Reina ya no estaba a su lado..., había disminuido de tamaño hasta convertirse en una pequeña muñeca que estaba ahora sobre la mesa, correteando alegremente y dando vueltas y más vueltas en busca de su propio mantón, que volaba a sus espaldas.

En otra circunstancia, Alicia se habría sorprendido al ver este cambio, pero ahora estaba demasiado excitada para que algo la sorprendiese.

—¡Con respecto a ti! —repitió, agarrando a la pequeña figura justo cuando ésta estaba saltando por encima de una botella que había aterrizado sobre la mesa—. ¡Te voy a sacudir hasta que te conviertas en un gatito! ¡Vaya que si lo voy a hacer!

Sacudiendo

Alicia la retiró de la mesa mientras estaba hablando y empezó a sacudirla hacia atrás y hacia adelante con todas sus fuerzas.

La Reina roja no ofreció ninguna resistencia. Sólo ocurrió que su cara se fue empequeñeciendo a medida que los ojos se le hacían más grandes y se le iban poniendo verdes; y mientras Alicia continuaba sacudiéndola, seguía volviéndose más pequeña..., y más gorda..., y más suave..., y más redonda..., y...

Despertando

..., y..., ¡en realidad, era un gatito, después de todo!

¿Quién lo soñó?

No debería ronronear tan fuerte, Su Majestad —dijo Alicia, frotándose los ojos y dirigiéndose al gatito, con respeto pero un poco severa—. Me despertaste y, ¡ay, lo que estaba soñando era tan bonito! Tú estabas conmigo, gatito, todo este tiempo, en el mundo del espejo, ¿lo sabías, querido?

Los gatitos acostumbran, y esto es muy inconveniente (había dicho Alicia en alguna ocasión), ponerse siempre a ronronear les digas lo que les digas.

—Si al menos tan sólo ronronearan cuando dicen «sí» y maullaran cuando dicen «no», o si cumplieran cualquier otra regla por el estilo —había dicho—, lo que sea para poder conversar. ¡Pero no! ¿Es posible hablar con una persona que se empeña en decir siempre la misma cosa?

Esa vez el gatito sólo ronroneó y era imposible saber si estaba diciendo que «sí» o que «no».

Entonces, Alicia se puso a rebuscar entre las figuras del ajedrez hasta que encontró a la Reina roja; se arrodilló sobre la alfombra delante de la chimenea y colocó al gatito y a la Reina uno frente a la otra.

—¡Dime, gatito! —exclamó aplaudiendo—. ¡Confiesa que te convertiste en Reina!

(—Pero no quería ni mirar la figura —decía luego Alicia cuando se lo estaba contando todo a su hermana—. Daba vuelta la cabeza y pretendía que no la veía; pero parecía que estaba algo avergonzado de sí mismo, así que creo que tuvo que ser él quien se convirtió en la Reina roja.)

—¡A ver si te sientas un poco más derecho! —le gritó Alicia riendo alegremente—. ¡A ver si haces una reverencia mientras piensas qué es lo que vas a..., lo que vas a ronronear! Así se gana tiempo, ya lo sabes. —Y lo levantó en brazos para darle un besito.— Este beso es por haber sido una Reina roja.

—¡Copito de nieve! ¡Mi favorito! —continuó diciendo mientras por encima del hombro y viendo al gatito blanco, que se sometía aún con paciencia a la limpieza minuciosa de su madre—. ¿Y cuándo, me pregunto, acabará Dina con su Blanca Majestad? Por eso será que estabas tan desgreñada en mi sueño... ¡Dina! ¿No te das cuenta de que estás fregando nada menos que a una Reina blanca? ¡Qué falta de respeto!

—¿Y en qué se habrá convertido Dina? —siguió parloteando Alicia mientras se acostaba sobre el suelo, poniéndose cómoda, con un codo apoyado sobre la alfombra y la barbilla descansando sobre una mano, para ver mejor a los gatitos—. Dime, Dina: ¿tú te convertiste en Humpty Dumpty? Pues yo creo que sí... Sin embargo, será mejor que no se lo digas a tus amigos por ahora porque aún no estoy segura.

—A propósito, gatito mío; si de verdad estuviste conmigo en mi sueño, hay algo con lo que desde luego lo habrías pasado muy bien..., toda esa cantidad de poemas que me recitaron ¡todos sobre peces! Mañana por la mañana te daré algo que te guste mucho: mientras te comes el desayuno, te recitaré «La morsa y el carpintero» ¡para que imagines que estás comiendo ostras! Ahora, veamos, gatito: pensemos bien quién fue el que soñó todo esto. Estoy preguntando algo muy serio, querido mío, así que no deberías

seguir ahí, lamiéndote la patita de esa manera... ¡Como si Dina no te hubiera dado ya un buen lavado esta mañana! ¿Comprendes, gatito? Tuve que ser yo o tuvo que ser el Rey rojo, a la fuerza. ¡Claro que él fue parte de mi sueño!..., pero también es verdad que yo fui parte del suyo. ¿Fue realmente el Rey rojo, gatito? Tú eras su esposa, mi querido, de manera que deberías saberlo... ¡Ay gatito! ¡Ayúdame a decidirlo! Estoy segura de que tu pata puede esperar un rato.

Pero el gatito, exasperante, se hizo el sordo y empezó a lamerse la otra pata.

¿Quién creen ustedes que lo soñó?

FIN

Índice

ALICIA EN EL PAÍS
DE LAS MARAVILLAS

En la madriguera del Conejo 11
El charco de lágrimas 19
Una carrera loca y una larga historia 27
La casa del Conejo 35
Consejos de una Oruga 45
Cerdo y pimienta 55
Una merienda de locos 65
El croquet de la Reina 75
La historia de la falsa tortuga 85
El Baile de la Langosta 95
¿Quién robó las tartas? 105
La declaración de Alicia 113

ALICIA A TRAVÉS DEL ESPEJO

La casa del espejo 127
El jardín de las flores vivientes 139
Los insectos del espejo 151
Tweedledum y Tweedledee 163
Agua y lana 177
Humpty Dumpty 189
El león y el unicornio 203
«Son mi propia invención» 215
Reina Alicia 231
Sacudiendo 249
Despertando 251
¿Quién lo soñó? 253

Planeta

©Oscar Rejlander

Lewis Carroll fue el seudónimo con el que Charles Lutwidge Dodgson fue conocido en el ámbito de la literatura. Dodgson, de nacionalidad inglesa, nació en 1832 y murió en 1898. A lo largo de su vida, además de escritor, fue sacerdote anglicano, matemático, lógico y fotógrafo. Cuenta la historia que su novela *Las aventuras de Alicia en el País de las Maravillas* surgió durante un paseo en el que inventó la historia para tres hermanas que estaban allí. También publicó *Silvia y Bruno* y *La caza del Snark*.

www.editorialplaneta.com.ar